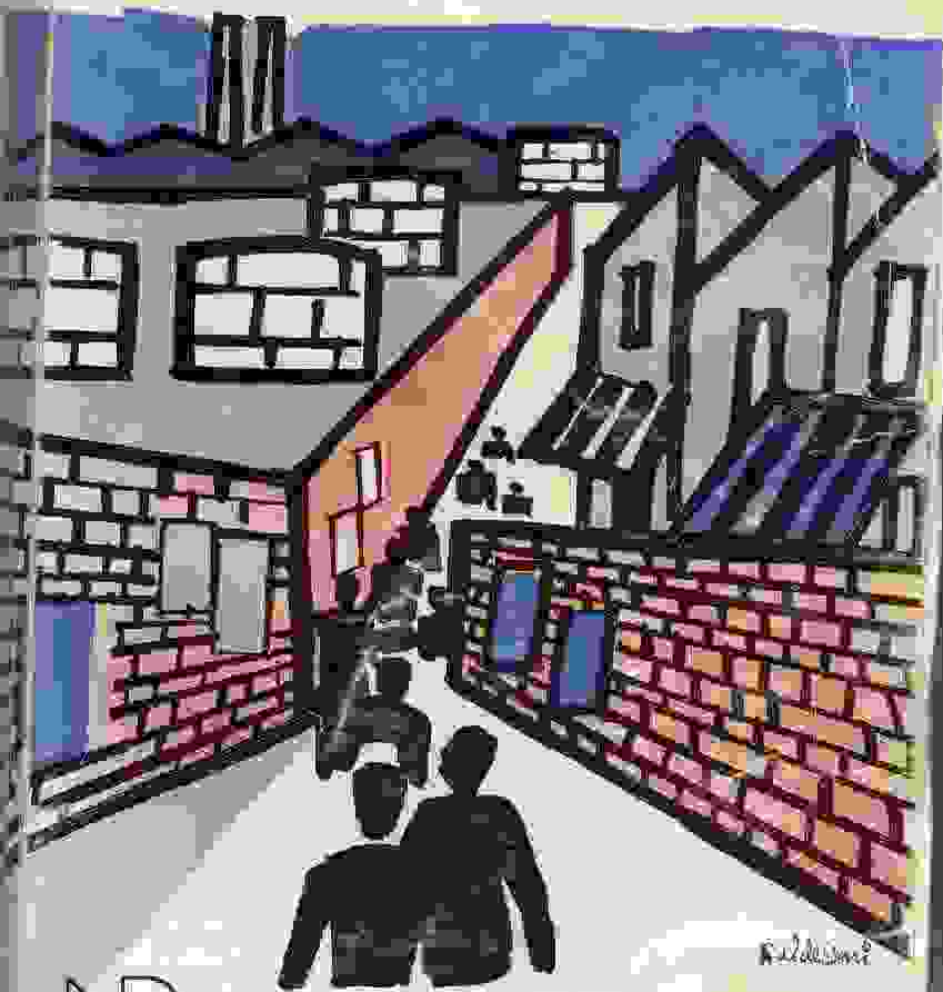


18 SUSPENSE, ESTOY, ELABORADA
EL ENGRANAJE

JEAN-PAUL SARTRE

LA SUERTE ESTA ECHADA EL ENGRANAJE



Waldemar



LOSADA

JEAN - PAUL SARTRE

**LA SUERTE ESTA ECHADA
EL ENGRANAJE**

Traducción de
RAÚL NAVARRO

QUINTA EDICIÓN



LA SUERTE ESTÁ ECHADA *

* Film dirigido por Jean Delanrioy, con Micheline **Preste**, Marcel Pagliero y Marguerite Moreno, en los principales papeles, y proyectado en los países de habla española con el título de *Cita en la muerte*.

EL DORMITORIO DE EVE

Un dormitorio donde las persianas semicerradas solamente dejan pasar un rayo de luz.

Un rayo luminoso descubre una mano de mujer, cuyos dedos crispados arañan una manta de piel. La luz hace brillar el oro de una alianza, y, luego, deslizándose a lo largo del brazo, encuentra el rostro de Eve Charlier; con los ojos cerrados, contraídas las ventanillas de la nariz, parece sufrir, agitada, gimiente.

Una puerta se entreabre y en el espacio libre un hombre queda inmóvil. Elegantemente vestido, muy moreno, con hermosos ojos oscuros y bigote recortado a la americana, aparenta unos treinta y cinco años. Es André Charlier.

Mira intensamente a su mujer, pero su mirada no tiene más que una atención fría, sin la más mínima ternura.

Entra, cierra la puerta sin ruido, atraviesa el cuarto cautelosamente y se aproxima a Eve, que no le ha oído llegar.

Acostada en su lecho, Eve tiene sobre su camisón una "robe de chambre" muy elegante. Una manta de piel le cubre las piernas.

Por un instante, André Charlier contempla a su mujer, cuyo semblante expresa sufrimiento. Después se inclina sobre ella y la llama con dulzura.

—Eve... Eve...

Eve no abre los ojos. Duerme con expresión tensa.

André se incorpora y se dirige hacia la mesita de noche, donde hay un vaso con agua. Saca de su bolsillo un frasquito gotero que acerca al vaso y lentamente vierte unas gotas.

Como Eve hace un movimiento con la cabeza, rápidamente esconde el frasquito en el bolsillo y observa, con una mirada de aguda dureza, a su mujer dormida.

LA SALA DE LOS CHARLIER

En la sala vecina una jovencita, apoyada en el alféizar de la gran ventana abierta de par en par, mira hacia la calle. De allí sube aproximándose el rumor acompasado de una tropa que desfila.

André Charlier penetra en el cuarto y cierra tras de sí la puerta. En el intervalo se ha compuesto una presión preocupada.

Al oír el ruido de la puerta, la jovencita se vuelve. Es muy hermosa y puede tener unos diecisiete años. Aunque grave y preocupado, su menudo rostro es todavía infantil.

Desde fuera, entre el rumor de los pasos que redoblan sobre la calzada, llega una canción de marcha, ronca, cadenciosa.

Con ademán brusco la jovencita cierra la ventana. Es visible que está a punto de ser dominada por sus nervios, y volviéndose, dice con tono fastidioso:

—¡Están pasando desde esta mañana!

En apariencia sin verla, André da algunos pasos y se detiene, con aire muy conmovido, junto a un sofá. La jovencita se le aproxima y lo interroga ansiosamente con la mirada. Él levanta la cabeza, la mira, y, luego, con gesto fatal:

—Duerme...

—¿No cree usted que mejorará?

André no responde.

La jovencita molesta, coloca una rodilla en el sofá y le sacude el brazo. Está casi al borde de las lágrimas. De súbito estalla:

—¡No me trate como a una criatura! ¡Contésteme!

André contempla a su bonita cuñada, le acaricia dulcemente los cabellos y después, con toda la ternura fraternal y el dolor contenido que puede poner en su voz, murmura:

—Va a tener necesidad de ser valerosa, Lucette.

Lucette estalla en sollozos y apoya su cabeza en el reborde del sofá. Su desesperación es sincera y profunda, pero bastante pueril y egoísta: aún no es más que una niña mimada.

André murmura suavemente:

—Lucette...

Ella sacude la cabeza:

—¡Déjeme!. . . ¡Déjeme!. . . ¡No quiero tener valor; es demasiado injusto! ¿Qué haría yo sin ella?...

Sin dejar de acariciarle los cabellos y llegando con sus caricias hasta los hombros de la jovencita, André insiste:

—Lucette. . . cálmese. . . ¡se lo pido!. . .

Ella se aparta de él y, dejándose caer en el sofá, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, se queja:

—¡Ya no puedo más!... ¡No puedo más!...

André contornea el sofá. Como ya no le observan, recobra su expresión de dureza y acecha a la jovencita, que prosigue:

—¡Un día hay esperanzas, al día siguiente ya nada se puede esperar! Es para volverse loca. . . ¿Se imagina lo que ella representa para mí?

Y bruscamente se encara con André, cuyo semblante recobra de inmediato una apariencia compasiva.

—Es mucho más que una hermana, André.

Y Lucette continúa a través de sus lágrimas:

—Es también mi madre y mi mejor amiga. . . ¡Usted no puede comprenderlo! ¡Nadie puede comprenderlo!

André se sienta a su lado, susurrándole con tierno reproche:

—Pero Lucette, ¡es mi mujer!. . .

Ella lo mira desorientada y le entrega su mano.

—Tiene razón, perdóneme. . . Pero, usted lo sabe, sin ella me sentiría muy sola en la vida..

—¿Y yo, Lucette?

Y André atrae a la jovencita contra sí. Ella se le entrega con absoluta confianza, con absoluta ingenuidad, poniendo su cabeza en el hombro de André, que continúa hipócritamente:

—No quiero que piense: "Estoy sola", mientras yo me encuentre a su lado. No nos separaremos nunca. Estoy completamente seguro que ésa es la voluntad de Eve. Viviremos siempre juntos, Lucette. ..

Tranquilizada, Lucette cierra los ojos y sorbe con mueca pueril sus lágrimas.

LA CALLE DE LOS CONSPIRADORES

Un destacamento de la Milicia del Regente penetra en una calle popular, con las caras bajo las gorras planas y de corta visera, los torsos rígidos dentro de camisas oscuras que cruzan lustrosos tahalíes, y las armas automáticas pendientes de los hombros, los milicianos avanzan con pesado redoble de botas.

Súbito, irrumpe el canto marcial de la tropa en marcha. Una parte de la gente se aleja, otra se retira del camino de los milicianos, entrando en las casas.

Una mujer, que empuja un cochecito de niño, da media vuelta con lentitud, sin ninguna afectación, y se retira en medio de los que se dispersan.

La tropa sigue avanzando, precedida a poca distancia por dos milicianos de casco y fusil-ametralladora al brazo. Y a medida que avanzan, la calle se despeja sin premura y en una amplia manifestación hostil. Un grupo de mujeres y hombres, estacionado a la puerta de un almacén, se dispersa con calma, como obediente a una orden muda. Algunos entran en los comercios y otros se acogen en los portales.

Más allá, las amas de casa abandonan los puestos ambulantes de verdura, alrededor de los cuales estaban agrupadas. Un chico, con las manos en los bolsillos, atraviesa la calle casi entre las piernas de los milicianos con una parsimonia estudiada y ostentosa...

Dos hombres jóvenes y fornidos pegados a la puerta de una casa de pobre apariencia observan el paso de la tropa con aire irónico.

Tienen la mano derecha oculta en el bolsillo de la chaqueta.

EL CUARTO DE LOS CONSPIRADORES

Un cuarto lleno de humo de cigarrillos y míseramente amueblado.

A los lados de la ventana, tratando de no dejarse ver desde fuera, cuatro hombres acechan la calle.

Están ahí Langlois, alto, huesudo, la cara afeitada; Dixonne, flaco y nervioso, con perilla; Poulain, con lentes de metal y cabellos blancos y Renaudel, enorme y fuerte, con su roja cara sonriente.

Los cuatro se acercan al centro de la pieza, donde, acodado a una mesa redonda en la cual hay cinco vasos y una botella, su camarada, Pierre Dumaine, fuma despreocupadamente.

El magro rostro de Dixonne expresa inquietud. Interroga a Pierre:

—¿Te das cuenta?

Pierre toma su vaso y bebe con toda calma y luego pregunta:

—¿De qué?

Un breve silencio sigue a estas palabras. Poulain se sienta y Renaudel enciende un cigarrillo. Dixonne echa una mirada hacia la ventana:

—Y desde hoy temprano —dice—. Algo sospechan. . .

Pierre mantiene tozudamente su actitud desaprensiva. Pone con tranquilidad el vaso sobre la mesa y replica:

—Puede ser. Pero con toda seguridad no saben lo que les pasará mañana.

Vacilante, Poulain comienza:

—¿Y no será mejor...?

Pierre, volviéndose rápidamente hacia él, deja caer con dureza:

—¿Qué?... .

—Esperar...

Y como en Pierre se insinúa un gesto colérico, Renaudel agrega presuroso...

—Sólo tres días... Lo necesario para que se tranquilicen...

Pierre lo encara y le arroja con voz cortante:

—¿Te falta valor?

Renaudel tiene un estremecimiento y enrojece:

—¡Pero, Pierre! —protesta.

—Una insurrección no puede dejarse para después —declara Pierre con energía—. Todo está listo. Se han distribuido las armas y los muchachos están muy entusiasmados. Si esperamos puede perderse la oportunidad de contarlos tan seguros.

Renaudel y Dixonne se han sentado en silencio.

La mirada dura de Pierre se fija sucesivamente en los cuatro rostros que tiene frente a sí. Con tono seco interroga:

—¿Alguien no está de acuerdo?

Y como nadie hace ninguna objeción, prosigue:

—Bueno. Entonces, para mañana a las diez. A la noche nos apostaremos en la cámara del Regente. Ahora escuchen. . .

Los cuatro rostros se aproximan, graves, tensos, mientras Pierre extiende sobre la mesa un papel que ha sacado del bolsillo y continúa:

— ...La insurrección comenzará en seis puntos diferentes . . .

EL DORMITORIO DE EVE

Eve se encuentra aún acostada. Sus párpados están cerrados. De pronto mueve la cabeza y abre unos enormes ojos despavoridos, como si despertase de una pesadilla. Y se vuelve súbitamente lanzando un grito:

—¡Lucette!

Eve recobra la conciencia, pero siente un fuego que la abrasa.

Se incorpora penosamente mediante un gran esfuerzo, aparta las cobijas y se sienta en el

borde de la cama. Todo gira dentro de su cabeza. Alarga la mano y toma el vaso que está en la mesita de noche. Bebe un sorbo haciendo una mueca. Vuelve a llamar, pero ahora con voz apagada:

— ¡Lucette! ¡Lucette!

LA CALLE DE LOS CONSPIRADORES

Un joven de unos dieciocho años, pálido, nervioso, de aspecto solapado, llama:

—¡Pierre!

Pierre acaba de salir de la casa de pobre aspecto donde se ha efectuado la reunión de los conspiradores. Al oírse llamar por su nombre, Pierre mira hacia el que lo interpela y, al verlo, vuelve la cabeza dirigiéndose a los dos hombres que custodian la puerta:

—Los otros ya van a bajar —les dice—. Pueden irse. La reunión será aquí a las seis de la tarde. ¿Ninguna novedad?

—Ninguna —responde uno de ellos—. Nada más que el soplón ése, que pretendía entrar.

Y con un movimiento de la cabeza el hombre señala al joven que enfrente, de pie al borde de la calle, les observa sosteniendo su bicicleta.

Pierre le dirige una nueva mirada y luego, encogiéndose de hombros:

—¿Lucien? ¡Bah! ..

Rápidamente los tres hombres se separan. En tanto que los dos custodias se alejan, Pierre, aproximándose a su bicicleta trabada, se inclina y comienza a sacar el cable que la asegura. En el intervalo Lucien atraviesa la calle y acercándose le dice:

—Pierre...

Éste no le presta la más mínima atención. Desata el cable y lo pone bajo el asiento de la bicicleta.

—¡Pierre —suplica el otro—, debes oírme!...

Y rodeando la bicicleta, se pone al lado de Pierre, que se incorpora y le mira con desprecio sin contestarle.

—No fue culpa mía. . . —dice Lucien quejoso.

Pierre con un impasible movimiento de su mano lo aparta y empuja su máquina. Lucien lo sigue balbuciente:

—Me maltrataron tanto, Pierre... Me golpearon horas enteras... y lo que les dije fue casi nada. ..

Inconmovible, Pierre desciende a la calle y monta en su bicicleta. Lucien se le coloca delante y le detiene poniendo una mano en la guía. En su cara hay una mezcla de rabia y temor. Se exalta:

—¡Ustedes son demasiado duros conmigo! No tengo más que dieciocho años... Si ustedes me echan, pensaré toda la vida que he sido un traidor. ¡Pierre!, me han pedido que trabaje para ellos.

Pierre esta vez lo mira fijo en los ojos. Lucien está excitado. Se prende a la guía. Casi grita.

— ¡Debes decirme algo! ¡Es muy cómodo ser así, no habiendo pasado por eso! ¡No tienes ningún derecho!. .. No te irás sin haberme contestado. . . ¡No te dejaré ir!...

Entonces Pierre, con profundo desprecio, le arroja entre dientes:

—¡Delator maricón!

Y siempre mirándole fijamente le cruza la cara con unas bofetadas.

Lucien retrocede demudado, mientras Pierre despaciosamente presiona los pedales alejándose.

Se oyen unas risas de satisfacción. Renaudel, Poulain, Dixonne y Langlois, que acaban de salir de la casa, han sido testigos de la escena.

Lucien les echa una rápida mirada, queda un instante inmóvil, y luego se va lentamente. En sus ojos brillan lágrimas de odio y vergüenza.

EL DORMITORIO DE EVE Y LA SALA

La mano de Eve está posada sobre la mesita de noche, cerca del vaso vacío.

Eve se incorpora con un tremendo esfuerzo, estremecida, dominada por un súbito dolor. Con pasos vacilantes consigue llegar hasta la puerta de la sala y queda inmóvil. Ha descubierto en el sofá a Lucette, que descansa su cabeza en el hombro de André. Pasan unos minutos antes que Lucette vea a su hermana.

Eve llama con voz sorda:

—André. . .

—¡Eve! —le reprocha la jovencita—. No debías levantarte

Lucette se desprende de su cuñado y corre hacía Eve. André, apenas molesto, se levanta y con paso tranquilo se le aproxima.

—Quédate aquí, Lucette —le responde Eve—. Quiero hablar a solas con André.

A continuación se vuelve y entra en su dormitorio. André se acerca a la desconcertada Lucette y le pide, con gesto lleno de dulzura, que los deje solos. Y entra a su vez en el dormitorio.

Se aproxima a su mujer, que está apoyada en la mesita de noche.

—André —susurra ella—, no te aprovecharás de Lucette...

André da unos pasos y simula un leve asombro.

Eve concentra todas sus fuerzas para seguir hablando.

—Es inútil. Lo sé muy bien. . . Hace meses que veo tus maniobras. . . comenzaron con mi enfermedad . . . Pero no te aprovecharás de Lucette. . .

Eve habla con dificultad creciente y va desfalleciendo ante la mirada impasible de su marido.

—Te casaste conmigo por mi dote y me hiciste pasar un verdadero infierno... Nunca me quejé, pero no dejaré que hagas daño a mi hermana. . .

André siempre impasible la observa. Eve se sostiene mediante un gran esfuerzo y continúa con una débil violencia:

—Te aprovechaste de mi enfermedad, pero yo sanaré... Yo sanaré, André. Para defenderla de ti...

Eve, al cabo de sus fuerzas, se derrumba sobre la cama dejando así al descubierto la mesita de noche.

André, sumamente pálido, ve ahora sobre la mesita el vaso vacío. Su rostro entonces expresa una especie de sosiego, mientras la voz de Eve continúa, de más en más debilitada:

—Yo sanaré y la llevaré lejos de aquí. . . Lejos de aquí. . .

UN CAMINO DE LOS SUBURBIOS

Oculto a medias por un trozo de parral, Lucien se mantiene aguardando. Mortalmente pálido, brilla de sudor su rostro y en su boca hay un gesto maligno, saturado de odio. Acecha con la mano derecha puesta en el bolsillo de la chaqueta.

A la distancia, a unos ciento cincuenta metros, aparece Pierre pedaJeando inclinado sobre su bicicleta. Viene solo por ese camino monótono y triste de las afueras, en medio de talleres con materiales de construcción. A lo lejos unos hombres trabajan, empujan vagonetas, descargan camiones. Pierre continúa su camino entre fábricas y altas chimeneas humeantes. Lucien muestra en su semblante una progresiva tensión. Inicia un ademán, lanzando furtivas ojeadas inquietas al otro.

Lentamente extrae un revólver del bolsillo.

EL DORMITORIO DE EVE

La voz de Eve todavía se hace oír con un resto de violencia:

—¡Sanaré. . . André, me sanaré. . . para salvarla!. . . ¡Quiero sanarme!. . .

Su mano se desliza por la superficie de la mesita de noche, quiere aferrarse, y cae al fin arrastrando el vaso y la jarra. Eve que, sintiéndose sin fuerzas, quiso apoyarse en la mesita, rueda por el suelo con ruido de vidrios quebrados. . .

Demudado, pero impasible, André observa el cuerpo de su mujer extendido en el piso.

EL CAMINO DE LOS SUBURBIOS

Suenan dos tiros de revólver. Pierre continúa vacilante un trecho en el camino, sobre su bicicleta, y cae sobre el pavimento.

EL DORMITORIO DE EVE

Lucette se precipita velozmente en el dormitorio y se llega hasta André. Al ver el cuerpo de Eve en el suelo, da un grito.

EL CAMINO DE LOS SUBURBIOS

El cuerpo de Pierre se encuentra extendido en medio del camino junto a su bicicleta, cuya rueda delantera sigue girando en el vacío.

Detrás del lienzo de muro que lo oculta, Lucien monta en su máquina y huye con acelerado pedaleo.

A lo lejos los obreros suspenden su trabajo. Han oído los tiros y, sin darse cuenta todavía de lo ocurrido, observan. Indecisos, uno de ellos resuelve ver lo que sucede y avanza por el camino.

Un pesado camión se ha detenido ante el cadáver de Pierre. El conductor y sus dos acompañantes saltan a tierra. Otros obreros que estaban lejos acuden. Pronto un círculo de hombres rodea el cuerpo caído. Reconocen a Pierre y se entrecruzan exclamaciones.

—¡Es Dumaine!

—¿Qué es lo que sucede?

—¡Es Dumaine!

—¡Han liquidado a Dumaine!

En la confusión general nadie ha prestado atención al rumor de pasos de una tropa en marcha, que, primero distante, es ahora fácilmente perceptible. De pronto, cercano, el canto de los milicianos se hace oír. Un obrero de hosco semblante acusa:

—¿Y quiénes creen que puede ser?

En ese momento un destacamento de milicianos desemboca de una calle vecina. Los obreros, uno después de otro, se incorporan enfrentando a la tropa que viene hacia ellos. Un gran furor aparece en sus ojos. Una voz injuria:

—¡Perros!

El destacamento sigue avanzando. Cantan los milicianos. A su frente, el jefe observa con mirada inquieta a los obreros, que, ahora de pie, impiden el camino con gesto amenazador. Algunos se apartan tranquilamente, recogen piedras y pedazos de hierro en el borde del camino.

Unos pasos más adelante el jefe del destacamento, luego de una orden previa, grita:

—¡Alto!

En ese momento, en tanto que su cuerpo queda extendido en el camino, otro Pierre se incorpora lentamente. Tiene aspecto de salir de un sueño y ma-quinamente se sacude el polvo en la manga. Vuelve la espalda a la escena muda que se sucede. Tres obreros que están frente a él, podrían verlo y no obstante no lo ven.

Pierre se dirige al obrero más próximo:

—¿Qué es lo que sucede, Paulo?

El interpelado no le hace ningún caso. Y hablando a su vecino, le pide tendiéndole la mano:

—Dame una.

El otro obrero le alcanza una piedra.

La voz del jefe del destacamento ordena enérgicamente:

— ¡Despejen el camino!

En el grupo de obreros nadie se mueve. Pierre se vuelve vivamente, observa las dos facciones enfrentadas, y murmura:

—Tenemos bronca. ..

Después, pasando entre dos obreros, invisibles a sus ojos, se aleja sin apresuramiento. En su

marcha se cruza con algunos obreros armados de palas y barretas, que no lo ven. A cada encuentro, Pierre los mira, con un poco de sorpresa, y, por último, encogiéndose de hombros, renuncia a comprender, alejándose definitivamente. En tanto, detrás de él, la voz del jefe de los milicianos resuena imperiosa:

—¡Atrás! ¡Les he dicho que despejen!

EL DORMITORIO DE EVE Y LA SALA

Entre Lucette y André han depositado el cuerpo de Eve en la cama.

En tanto que André cubre con la manta de piel el cuerpo de su mujer, Lucette, agotada, se derrumba sobre la mano inerte de Eve, sollozando fuertemente.

En ese mismo momento una mano de mujer roza los cabellos de Lucette, sin que la joven lo note. Es otra Eve, que, de pie, contempla a su hermana. . .

El semblante de Eve expresa una sonriente compasión un poco asombrada, como se puede tener por un dolor ligero y enternecedor. Se encoge de hombros dulcemente y, sin insistir, se dirige hacia la sala.

Mientras Lucette llora sobre el cadáver de su hermana, la otra Eve, en "robe de chambre", entra en la sala y se dirige al vestíbulo. Se cruza con Rose, su doncella, que, sin duda, atraída por el rumor insólito, viene a enterarse discretamente de lo que ocurre en el dormitorio. Eve se detiene, y siguiendo los movimientos de la mujer, la llama:

—Rose.

Pero Rose vuelve a salir del dormitorio medio trastornada por lo que acaba de ver y corre hacia la antecocina.

—¿Qué hay, Rose? —insiste Eve—. ¿Por qué corre así?

Y se queda perpleja al comprobar que la mujer sale, no sólo sin contestarle, sino sin parecer verla ni oírla.

Súbitamente se eleva una voz que, primero suave y luego de más en más sibilante, repite:

—Laguénésie. . . Laguénésie... Laguénésie. . .

Eve continúa su camino, atraviesa la sala y entra en un alargado vestíbulo. Bruscamente se detiene. Ante ella está un gran espejo mural, donde tendría normalmente que reflejarse su imagen. Pero el espejo no reproduce más que la pared opuesta. Eve se da cuenta de que su imagen *no se refleja*. Estupefacta, da un paso más adelante. Y nada. . .

En ese momento reaparece Rose, que se acerca al espejo rápidamente. Se ha quitado el delantal blanco y lleva en la mano la cartera y el sombrero.

Sin ver a Eve, se interpone entre ella y el espejo, atareada en colocarse el sombrero.

De esta manera, las dos mujeres quedan frente al espejo, pero solamente Rose se refleja en él. Asombrada, Eve se retira a un costado, observando alternativamente a Rose y a la imagen de la mujer reflejada en el espejo.

La sirvienta termina de acomodarse el sombrero, toma la cartera, que dejó a su lado, y sale apresuradamente. Eve queda sola, sin ser reflejada por el espejo. . .

Se oye de nuevo la voz que en lenta continuidad dice:

—Laguénésie. . . Laguénésie. . . Laguénésie. . .

Eve se encoge de hombros con indiferencia y sale.

UNA CALLE

Pierre marcha a lo largo de la acera de una calle bastante animada.

Lo acompañan la Voz, en paulatino aumento de tono, y otras voces de más en más fuertes, de más en más martilladas, que silabeán:

—Laguénésie. . . Laguénésie. . . Laguénésie. . .

Y Pierre sigue avanzando, sigue avanzando... Pero, junto a la lentitud de sus movimientos, la actividad apresurada de los transeúntes forma notable contraste. Pierre parece moverse sin ruido, algo así como en un sueño.

Nadie lo nota, nadie lo ve.

En esta situación, dos hombres se encuentran. Uno tiende la mano al otro. Pierre supone que es a él a quien va dirigido ese ademán, y tiende, a su vez, la mano. Pero los dos hombres, sin tenerlo para nada en cuenta, se detienen reuniéndose para charlar. Pierre tiene que dar un rodeo para proseguir el camino.

Su rostro expresa, con cierta indiferencia risueña, que encuentra a estas gentes algo desconsideradas.

Camina un poco más y recibe en sus piernas el balde de agua que un portero arroja a la entrada de la casa. Se detiene y observa sus pantalones y sus zapatos: están absolutamente secos. Cada vez más asombrado, reanuda su marcha.

Sigue oyéndose:

—Laguénésie. . . Laguénésie. . . Laguénésie. ..

Más adelante, se detiene junto a un anciano que, a la espera del ómnibus, lee su diario.

En ese momento la Voz súbitamente calla.

Pierre interpela al viejo:

—Discúlpeme, señor. ..

El otro sin levantar la cabeza continúa leyendo y sonríe.

—Discúlpeme, señor— insiste Pierre—, ¿no sabe dónde está la calle Laguénésie?

UN RINCÓN DE UNA PLAZA

Eve se ha detenido junto a una mujer joven sentada en un banco, que teje acunando con el pie un cochecito de niño.

Amablemente Eve le pregunta:

-Por favor, señora. . . ¿puede decirme dónde queda la calle Laguénésie?

La mujer, que no la oye, se inclina sobre el cochecito para hacer todos esos pequeños y tontos mimos, que es el lenguaje empleado por las personas mayores para con las criaturas.

LA CALLE

El viejo sonriente lee todavía su diario. Pierre, levantando un tanto la voz, explica:

—Tengo que ir urgentemente a la calle Laguénésie y no sé dónde queda.

El viejo ríe más alto sin dejar de leer su diario. Pierre, entonces le mira cara a cara y le espeta:

—¿Qué es lo que le causa tanta gracia?

Y agrega, con suavidad y sin agravio:

— ¡Viejo picaro!

El anciano ríe a todo trapo y Pierre repite en tono más alto:

— ¡Viejo pícaro!

En ese momento el ómnibus se detiene ante la parada. Su sombra pasa por en anciano, pero no se proyecta sobre Pierre, que continúa a plena luz. Siempre sonriente, el viejo sube al ómnibus que parte.

Pierre sigue con la vista la sombra del ómnibus y, después, se encoge una vez más de hombros y prosigue su camino...

Poco más allá, cuando ha descendido de la acera, de improviso se presenta por su derecha la entrada de un extraño pasaje, especie de calle cortada sin tránsito y de curioso aspecto. Al fondo de este cerrado callejón, flanqueado por fachadas sin ventanas, un pequeño grupo de gentes hace fila delante de la única casa de comercio que está en una planta baja. El resto del callejón se encuentra absolutamente desierto.

Pierre, que camina por en medio de la calle, mira a su derecha y, viendo el callejón, demora el paso y por último se detiene. Con asombro contempla la pequeña calle silenciosa. Detrás de él se entrecruzan peatones, automóviles y ómnibus. Levanta los ojos y su mirada se fija en el letrero indicador, en el cual lee:

Cortada Laguénésie

Y se introduce lentamente entre las grises fachadas, dirigiéndose hacia el pequeño grupo que hace fila.

LA PLAZA

Eve se encuentra cerca de la joven mamá, que continúa con los mimos a su retoño. Contempla al niño sonriendo, y Juego interroga nuevamente:

—¿Entonces no sabe dónde queda la calle Laguénésie? Debo ir allí, pero no conozco por qué ni para qué...

La joven mamá recomienza sus tonterías mimosas: —¡Chi, chi, chi, Michel! ¿Quién es el chiquito de su mamá?

Eve se encoge de hombros y prosigue su camino.

Atraviesa la plaza, desciende de la acera. Y, de súbito, aparece a su vista la estrecha calle cortada, al final de la cual hay un grupo de personas haciendo fila. Un instante observa sorprendida este callejón donde todo es silencio, mientras que detrás de ella se extiende la bulliciosa plaza. Eve lee el letrero indicador:

Cortada Laguénésie.

LA CORTADA LAGUÉNÉSIE

Unas veinte personas, colocadas por parejas, esperan frente a la casa de comercio del callejón. Hay gentes de toda edad y de toda condición social: un obrero con gorra, una anciana, una hermosísima mujer con lujoso tapado de pieles, un trapeceista cuyo cuerpo moldea la ajustada malla, un soldado, un hombre maduro con sombrero de copa, un viejo pequeño y barbudo que balancea continuamente la cabeza, dos milicianos de uniforme, algunas otras personas más, y, el último en llegar, Pierre Dumaine.

La fachada y el interior del comercio están en completa oscuridad. No existe ninguna inscripción exterior.

Pasan unos instantes y después la puerta se abre por sí sola, con un rumor medio agrio de campanillas. La primera persona de la fila penetra en el comercio y la puerta se cierra suavemente tras ella.

Eve, maquinalmente, se adelanta por la fila. Pero hay una explosión de gritos:

—¡A la fila!

—¿Qué es lo que quiere ésa?

—¡Tenemos el mismo apuro!

—¡A la fila! ¡A la fila!

Eve se detiene, se vuelve y concuerda sonriendo:

—¿Así que ustedes me *ven*? No son muy amables que digamos, pero me han dado un gran gusto.

—¡Es claro que la vemos! —retruca una mujerona de gesto amenazador—. Y no trate de ponerse más adelante de lo que le corresponde.

Solamente Pierre no ha dicho nada, pero se ha fijado en Eve,

Una vez más se oye el tintineo de la campanilla y el grupo avanza un lugar.

Eve se dirige pasivamente al final de la fila y ocupa su puesto.

Pierre la mira alejarse. Está junto al viejo que balancea la cabeza. Suena la campanilla, la puerta se abre y un hombre y una mujer se precipitan en el comercio empujándose. Pierre y el viejo se adelantan otro paso. A Pierre lo irrita visiblemente su compañero. Por último, estalla:

—¿No puede quedarse quieto? —le espeta violento—, ¿Por qué no deja de mover la cabeza?

El viejo, sin dejar de balancear su cabeza, se encoge de hombros.

Unos segundos más de espera. La campanilla suena otra vez y la puerta vidriera se abre por sí sola. Pierre entra. La puerta se cierra en la misma forma que se abrió. La fila avanza un

nuevo lugar.

Dentro de la casa de comercio, completamente vacía, Pierre distingue mostradores y estanterías llenas de polvo. Sin vacilar se dirige hacia una puerta que, sin lugar a dudas, da a la trastienda.

LA TRASTIENDA

Pierre, después de cerrar la puerta, entra en el cuarto.

Da unos pasos en dirección a la matrona que está sentada ante un escritorio. Colocada sobre este mueble una lámpara de aceite pone un poco de claridad en el ambiente, apenas iluminado por la escasa luz del día que llega a través de la estrecha ventana abierta al patio interior.

Las paredes están cubiertas de medallones, grabados y cuadros, que, por lo que se ve, todos reproducen la Cortada Laguénésie.

Pierre se acerca al escritorio y pregunta:

—¿Es con usted con quien tengo que verme?

Digna y corpulenta, con sus impertinentes en la mano, la mujer tiene ante sí un enorme registro abierto sobre el cual se ovilla un gran gato negro.

La matrona echa a través de sus impertinentes una mirada a Pierre y contesta sonriendo afablemente:

—Sí, conmigo, señor.

—Entonces usted podrá informarme. . . —continúa Pierre acariciando el gato que se estira y se frota contra él—, ¿qué es lo que vengo a hacer aquí?

—¡Régulo! —amonesta la matrona—, no molestes al señor.

Con una sonrisa Pierre toma en sus brazos al gato, en tanto la mujer continúa:

—No voy a retenerlo mucho tiempo, señor... Sólo necesito llenar una formalidad de estado civil...

Consulta el registro abierto, y luego:

—.. .Usted se llama Pierre Dumaine, ¿no?

Pierre balbucea sorprendido:

—Sí, señora, pero...

Sin apresurarse, la matrona vuelve Las páginas del registro.

—...Da... da... di... di... do... du... Dumaine, aquí está... Nació en 1912, ¿no?

Pierre no sale de su asombro. El gato aprovecha la situación para trepársele en el hombro.

—Sí, en 1912, en junio...

—¿Era capataz en la fundición de Answer?

—Sí, así es...

—Y lo mataron esta mañana a las diez y treinta y cinco, ¿no?

Esta vez Pierre se echa hacia adelante, apoya las manos en el reborde del escritorio, y fija su mirada estupefacta en la mujer. El gato salta desde su hombro al registro.

—¿Que me mataron? —articula Pierre desconcertado.

La matrona hace amables signos confirmativos. Entonces Pierre bruscamente retrocede y se pone a reír:

—Esto sí que es bueno... Sí que es bueno... Estoy muerto.

De súbito deja de reír y como bromeando pregunta:

—¿Y quién puede haberme matado? —En seguida se lo digo. . .

Con sus impertinentes la mujer aparta al gato acostado sobre el registro: —¡Vamos, Régulo! Me tapas el nombre del asesino.

Y lee una indicación escrita en el libro: —Aquí está: a usted lo mató Lucien Derjeu.

— ¡Ah, ese cochino! —comenta simplemente Pierre—. Así que no me erró.

—Menos mal —comprueba la matrona sonriente— que usted toma las cosas con calma. Cómo me agradecería poder decir lo mismo de todos los que vienen por aquí.

—¿No les gusta estar muertos?

—Es que hay algunos que tienen un carácter demasiado melancólico.. .

—Bueno, es fácil de comprender — explica Pierre—. Yo no dejo a nadie detrás de mí; por eso puedo estar tranquilo.

Se pasea por el cuarto con vivacidad y agrega:

—Pero lo importante es haber hecho lo que uno debió hacer.

Y volviéndose hacia la matrona, que le mira escéptica a través de sus impertinentes, le pregunta:

—¿No le parece?

—Yo... yo no soy aquí más que una empleada. . .

Después coloca el registro en dirección a Pierre:

—Le voy a pedir que ponga una firma. . .

Por un instante Pierre queda desconcertado. Y por último se acerca al escritorio y, tomando la pluma, firma.

—Muy bien —declara la mujer—. Ahora está usted oficialmente muerto.

Pierre se incorpora, todavía un poco incómodo. Deja la pluma y acariciando el gato pregunta:

—¿Y adonde tengo que ir?

La matrona lo mira con aire sorprendido:

—Adonde le parezca...

Pero como Pierre intenta salir por la puerta que entró, ella le señala otra a un costado..

—Por allí...

Mientras Pierre cierra la puerta, la matrona se cala sus impertinentes, consulta el registro y con gesto muy natural hace como que tira un cordón. A lo lejos se oye el tintineo de la campanilla de entrada anunciando el próximo parroquiano.

UNA CALLE

La pequeña puerta de una casa vetusta y sórdida. Pierre acaba de salir de allí. Se orienta y, poniendo las manos en los bolsillos, camina un trecho alegremente.

La calle desemboca, veinte metros más allá, en una ancha arteria donde los peatones y los vehículos se entrecruzan en incesante ir y venir. En el escaso espacio de esta calle, contadas personas vivientes circulan con apuro, en tanto que una decena de personajes muertos se encuentran sentados o de pie apoyados en las paredes o se pasean displicentes contemplando las vidrieras.

Dos o tres muertos de tiempos pasados, en trajes de época, atisban a Pierre, refiriéndose a él en voz baja.

CALLE Y PLAZA

Detrás de Pierre, que camina despaciosamente, una voz de hombre entrado en años le dice:

—Sea bienvenido entre nosotros.

Pierre se vuelve. Y descubre un grupo de personajes vestidos con ropas de las épocas más dispares: mosqueteros, románticos, modernos. Con ellos está un viejo tricornio, vestido a la usanza del siglo dieciocho, que amablemente le interroga:

—¿Es nuevo usted aquí?

—Sí... ¿y usted?

El viejo sonrío señalando su traje:

—Me ahorcaron en 1778.

Pierre se condeule con simpatía de tan trágico suceso. El viejo prosigue:

—Fue un pequeño error judicial. Pero eso no tiene importancia. ¿Debe ocuparse usted de algo especial?

Y ante el estupor de Pierre, agrega con aire de hombre entendido:

—Sí..., ver si su mujer lo llora o lo engaña, si sus hijos velan ante su cadáver, qué categoría de entierro le han destinado.

Pierre le interrumpe con presteza:

—No, no... todo andrà perfectamente sin mí-

—Lo felicito. Bueno, ¿entonces no quiere que le sirva de cicerone?

—Si no le es molestia...

Pero ya el viejo lo arrastra consigo, asegurándole:

—De ninguna manera, para mí es un gran placer. Tenemos por costumbre aguardar a los recién venidos para iniciarlos en su nuevo estado. Eso distrae.

Llegados al final de la calle, ambos se detienen. Pierre, divertido, observa lo que tiene ante su vista. Se ha metido las manos en los bolsillos.

Una multitud abigarrada se mueve en un reducido espacio. Aquí los muertos y los vivos están entremezclados. Los muertos visten ropas de todas las épocas, algo desgastadas, un poco desteñidas.

Mientras los vivos se desplazan apresuradamente, los muertos andan como a la deriva, tristes y con apariencia cohibida. En su mayor parte están sentados o estacionados en los salientes de las paredes ante los escaparates o bajo los dinteles de las puertas.

—¡Caramba —exclama Pierre—, cuánta gente!

—No más que de costumbre —explica el viejo—. Es que ahora, como ya usted está registrado, ve también a los muertos.

—¿Y qué diferencia hay entre un muerto y un vivo?

—Muy sencillo: los vivos andan siempre de prisa.

Y como pasa rápidamente un hombre con un portafolio bajo el brazo, el viejo afirma:

—Mire a ése... Con toda seguridad que está vivo.

El hombre de la referencia ha pasado tan cerca de ellos que de ser un muerto hubiese oído el dicho.

Pierre lo sigue con la mirada en actitud divertida.

Se ve que Pierre está ejercitándose en distinguir los vivos de los muertos, tarea que realiza con cierto placer. Dejan detrás a una mujer que camina más lentamente que ellos. Su cara está retocada con afeites y su falda es muy corta. Pierre la observa atentamente ensayando clasificarla. La mujer en apariencia no lo ve. Pierre se vuelve hacia el viejo interrogativamente y con discreto gesto señala a la mujer.

El viejo sacude la cabeza:

—¡No, no! Está viva.

Pierre se siente ligeramente desalentado. Mientras tanto la mujer demora más su andar ante la proximidad apresurada de otro ser viviente.

El viejo, que ha notado la decepción de Pierre, lo alienta:

—No se aflija, muy pronto se hará práctico.

Reanudaron su camino y poco más allá son detenidos por un grupo que marcha en sentido contrario.

A la cabeza de este grupo camina un hombrecito de aspecto tonto y degenerado. Detrás, le sigue toda una noble ascendencia masculina, desde el siglo diecinueve hasta la edad medía, tipos de buena estampa y alta talla.

El retoño sobreviviente de la noble familia se detiene para encender un cigarrillo. Sus antepasados también se detienen tras él, siguiendo con atención expectante sus menores movimientos.

Pierre no puede contener una exclamación burlona:

—¿Qué quiere decir esta comparsa?

Apenas soltadas estas imprudentes palabras, algunos de los nobles lanzan a Pierre miradas de consternación y furor.

El viejo explica con discreción:

—Es una antiquísima familia de ilustre prosapia. Siguen al vástago vivo...

—Hablando con franqueza —confiesa Pierre—, no es una gran cosa que digamos. No creó que tengan motivos para sentirse muy orgullosos. ¿Pero para qué lo siguen?

El viejo se encoge de hombros con gesto fatalista.

—Esperan que muera para poder insultarlo a gusto.

Entre tanto, habiendo encendido su cigarrillo el ilustre vástago, reanuda su camino con estúpido aire de importancia, escoltado por sus ascendientes, que le clavan sus ansiosos ojos de mirar atento y desolado.

Pierre y su compañero continúan el paseo y atraviesan la calle.

Un auto aparece nítidamente y el viejo pasa por debajo del "capot" sin inmutarse, mientras Pierre hace un brusco esguince para evitarlo. El viejo lo mira con sonrisa indulgente:

—Ya se acostumbrará... ya se acostumbrará...

Pierre comprende y tranquilizado sonrío a su vez. Siguen andando.

LA TRASTIENDA

Eve está sentada en una silla delante del escritorio. Su cara expresa ansiedad. Nerviosamente inquiere:

—¿Pero está usted segura? ¿Está bien segura?

La matrona, cuya calma cortés y abúlica forma contraste con la nerviosidad de Eve, replica con aire digno:

—Yo no me equivoco nunca. Es mi profesión.

Eve insiste:

—¿Pero me envenenó?

—Así es, señora.

—Pero, ¿por qué?, ¿por qué?

—Usted le estorbaba —contesta la matrona—. Quería su dote. Ahora necesitaba la de su hermana.

Eve junta sus manos en un gesto de impotencia y murmura abrumada:

— ¡Y Lucette está enamorada de él!

La matrona compone una cara de circunstancias:

—Lo lamento. Por favor, ¿quiere poner aquí una firma?

Maquinalmente Eve se levanta e inclinándose sobre el registro, firma.

—Muy bien —declara la matrona—. Ahora está oficialmente muerta.

Luego de una vacilación, Eve se informa:

—¿Y dónde debo ir?

—Adonde quiera. Los muertos son absolutamente libres.

Eve, como antes Pierre, se dirige instintivamente a la puerta por la que entró, pero la matrona interviene:

—No. . . por allí...

Eve, abstraída, sale del cuarto.

UNA CALLE

Eve camina tristemente por una calle, la cabeza baja, las manos en los bolsillos de la "robe de chambre".

Nada de lo que hay a su alrededor le interesa. Se cruza, sin mirarlos, con los muertos y los vivos. De pronto oye el pregón de un charlatán de feria:

—Señoras y señores, por unos centavos más, Alcides realizará delante de ustedes una prueba sensacional. . . Con un solo brazo, con uno solamente, levantará una pesa de cien kilos. Atención: he dicho cien kilos, cien.

Un grupo de mirones rodea a un hércules de circo. Es un hombrón en malla rosada, de agresivo mostacho y cuyos cabellos, partidos al medio por una raya, dejan escapar dos rizos que caen sobre sus mejillas. Se mantiene inmóvil, en actitud digna. El charlatán lo presenta al público.

Eve, al sortear el círculo de curiosos, echa una mirada al espectáculo sin detenerse.

Colocados en la última fila, Pierre y el viejo forman también corro al Hércules.

—Sigamos — propone el viejo—, hay mejores cosas para ver. . . Tenemos un club. . .

—Un momento —contesta Pierre sin ganas de irse—, me gustan mucho los hércules.

Por su parte Eve contornea el grupo de curiosos. Maquinalmente se detiene mirando el espectáculo.

El charlatán se desgañita para despertar la generosidad del público.

—¡Vamos, señoras y señores! No se diga que no hay estímulo para un artista levantador de

pesas. Unos pocos centavos y Alcides comenzará. Nada más que unos pocos centavos. A la derecha: ¿el señor? A la izquierda: ¿el señor? Muchas gracias. Un esfuerzo más y el espectáculo comienza.

De pronto las miradas de Eve son atraídas por una chica de unos doce años, que lleva una canasta de la que sobresale una botella de leche. Tiene una cartera muy gastada en la cual, sin duda, guarda su dinero. Fue mandada para hacer compras y se detiene un momento para admirar al hércules.

La chica no se da cuenta de que un vago, de unos diecisiete años, se le ha puesto detrás con intención de robarla. El muchacho, luego de echar con disimulo una ojeada en derredor, alarga cautelosamente la mano y le quita la cartera.

Eve al ver su ademán advierte:

—¡Cuidado, chica, te quieren robar!

Pierre, que se encuentra cerca, se vuelve vivamente hacia Eve y después sus ojos bajan a la niña.

Eve nota el gesto de Pierre y es a él a quien se dirige:

—¡Deténgalo, hombre!. . . ¡Deténgalo!

El viejo codea a Pierre con una sonrisa de entendimiento.

El vago ha tenido bastante tiempo para huir.

Eve extiende el brazo y grita:

—¡Deténganlo! ¡Deténganlo!

Pierre mira a Eve con cara risueña.

El viejo explica:

—Como se ve que esta señora es también nueva aquí.

—Sí. . . —afirma Pierre presumiendo—, todavía no ha comprendido...

Eve se encara con Pierre.

—¡Pero haga algo, hombre! ¡Corra! ¿Qué es lo que encuentra de gracioso para reírse? ¡No le deje escapar!

Pierre y el viejo cambian una mirada de entendimiento y Pierre le hace notar:

—Es que todavía no se ha acostumbrado, señora.

—¿Qué dice? —se asombra Eve—. ¿Acostumbrarme a qué?

Eve contempla a los dos hombres y de pronto comprende. Y parece sentirse desamparada, desmoralizada.

— ¡Ah!... es cierto —murmura.

Pierre y Eve se miran un instante con interés para en seguida volver los ojos a la chica.

Ésta acaba de comprobar la falta de su cartera. La busca febrilmente en la canasta, llega a mirar hasta dentro de la botella de leche, y después se esfuerza por encontrarla en el suelo, entre los pies de los mirones. Convencida de la inutilidad de su búsqueda, se incorpora. En su cara pálida hay una expresión de animal perseguido. Su boca está crispada y en sus ojos muy abiertos brillan lágrimas.

Eve y Pierre, callados, observan con lástima a la chica, lástima que el viejo, a pesar de que sus sentimientos debieran ya estar embotados, comparte.

La chica se aleja arrastrando su canasta con la botella de leche.

Camina un trecho y se deja caer en un banco sollozando lastimeramente, la cabeza puesta en el brazo.

—¡Pobre criatura! —se conduele Pierre—. Me parece que lo pasará muy mal cuando llegue a su casa.

Y luego agrega, por primera vez, con un dejo de amargura:

—¡Nada se puede hacer!

Eve se rebela:

—¡Nada se puede hacer! ¿Eso es todo lo que se le ocurre decir?

Pierre se esfuerza por disimular su emoción detrás de un aparente cinismo:

—¿Y qué es lo que pretendía que hiciese?

Eve se encogió de hombros.

—Nada.

Y volviendo sus ojos a la chica:

—¡Es desesperante no poder ayudarla!

Eve y Pierre se miran otra vez. Después, Pierre le da bruscamente la espalda como para alejar un pensamiento inoportuno.

—Vámonos —le propone al viejo—. Mire..., yo lo sigo...

Y parte acompañado por su cicerone, satisfecho con la distracción.

Por su lado Eve reanuda su camino, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos de la "robe de chambre". Pasa cerca de la chica sin mirarla y desaparece. . .

PUERTA DEL PALACIO DEL REGENTE

Pierre y el viejo llegan ante la puerta monumental del Palacio del Regente. Dos gigantescos milicianos armados defienden la entrada, firmes en una impresionante actitud de guardia.

Pierre se detiene de pronto. El viejo, que apenas podía seguir sus pasos, se para a su vez, pero hace ademán de proseguir.

Pierre mide con una mirada la enorme puerta y dice con visible alegría:

—¡Éste es!

—¿Qué dice?

—Hace años que quería verlo de cerca.

—¿A quien? ¿Al Regente? —se sorprende el viejo—. ¿Quiere ver al Regente? Extraña idea... Es un miserable usurpador sin talento alguno.

—Me interesaría verlo —afirma jocosamente Pierre,

El viejo tiene un educado gesto de incompreensión y le señala la puerta:

—En este caso, mi querido amigo, no se prive del placer.

Sin vacilar asciende Pierre la escalinata y se detiene un momento a la altura de los dos milicianos. Y bajo la nariz de uno de ellos, dice:

—Si supieras a quién dejas entrar.. .

UNA GALERÍA DEL PALACIO Y LA CÁMARA DEL REGENTE

Pierre y el viejo siguen por una amplia galería en la cual algunos muertos están sentados aquí y allá, vestidos con ropas de su época. Se cruzan con un ayuda de cámara de librea, al que dan paso en medio de los dos.

Pierre parece maravillado con lo que ve. En cambio el viejo mira todo con aparente hastío.

Pronto llegan a una ancha puerta interior, que custodian, asimismo, dos milicianos en guardia.

En ese momento aparece otro ayuda de cámara portador de un soberbio par de botas negras.

Uno de los milicianos, con gesto mecánico y ritual abre la puerta al ayuda de cámara que penetra majestuosamente.

Pierre, que se ha situado muy próximo a la puerta, toma con vivacidad al viejo por el brazo y lo arrastra susurrándole:

—¡Venga!

Y rápidamente se deslizan detrás del ayuda de cámara, al tiempo que el miliciano cierra la puerta.

Los dos quedan un momento parados y luego avanzan hacia el centro de la cámara del Regente.

Es una inmensa habitación suntuosa, al fondo de la cual se alza un lecho con doseles. Una maciza mesa de roble, unos grandes sillones de estilo y cortinados de terciopelo, brocados, tapices, la amueblan y decoran.

El Regente se encuentra sentado al pie de su lecho. Está en mangas de camisa, con pantalón militar y en medias. Lleva bigotera y fuma un cigarrillo de lujo.

Es un hombre ancho de espaldas y sólido, cuyo rostro, de inexpresiva belleza cruel, puede prestarse a engaño.

El ayuda de cámara colabora solícito en calzar sus botas.

Unos diez muertos, entre los cuales está una mujer, se hallan en la habitación. Unos

sentados en los sillones, en el lecho o en el suelo, otros recostados en las paredes o de pie contra los muebles.

Hay un comandante de milicias que viste un uniforme parecido al del Regente; un coloso medieval; un miliciano; un hombre muy viejo de canoso bigote que se apoya en su bastón; un oficial del siglo diecinueve con dormán cubierto de alamares y calzón ajustado; tres hombres de edad, con casacas ribeteadas de trencilla y pantalones a raya; también una mujer de unos treinta años vestida con elegante traje de caza.

Todos contemplan al Regente con ojos siniestros o irónicos.

Pierre meneaba la cabeza, divertido:

—Por lo que veo —exclama alegremente—, no soy yo solo.

Sus palabras llaman la atención de los muertos, que miran a los recién llegados con displicencia.

El compañero de Pierre, explica:

—Este usurpador tiene siempre visitas.

—¿Son amigos?

Los muertos se encogen desdeñosamente de hombros dándoles la espalda y el viejo se apresura a corregir:

—Antiguos amigos.

En tanto, después de calzarse las botas, el Regente se aproxima a un gran espejo, que lo refleja de cuerpo entero.

El Regente, para ponerse frente al espejo, tiene que acercarse a Pierre que, dando vuelta a su alrededor, lo examina como si fuese un insecto. Próximo a ellos, el miliciano, apoyado en un mueble, contempla, los brazos cruzados y el ceño fruncido, a su antiguo "jefe".

El Regente se mira con agrado al espejo y comienza una representación. Se ejercita en saludar, toma actitudes de dignidad. Sus gestos teatrales son los de un orador en plena tarea, pero absolutamente grotescos.

El ayuda de cámara se mantiene imperturbable a pocos pasos de él, sosteniendo una chaquetilla de uniforme.

Transcurrido cierto tiempo, el Regente hace una ligera seña al ayuda de cámara, que se aproxima tendiéndole la chaquetilla.

Pierre sacude la cabeza y dirigiéndose al miliciano dice burlescamente:

—¿Te has dado cuenta?

El miliciano hace con la cabeza un signo de asentimiento, sin quitar sus ojos del Regente.

—Es un buen mozo tu jefe —agrega Pierre con sorna.

—Ya lo veo— afirma el miliciano—. Si hubiese sabido esto antes, no es a mí a quien pescan.

El Regente, luego de enfundarse la chaquetilla, se la quita, preguntando al ayuda de cámara:

—¿Te parecería bien sin esta chaquetilla?

—Ciertamente, Excelencia, pero la chaquetilla le sienta a su Excelencia.

El Regente vuelve a colocarse la chaquetilla y se dirige hacia la mesa junto a la cual se estaciona el coloso medieval. El Regente, a quien sigue Pierre, se acerca a la mesa abotonándose la chaquetilla. Luego de ajustarse el cinturón, tira su cigarrillo en el magnífico plato que adorna la mesa. El coloso tiene un indignado sobresalto.

—¡Es la taza de afeitarme! —ruge.

Pierre se vuelve a él con interés.

—¿Es suya?

—Ésta es mi casa, amigo mío. Fui rey de este país hace cuatrocientos años. Y le pido que me crea, en ese tiempo se respetaban mis muebles.

Pierre se ríe y señala al Regente:

—Consuélese, señor, este hombre no estará aquí mucho tiempo.

La única mujer que hay entre los muertos se le acerca curiosa.

—¿Qué quiere decir? —le pregunta.

—Que será mañana.

El miliciano se aproxima con interés.

—¿Qué es lo que será mañana?

—La insurrección.

—¿Está seguro? —interroga la mujer.

—Cómo no voy a estarlo, si soy yo quien la ha preparado. ¿Le interesa saberlo?

La mujer señala al Regente, que se coloca una condecoración al cuello y se prende una cruz en el pecho, y dice con pasión:

—Yo he muerto hace tres años. Por su culpa. Desde entonces no dejé un minuto de perseguirlo. Quiero verlo colgado.

El comandante de milicias, que observa la conversación con interés, interviene a su vez:

—No hay que entusiasmarse demasiado —dice—. Esas cosas no siempre resultan. Este hombre es más astuto de lo que parece, se lo aseguro.. .

La mujer se encoge de hombros:

—No por haber fallado usted. ..

Poco a poco todos los muertos forman corro a Pierre. El comandante de milicianos prosigue:

—¿Recuerda usted la conjuración de los Cruces Negras? Yo la dirigí. Nada se dejó al azar. Y, sin embargo, este hombre me embromó...

—A mí también me embromó —admite Pierre—. Pero ya tarde, porque con los demás no podrá hacer lo mismo.

—Parece tenerse mucha confianza.

Pierre, dirigiéndose al comandante de milicias y a los demás muertos que lo rodean, explica:

—Hace tres años que con mis camaradas trabajo en esto. No puede fallar.

—Yo creía lo mismo.. . —murmura el comandante de milicianos.

El oficial del dormán, que se sienta en una silla cerca de la mesa, sonrío sardónicamente:

—¡Estos jóvenes muertos siempre tan ilusos!

Mientras pronuncia estas palabras, el ayuda de cámara pasa por detrás de él y, como si nadie estuviese sentado en la silla, la retira y se la lleva. El oficial queda sentado en el vacío, mientras el Regente se acomoda en la silla que el ayuda de cámara desliza bajo sus asentaderas. Pierre se encara con los muertos que lo contemplan con aire escéptico:

—Ustedes son bastante pesimistas.

—¿Pesimistas? —rezonga el miliciano—. Yo he servido a este hombre durante años...

Y hablando se acerca al Regente. Todos los muertos forman círculo alrededor de la mesa.

El ayuda de cámara quita, según el ceremonial cotidiano, la bigotera al Regente.

—Yo creía en él —prosigue el miliciano— y morí por él. Y ahora veo esta farsa: una mujer distinta todos los días y sus tacones altos. Sus discursos se los escribe el secretario y, cuando los ensaya ante el espejo, entre los dos hacen chistes. ¿Cree que puede hacer gracia saber que toda su vida uno no fue más que un títere?

Ei Regente comienza su comida de la mañana. Come y bebe como un verdadero cerdo, pero sus manos tienen ademanes distinguidos.

El comandante de milicias habla con dureza:

—¿Pesimistas? Al tomar esta condición supe que era mí mejor amigo el que nos había traicionado. Ahora es ministro de Justicia.

Pierre quiere hablar, pero es interrumpido de nuevo. La mujer se ha puesto muy junta al Regente y señalándole argumenta a su vez.

—¿Pesimistas? Mírelo. Lo conocí cuando no era más que un tinterillo. Lo ayudé. Trabajé para él. Me vendí para sacarlo de la cárcel. A mí me debe su carrera.

—¿Y después? —inquire Pierre.

—Morí en un accidente de caza, y el accidente de caza fue él.

El Regente sigue tragando y, de tanto en tanto, se monda delicadamente los dientes con la uña.

Pierre, que no ha podido decir más de dos palabras seguidas, estalla de pronto colérico, mirando a los muertos, desafiante.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué prueba eso? Que ustedes han fracasado en la vida.

Entonces los muertos responden a un mismo tiempo:

—También usted. No hay duda que nosotros hemos fracasado. Pero todos fracasan en la vida.

El viejo, que guardaba silencio desde su entrada en la cámara, toma la palabra y su voz

domina la alharaca:

- Se fracasa en la vida desde el momento que se muere,
- Sí, cuando se muere demasiado pronto —afirma Pierre.
- Siempre muere uno demasiado pronto... o demasiado tarde.
- Pero no yo, ¿entienden? ¡Yo no!

Redoblan las risas y los chistes de los muertos. Pero Pierre, de pie, en medio de ellos, los encara:

—Yo preparé la insurrección contra este pelele. Mañana estallará. Yo no fracasé en la vida. Soy feliz, estoy contento y no quiero ser como ustedes. ..

Se dirige hacia la puerta, pero luego, mudando de parecer, vuelve sobre sus pasos y, poniéndose entre los muertos que ríen sardónicamente, agrega:

—Ustedes no solamente están muertos, sino que carecen de toda moral.

E iracundo marcha hacia la salida acompañado por el viejo.

Detrás de él los muertos continúan hablando todos al mismo tiempo:

—Tanto mejor para él si es feliz... Pero terminará por darse cuenta... ¡Todos son lo mismo! Éste se cree muy astuto y no es más que un ridículo. Ya verán en lo que para eso... ¡Está contento, bueno, tiene suerte!

En medio de la batahola se oye golpear fuertemente a la puerta:

Con la boca llena el Regente grita:

—¿Qué hay?

En el momento en que Pierre y su acompañante alcanzan la puerta, ésta se abre dando paso a un ujier miliciano que saluda al Regente y anuncia:

—El jefe de Policía pide audiencia. Dice que es por algo muy urgente y grave.

—Que pase.

El ujier saluda y sale.

Pierre y el viejo se disponen a seguirlo, pero, de pronto, queda Pierre como clavado en el piso. Ha visto al jefe de Policía en conversación con Lucien Derjeu. Visiblemente, Pierre lo insulta.

Lucien, a quien flanquean dos milicianos, tiene un aspecto de preocupación y miedo.

Pierre contempla con estupor a Lucien y articula:

—¡Ahí está! Ese pelele... Él es el que me ha liquidado. ..

Y extendiendo el puño en brusca amenaza, grita en dirección a Lucien.

—¡Porquería!

—¿Cree que vale tomarse tanto trabajo?

—Sí, ya sé... pero hubiese querido romperle la cara.

El jefe de Policía, acercándose, se inclina ante el Regente. Los muertos, que se han desparramado un poco, se agrupan de nuevo alrededor de la mesa.

—¿Qué novedad me traes, Landrieu? —inquire el Regente.

Landrieu, confuso:

—Se ha producido un accidente deplorable, Excelencia ... Yo...

—Continúa... te escucho...

—Uno de nuestros agentes secretos ha cometido una estupidez. . . Ha matado a Pierre Dumaine,

El Regente, que está bebiendo, se ahoga:

—¿Han matado a Pierre Dumaine y a eso llamas un *accidente*?

Da un golpe con el puño en la mesa y agrega:

—¿Sabes lo que pasará, Landrieu?... Sin Pierre Dumaine, no habrá insurrección. La Liga se llamará a silencio sin su jefe.

Pierre cambia de expresión. El viejo, que ya parece haberlo comprendido todo, lo observa de reojo, irónico:

—Yo sólo ordené que se le vigilase, Excelencia. . . Y creyó hacer lo mejor... —responde Landrieu.

Pierre se aproxima más, abriéndose camino entre los muertos.

Con expresión tensa, escucha.

El Regente le grita en la cara al deprimido Landrieu:

—¡Es necesario que se haga esa insurrección! Con los datos que tenemos, es la oportunidad única. Todos los dirigentes liquidados de un solo golpe y la Liga deshecha por diez años.

Pierre está trastornado. El viejo le pregunta con aire capcioso:

—¿No se siente bien?

Pierre no le contesta.

Sacados de su apatía, los muertos siguen sumamente atentos la discusión. Algunos han comprendido y observan alternativamente a Pierre y al Regente con sonrisas de entendimiento.

Landrieu balbucea:

—Todo no está perdido, Excelencia.

—Así lo deseo para tu bien, Landrieu. Si *mañana* la Liga no da señales de vida, serás tú quien ha de responder del exceso de celo de tu subalterno.. . ¡Puedes retirarte!

Luego de una vacilación, no osando agregar ninguna palabra más, el jefe de Policía se inclina y gana la salida, en tanto que el Regente furioso le dice:

—Tres años de esfuerzos. Y con un presupuesto para la policía como jamás se vio.

Observando el semblante de Pierre, los muertos estallan en risas.

Landrieu ha llegado a la puerta y el Regente le grita una última vez:

—¡Esto te puede costar el puesto, Landrieu!

En medio de los muertos, que continúan riendo sardónicamente, Pierre les echa en cara;

—¿Esto les causa gracia? Todos los camaradas serán asesinados.

—¿Se está poniendo pesimista? —ironiza el comandante de milicias.

—¡Ustedes me dan asco! —vocifera Pierre.

Y se aleja. Aprovechando que Landrieu abre la puerta, sale rápidamente seguido por el viejo.

LA CALLE DE LOS CONSPIRADORES

Un obrero joven llega corriendo a la casa donde Pierre Dumaine celebró la reunión secreta, en la que fueron planeados los últimos detalles de la insurrección.

Luego de lanzar una mirada en derredor, el joven entra.

UNA ESCALERA DE LA CASA

El joven obrero se detiene ante la puerta de una pieza, en un sórdido piso.

Detrás del obrero, están atentos Pierre y el viejo.

El obrero, golpeando nervioso, grita a través de la puerta:

—¡Muchachos! ¡Parece que mataron a Dumaine!

Se oyen pasos rápidos que se aproximan. Después la puerta se abre.

Es Dixonne, que inquiera:

—¿Qué estás diciendo?

—Parece que han matado a Dumaine. .. —repite el otro.

Desde el interior del cuarto la voz de Langlois pregunta:

—¿Pero estás seguro?

—Me lo acaba de decir Paulo.

Pierre contempla los semblantes de sus antiguos camaradas.

—¡Canallas! —barbota Dixonne—. A ver si puedes conseguir otras noticias. Cuando sepas algo, pasa por casa.

—Está bien —asiente el joven obrero que desciende velozmente la escalera.

EL CUARTO DE LOS CONSPIRADORES

Dixonne empuja maquinalmente la puerta sin cerrarla del todo. Y se vuelve a los compañeros que lo rodean. Los cuatro hombres quedan en sus sitios, silenciosos.

Por la rendija de la puerta aparece el rostro de Pierre. Escucha con semblante grave.

Al fin, Langlois rompe el pesado silencio:

—Si Dumaine ha muerto, ¿salimos lo mismo mañana?
—Con mayor razón ahora —responde Dixonne—. También tienen que pagar esto. . .
¿Están de acuerdo, muchachos?
Poulain y Renaudel, aprueban:
—Sí, de acuerdo.
—Con mayor razón ahora.
—Está bien —concluye Dixonne—, entonces manos a la obra. No hay tiempo que perder...
Pierre, en la rendija de la puerta, trata de abrirla. La empuja con el hombro. La puerta no se mueve.
Dixonne se dirige a Poulain todavía de pie:
—Deja entrar un poco de aire, aquí uno se muere de calor.
Es Poulain quien abre la ventana y, por acción de la corriente de aire, la puerta se cierra de golpe...

LA ESCALERA

Pierre queda contra la puerta cerrada. Golpea sin producir ruido gritando a través de la puerta:
—¡Es una trampa, muchachos! No hagan nada. Es una trampa.
Por toda respuesta se oye que alguien se aproxima y cierra con llave desde el interior.
Pierre mira al viejo, quien le hace una seña de que no insista. Comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, por primera vez Pierre se desespera.
Se vuelve y con gran aflicción se lamenta:
—Mañana los matarán a todos o los meterán en la cárcel. Y sólo yo tendré la culpa.
El viejo hace un gesto que significa: "¿Y qué puede hacer usted?"
Pero de nuevo Pierre golpea rabiosamente la puerta con golpes inaudibles, replicándole:
—Ya sé que a ustedes nada se les importa de nadie. Pero a mí, sí, ¿me entiende? A mí, sí...

CASA DE LOS CHARLIER

En el dormitorio, que mantiene sus persianas semicerradas, el cuerpo de Eve se encuentra yacente sobre su lecho.
Lucette, arrodillada, posa una mejilla sobre la mano de su hermana y llora desconsoladamente.
André se mantiene de pie, inmóvil, detrás de su joven cuñada.
Muy derecha, apoyada contra la pared, la otra Eve observa la escena con los brazos cruzados y el gesto hosco.
Lucette levanta la cabeza, besa con pasión la mano de su hermana y gime desconsolada:
—Eve, Eve, querida.
André se inclina sobre Lucette. La toma dulcemente por los hombros y la obliga a levantarse.
—Vamos, Lucette..., vamos.
La jovencita se deja conducir.
André le pasa el brazo por la cintura. Ella apoya la cabeza en su hombro.
La conduce hasta un sofá y la hace sentar.
Han pasado por delante de Eve, que lentamente los sigue, sin dejar de mirarlos con expresión de quieta dureza. Se sitúa detrás del sofá, escuchando.
Sorpresivamente, una voz de hombre se hace oír:
—¡Buenos días!
Eve se vuelve con rapidez.
Su rostro se ilumina y muy emocionada murmura:
—¡Papá!...
El padre de Eve, amable y sonriente, pasa su cabeza por el espacio de la puerta entreabierta y, deslizándose por la parte libre, se acerca a Eve,

—Supe que estabas en nuestro mundo. Y he venido a darte la bienvenida.

Es un viejo con arrostos todavía de juventud, muy distinguido, sumamente acicalado, con polainas y clavel en el ojal. Personifica el auténtico prototipo del antiguo clubman, incurablemente frívolo.

Llega junto a Eve, que, en su emoción, no se ha movido de su sitio. Le tiende ambas manos. Ella se arroja entre sus brazos.

—¡Qué feliz me siento, papá! Hace tanto tiempo...

El padre le da un beso furtivo en la frente y la aparta suavemente con las dos manos. Eve retrocediendo retiene las manos de su padre entre las suyas y lo contempla con ternura. Luego esta ternura se extiende a Lucette y, de pronto, dice:

—Papá... nuestra Lucette... Es necesario que sepas lo que aquí sucede...

El padre se muestra incómodo y aun un poco disgustado. No quiere mirar hacia donde le señala Eve.

—Verdaderamente, ¿lo crees imprescindible? Mira que no tengo más que poco tiempo, hija.

Eve lo obliga a volver junto al sofá.

—Mira. . .

Lucette sigue con su cabeza apoyada en el hombro de André y llora mansamente. Pasándole el brazo por los hombros, André la aprieta contra sí.

El padre contempla la escena, pero es visible su incomodidad y el deseo de encontrarse lejos.

—¿Lo ves? —inquire Eve.

—No llores más —pide André a Lucette.

Eve, sin quitar los ojos de la pareja, advierte a su padre:

—Escucha...

—Ya sabe que no está sola —prosigue André—. Yo la querré tanto como la quería Eve... La quiero tiernamente, Lucette... Es usted encantadora y tan niña...

Lucette levanta los ojos hacia André, que le sonrío. Luego con mimosidad infantil se refugia de nuevo en el hombro de su cuñado.

Eve, con gesto de lástima y ternura, acaricia los cabellos y la frente de Lucette.

En ese momento André se inclina y besa a Lucette en las sienes.

Disgustada, Eve retira bruscamente su mano:

—¡Papá! ..

Pero el padre hace un ademán de impotencia:

—Y bueno, hija. .. bueno...

Mientras lo dice, da algunos pasos como si buscara escapar al espectáculo penoso.

—Papá, él me envenenó porque le estorbaba...

El padre, dando unos pasos más, esboza un vago gesto:

—Ya lo vi... no es una acción muy recomendable... No es una acción recomendable en manera alguna...

Eve contempla a su padre, indignada por su indiferencia.

—Es tu hija, papá. La hará sufrir.

Eve y su padre están ahora colocados en cada extremo del sofá, teniendo entre ellos a Lucette y André.

—Evidentemente, es muy lamentable...

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

El padre mira a Eve con un aire lejano y replica con fastidio:

—¿Qué es lo que pretendes que diga? Ya sabía yo lo que aquí me esperaba. Y sabía que nada me era posible hacer. ¿Por qué te has empeñado en no dejarme ir?

Después, descargando su enojo sobre André:

—No creas que no te vemos y que no te oímos, André. Un día tendrás que dar cuenta de esto. ¡Asesino! Lo sabemos todo, ¿me entiendes?... Lucette... Por Dios, Lucette, escúchame, yo...

Posando siempre su cabeza en el hombro de André, Lucette sonrío a través de sus lágrimas y se aprieta más contra él.

—Usted es muy bueno... —murmura.

El padre se planta en medio de su frase. Desaparece su cólera y abre los brazos en un

ademán de triste resignación. Y le reprocha a Eve:

—Ya ves lo que me obligas a hacer, hija. Me puse en ridículo... Con toda franqueza, prefiero irme...

Y se dirige hacia la puerta, pero Eve corre detrás de él:

—Lucette fue siempre tu preferida.

—Uno olvida pronto a los vivos, ya lo verás.. . Cuando estabas de novia me desesperaba viéndote con ese canalla... Te lo advertí muchas veces. Pero le sonreías sin escucharme, lo mismo que ahora Lucette...

Eve y su padre continúan caminando hacia la puerta.

—Bueno, hasta luego, hija. Me harás llegar retrasado. Tengo una partida de bridge dentro de diez minutos.

La hija se asombra:

—¿Una partida de bridge?

—Sí. Miramos jugar a los vivos. Y como vemos las cuatro jugadas, es muy divertido. De tener las cartas en la mano, te aseguro que jugaríamos mucho mejor que ellos...

Hablando, padre e hija, llegan a la puerta de la habitación. Bajo el dintel se vuelven.

Lucette y André se han levantado. André tomando por la cintura a su joven cuñada la lleva hacia la otra pieza. André abre la puerta.

Antes que ellos salgan, Eve se precipita en su seguimiento, pero, al alcanzar la puerta, ésta se cierra.

Eve, trastornada, se apoya contra la puerta y la golpea con toda su fuerza, pero los golpes son inaudibles.

Al mismo tiempo hace un llamado angustioso:

—¡Lucette! ¡Lucette!

Por último deja de golpear y se dirige a su padre. Éste está preparado para partir. Mira a Eve y le aconseja:

—No debías venir aquí si esto te hace pasar un mal rato. Bueno.. . hasta pronto, hija. . . hasta pronto. . .

Y desaparece,

Eve queda todavía un momento en su sitio y lanza una postrer mirada a la puerta.

LA TRASTIENDA

La matrona se encuentra sentada ante su escritorio. Frente a ella, de pie, está una muchacha de aspecto intimidado. Sus cabellos en desorden han estado mojados y penden lacios sobre su rostro. La matrona le tiende el lapicero y le dice en tono de regaño afectuoso:

—¡Muy bonito, ahogarte a tu edad!... Firma aquí.. . Poco vas a ganar con esto.. .

Y como la muchacha, luego de firmar, continúa con los ojos bajos y sin moverse, la matrona agrega:

—La salida es por allí, hijita.

La muchacha sale.

La mujer mueve la cabeza, pasa el secante sobre la firma y comenta cerrando el registro:

—Bueno... Por hoy hemos terminado.

En ese mismo momento una voz de hombre potente y grave llena el cuarto:

—¡No, no es así, señora Barbezat!

La matrona se sobresalta y toma en seguida un aire contrito de empleado a quien se llama al orden.

La voz continúa:

—¿Por favor, consulte su registro en el capítulo "Reclamaciones".

—Bien, señor director —responde la mujer con humildad y sin levantar los ojos.

La matrona abre el registro, se coloca sus impertinentes y consulta el capítulo indicado, donde hay la siguiente anotación: "Pierre Dumaine-Eve Charlier. Encuentro convenido: Parque de los Naranjos a las diez y media".

La matrona cierra sus impertinentes y suspira:

—¡Está bueno! Más complicaciones.

EL PARQUE

Pierre y el viejo caminan juntos por una de las avenidas del parque.

Pierre, aburrido, dice a su acompañante:

—¡Linda estupidez esto de estar muerto!

—Será... pero con todo tiene sus pequeñas compensaciones...

—Veo que usted, con poco se conforma.

—Nada de responsabilidades. Nada de deseos materiales. Una libertad absoluta.

Distracciones escogidas. ..

Pierre ríe con amargo sarcasmo:

—El Regente, por ejemplo...

—Usted siempre se coloca en el plano de la tierra. Pero terminará por entrar en razón.

—Espero no llegar a eso. La conformidad de los muertos me desorienta.

En ese momento se cruzan con una hermosa marquesa. El viejo la sigue con los ojos sonriendo:

—Y, además, hay muertas muy hermosas. . . —argumenta.

Pierre nada responde.

Poco a poco su oído es acaparado por el agudo son de una flauta, al que se van aproximando.

De pronto divisa a un viejo mendigo ciego, que, puesto en cuclillas, toca su flauta, en un rincón del parque. Ante él tiene su platillo de limosnas, en el que los paseantes echan algunas monedas.

Pierre se detiene enfrente del ciego y contemplándolo comenta:

—Son los vivos los que me interesan... Mire ese pobre hombre... Nadie puede ser menos que él... Pero... está vivo.

Suavemente se pone en cuclillas junto al ciego. Lo contempla como fascinado. Le toca un brazo, el hombro, y murmura extasiado:

—¡Éstá vivol

Y levantando los ojos hacia su acompañante, inquiere;

—¿Nunca ha sucedido que alguien haya regresado a la tierra para arreglar sus asuntos?

Pero su cicerone no le escucha, muy ocupado en sonreírle a la marquesa del siglo dieciocho, que nuevamente pasa cerca de ellos. Muy excitado, se excusa:

—Me disculpará, ¿no?

Pierre distraídamente le contesta:

—Atienda.

El viejo da unos pasos al encuentro de la marquesa, pero en seguida, como considerando su proceder no del todo correcto, se cree obligado a dar una explicación:

—Son cosas sin consecuencia, ¿comprende? Pero nos ayudan a pasar el tiempo.

Después, decidido, se acerca a la marquesa.

Pierre, que ha quedado junto al ciego, le toma por los hombros y lo aprieta contra sí, como queriendo transmitirse algo de su calor viviente.

Pasado un corto tiempo, una voz de mujer lo interroga:

—¿Qué es lo que hace ahí?

Pierre reconoce la voz de Eve.

Y volviéndose a ella se incorpora con rapidez. Eve lo mira y sonrío.

—¿De qué se ríe? —le pregunta Pierre.

—Lo encontraba muy gracioso abrazándose a ese pobre hombre.

—Es que está vivo, ¿no se da cuenta? —dice Pierre explicando su actitud.

—¡Pobre viejo! —murmura ella—. Yo siempre le daba algo al pasar... pero ahora. ..

Y hablando se ha sentado a su vez junto al mendigo, al que contempla, también, con un sentimiento de nostalgia y envidia.

Pierre, nuevamente, se coloca al otro lado del ciego. De esta manera quedan a ambos costados del viejo flautista.

—Es verdad. . . ahora somos nosotros los que necesitamos de él. ¡Ah!, si pudiese meterme en el cuerpo de este viejo y volver a la vida un momento, sólo un momento —dice Pierre.

—También a mí me vendría bien eso.

—¿Dejó algunos asuntos pendientes allá del otro lado?

—Uno solo, pero muy importante.

Mientras ellos hablan, el ciego comienza a rascarse. Primero discretamente y luego con creciente energía.

Ninguno de los dos lo nota de modo inmediato, pues, comentando sus preocupaciones, han dejado de observar al mendigo para mirarse mutuamente.

—A mí me sucede lo mismo —confiesa Pierre—. Es un poco ridículo pero no puedo olvidarme...

Y de pronto, sin causa aparente, se ríe.

—¿De qué se ríe? —inquire ella.

—De nada. La imaginaba metida dentro de este viejo sucio.

Eve se encoge de hombros:

—Dentro de éste o de otro cualquiera...

—Me parece que perdería en el cambio —afirma Pierre mirándola admirativamente.

En ese momento el mendigo dejó de tocar su flauta para rascarse con furia la pantorrilla.

Eve incorporándose reconoce:

—Realmente preferiría que fuese otro.

Pierre también se incorpora sonriendo. Y los dos se alejan del ciego.

Caminan uno junto al otro siguiendo una de las avenidas del parque. Van en silencio.

Algunos metros más allá se cruzan con dos mujeres. Pierre las examina con ojo crítico y después asegura:

—Es muy difícil,

Eve no comprende:

—¿Qué es tan difícil?

—Encontrar una mujer viva con la que usted no pierda en el cambio.

Eve agradece la galantería; pero, casi en seguida, se encuentran con una joven elegante y bonita.

Eve afirma convencida:

—Ésa...

Pierre niega con la cabeza y parece expresar que considera a Eve de poco gusto por hacer semejante elección. Y con toda naturalidad la toma del brazo. Ella tiene una leve reacción, pero no intenta desasirse.

Sin mirarla, Pierre le dice:

—Usted es muy bonita.

Eve rectifica sonriendo:

—Era...

Pierre, siempre sin mirarla, insiste:

-Es bonita. La muerte le sienta mucho. ¡Y después, con ese vestido!...

—Pero si es un arreglo de entrecasa.

—Bueno, a mí me parece un traje de baile.

Quedan en silencio. Luego él le pregunta:

—¿Vivía en la ciudad?

—Sí, ¿por qué?

—Es bastante idiota lo que estoy pensando... —murmura Pierre—. Si la hubiese encontrado alguna vez antes...

—¿Qué?

Pierre enfrenta decidido a la joven en una especie de impulso. Está por decir algo, pero las palabras quedan detenidas a flor de labios.

Su semblante se ensombrece y masculla:

—Nada.

Eve lo contempla con semblante interrogativo. Pierre se encoge de hombros, y, de pronto, poniendo su atención en otra cosa, le dice:

—Mire... Vea a esos dos.

Un lujoso auto, conducido por un chófer de librea, se detiene junto al cordón de la vereda.

Una mujer joven, muy bonita y muy elegante, desciende seguida por su perrito que conduce de una correa. La joven da unos pasos. Sobre la misma vereda viene un obrero que avanza en su dirección.

Tendrá unos treinta años y lleva un caño de hierro al hombro.

—Esa señorita —comprueba Pierre—, es más o menos igual a usted, aunque no tan bien. Ese hombre es más o menos como yo, aunque yo soy mejor.. .

Mientras Pierre hace este comentario, la mujer y el hombre se cruzan.

—...los dos se encuentran... —continúa Pierre.

La joven y el obrero prosiguen su camino cada uno por su lado.

— . . y ni siquiera se han mirado —concluye sencillamente Pierre, volviéndole a Eve.

Y en silencio reanudan el paseo.

UN ESTABLECIMIENTO ELEGANTE EN EL PARQUE

Un establecimiento muy elegante, especie de bar al aire libre, con amplias terrazas, mesas y sillas de bambú claro, pérgola blanca y pista de baile. Algunas de las mesas están ocupadas por una concurrencia mundana.

La joven que bajó del automóvil, se reúne aquí con unos amigos.

Dos caballos de silla están atados a un palenque. Una amazona desciende de su montura, ayudada por un pequeño caballerizo.

Pierre y Eve continúan en silencio su paseo y llegan frente al establecimiento, Pierre propone a su compañera:

—¿Nos sentamos un rato?

Y se dirigen al bar, en momentos que la elegante amazona pasa al lado de ellos. Pierre, siguiéndola con la mirada comenta:

—Nunca he comprendido por qué la gente se disfraza para andar a caballo.

Eve hace un alegre signo de aprobación:

—Es lo mismo que yo muchas veces le dije.

Y agrega hablando a la amazona que, por supuesto, no puede oírla.

—¿No es verdad, Madeleine?

Pierre, turbado, balbucea:

—¡Ah!, ¿la conocía? Discúlpeme. . .

—Es una relación de mi marido —explica riendo.

Madeleine se aproxima a un grupo formado por dos hombres y una mujer. Los hombres se ponen de pie y le besan ceremoniosamente la mano. Visten riguroso traje de montar; sombrero claro de copa, chaqueta entallada, corbata blanca. Uno de los caballeros galantemente hace sitio a la recién llegada:

—Siéntese.

La joven toma asiento, pone su sombrero sobre la mesa, se esponja los cabellos y dice con aire frívolo:

—¡Esta mañana el bosque estaba divino!

Pierre sigue atentamente la escena. Inquire:

—¿A usted también le besaban la mano?

—Algunas veces.

Entonces Pierre la invita a sentarse y remeda la voz y los gestos de los elegantes:

—Siéntese.

Eve complicada en la broma, se sienta y con afectación graciosa le tiende la mano para que se la bese.

Después de una leve vacilación, Pierre le toma la mano y se la besa, con poca elegancia pero no sin cierta gracia. Luego se sienta al lado de ella y con voz natural confiesa:

—Va a costarme trabajo.

Eve le responde, parodiando la voz y los mohines de la amazona:

—Nada de eso, nada de eso, mi querido amigo, usted tiene mucha disposición.

Sin embargo Pierre no parece con ganas de continuar la broma. Observa severamente la mesa de los caballeros. Luego, con la mirada en el vacío, toma un aspecto abstraído.

Eve lo contempla un instante y después, como para decir algo, le pregunta:

—¿Le agrada este sitio?

—Sí... pero no la gente que viene aquí.

—Yo venía con mucha frecuencia.

—Por usted no lo digo —rectifica Pierre, sin abandonar su aire concentrado.

Un nuevo silencio se hace entre ellos.

—No es usted muy comunicativo que digamos —le reprocha Eve rompiendo el silencio.

Pierre se vuelve hacia ella:

—Es verdad... —confiesa Pierre—. Sin embargo...

Parece desorientado. Eve lo mira con afectuosa simpatía.

—...quisiera decirle muchas cosas, pero me siento vacío en cuanto empiezo a hablar. Estoy como perdido. Mire, por ejemplo, la encuentro muy bonita... y bueno..., no siento ningún gusto con eso. Es como si me faltara algo...

Eve sonrío con dulce tristeza.

Sin duda piensa decir algo. Pero dos voces juveniles, muy próximas, se lo impiden.

Son un muchacho y una muchacha, indecisos ante una mesa desocupada.

El muchacho interroga:

—¿Aquí?

—Si te parece...

—¿Al frente o a mi lado?

La muchacha, luego de una vacilación, decide ruborizándose:

—A tu lado...

Y ocupan la mesa, que es la misma en que están Pierre y Eve.

Cuando la muchacha resolvía su ubicación, Pierre maquinalmente hizo un ademán de hacerle sitio.

Una camarera acude y el muchacho ordena:

—Dos oportos flips.

Eve observa a los jóvenes y comenta:

—Muy linda la chica.

Pierre, sin quitar los ojos de Eve, sonrío y aprueba.

—Muy linda.

Pero se ve que piensa en Eve. Ella comprendiendo se turba un poco.

La muchacha pregunta:

—¿En qué piensas?

—Pienso —contesta el muchacho— que hace veinte años que vivimos en la misma ciudad y hemos estado a punto de no conocernos.

—Si a Marie no la invitan a lo de Lucienne...

—...es posible que no nos encontrásemos nunca.

Y al mismo tiempo exclaman:

—¡Y lo que hubiésemos perdido!

La camarera coloca dos copas delante de ellos. Toman las copas, puestos los ojos en los ojos, chocándose en un brindis. Pero en ese momento, las voces de los dos jovencitos se apagan y son las de Pierre y Eve las que pronuncian:

—Por su felicidad.

—Por la suya...

Las voces de los jovencitos, un instante diferidas, se hacen de nuevo presentes. Es la muchacha la que reprocha;

—Esa vez no parecías tenerme muy en cuenta...

—¿Yo? —protesta el muchacho indignado—. En cuanto te vi pensé: está hecha para mí. Lo pensé y lo sentí profundamente.

Pierre y Eve se miran, escuchan inmóviles, y se ve que quisieran decirse las mismas frases de los jovencitos. Sus labios muchas veces insinúan un movimiento nervioso como para hablar.

El muchacho prosigue:

—Me siento más seguro y decidido que nunca, Jeanne. Hoy sería capaz de levantar una montaña.

El semblante de Pierre se anima y contempla a Eve como con deseo.

El muchacho toma la mano de su compañera.

Pierre ha tomado la mano de Eve.

—Te adoro, Jeanne —susurra el muchacho.

Se besan.

Pierre y Eve se miran profundamente turbados. Él abre los labios como si dijese: "¡Te adoro!"

Eve acerca el rostro al de Pierre. Por un instante hay la sensación de que se besarán.

Pero Eve reacciona. Se levanta, sin retirar su mano de la de Pierre, y le dice:

—Venga..., vamos a bailar.

Pierre la mira sorprendido.

—Bailo muy mal, yo no soy...

—No importa, venga.

Pierre se pone de pie, cohibido:

—Nos van a ver todos...

Eve se ríe sin disimulo:

—¿Quiénes nos pueden ver?

Y Pierre, cayendo en la cuenta, ríe a su vez. Y toma a Eve por el brazo con un poco de timidez.

Llegan hasta la pista de baile pasando por entre las mesas.

Ellos solos son los que bailan. Pierre lleva con mucha seguridad a su pareja.

—¿Qué cuento era ése? —comprueba Eve—. Si usted baila muy bien.

—Es un elogio que oigo por primera vez.

—Es que necesitaba bailar conmigo.

—Mire que siento muchas ganas de creerlo.

Bailan un momento en silencio.

—No puedo explicar lo que me sucede —comenta de pronto Pierre—. Hasta hace un rato no pensaba más que en mis cosas, y ahora estoy aquí... bailando con usted y sin pensar más que en su sonrisa... ¿Será así la muerte?...

—¿Cómo?

—Así... bailando siempre con usted, sin ver más que a usted... olvidarme de todo lo demás...

—¿Y si así fuese?

—Entonces la muerte sería mejor que la vida. ¿No cree lo mismo?

—Abrácame más —le susurra ella.

Sus rostros están casi juntos. Siguen bailando. Ella repite:

—Más... más...

Súbitamente el semblante de Pierre se entristece. Se aparta de Eve y dice:

—Estamos haciendo una comedia. Ni siquiera he tocado su cintura.

Eve lo comprende también:

—Es cierto —asiente con lentitud—, cada uno bailó solo...

Y quedan uno frente al otro.

Pierre avanza sus manos como para posarlas en los hombros de ella, pero las deja caer con especie de despecho:

—¡Cuánto daría por acariciar sus hombros! Por sentir su aliento cuando me sonrío. Pero eso también lo he perdido. La encontré demasiado tarde...

Eve pone su mano sobre el hombro de Pierre.

Lo mira a los ojos.

—Daría mi alma por volver a vivir un momento y bailar realmente con usted.

—¿Su alma?

—Es lo único que nos queda.

Pierre se acerca a su compañera y la toma de nuevo por la cintura. Bailan lentamente, cara contra cara, los ojos cerrados.

De pronto, Pierre y Eve se alejan de la pista de baile por la cortada Laguénésie que, de súbito, ha surgido en torno a ellos, en tanto que la confitería se esfuma lentamente.

Pierre y Eve siguen bailando sin advertir lo que pasa. Ahora están completamente solos, en esa callejuela donde lo único que se distingue es la casa de comercio al fondo.

Finalmente, con lento ademán, la pareja cesa de bailar. Abren los ojos y quedan inmóviles, Eve, separándose un poco, recuerda:

—Tengo que irme. Me esperan.

—También a mí.

Sólo en ese momento miran en torno, y reconocen la cortada Laguénésie.

Pierre vuelve la cabeza como si prestara atención a un llamado, y dice:

—A los dos nos están esperando...

Juntos se dirigen a la sombría casa de comercio. La músicaailable se apaga y se oye resonar el tintineo de la campanilla de entrada.

LA TRASTIENDA

La matrona está sentada en su escritorio, los codos puestos en el enorme registro, el mentón apoyado en sus manos unidas.

El gato, como de costumbre, se encuentra ovillado sobre el registro.

Pierre y Eve se aproximan cohibidos a la matrona. Ella se pone de pie:

—¡Ah!, han llegado... Están con cinco minutos de retraso.

—¿Así que no nos habíamos equivocado? ¿Nos esperaba? —pregunta Pierre.

La matrona abre su voluminoso registro en una página señalada con una marca y comienza a leer con voz profesional, opaca y monótona:

"—Artículo 140. — Si, a consecuencia de un error, sólo imputable a la Dirección, un hombre y una mujer destinados el uno al otro, no se encuentran durante su vida, pueden reclamar y obtener autorización para volver a la tierra, dentro de ciertas condiciones, para realizar allí el amor y vivir la vida en común que indebidamente les fue frustrada".

Al terminar su lectura, la matrona levanta los ojos y mira a través de sus impertinentes a la estupefacta pareja.

—Para esto se les ha citado.

Pierre y Eve cruzan una mirada y en medio de su estupor se percibe su gran alegría.

—Es decir... —aventura Pierre.

—¿Desean volver a la tierra?

—¡Pero, por Dios, señora!... —acepta Eve.

La matrona insiste con una leve impaciencia:

—Les he planteado una pregunta precisa. Deben contestarla.

Pierre lanza a su compañera una nueva mirada gozosamente interrogativa.

Eve contesta afirmativamente con la cabeza.

Entonces Pierre, volviéndose a la matrona, declara:

—Por supuesto que queremos, señora... Siendo posible, queremos volver.

—Es posible —afirmó la matrona—. Aunque eso complica enormemente el trabajo, es posible.

Pierre, en un impulso, toma el brazo de Eve. Mas, notando la severa mirada de la matrona, se lo deja en seguida.

En la misma forma que un funcionario del Registro Civil, la mujer hace las preguntas reglamentarias.

—Señor Dumaine, ¿se considera usted destinado a la señora?

—Sí... —contesta tímidamente Pierre.

—Señora de Charlier, ¿se considera usted destinada al señor?

Ruborizándose como una recién casada, Eve contesta:

-Sí...

La matrona se inclina entonces sobre el registro y, volviendo las páginas, masculla:

—Camus... Cera... Charlor... Charlier... Bien. Da... di... di... do... Dumaine... Bien, bien. Todo se encuentra en regla. Ahora, legítimamente, el uno está destinado al otro. Hubo un

error en las anotaciones de los nacimientos.

Eve y Pierre se sonríen felices y confusos y sus manos se juntan furtivamente.

Eve se siente un poco asombrada. Pierre se muestra un poco presuntuoso.

La matrona se echa hacia atrás en su asiento y los examina con atención a través de sus impertinentes.

—¡Linda pareja! —dice.

Y de nuevo vuelve al libro en que les leyó el artículo 140. Pero esta vez para hacer un resumen:

—Éstas son las condiciones que deberán cumplir. Regresarán a la vida sin olvidar nada de lo visto aquí. Si al cabo de veinticuatro horas consiguen amarse sin ninguna reserva ni limitación, tendrán derecho a vivir una completa existencia humana.

Después, señalando un reloj despertador:

—Pero si en veinticuatro horas, es decir, mañana a las diez y treinta, no han conseguido...

Eve y Pierre miran con angustia el despertador.

—...que entre ustedes no quede la más mínima desconfianza... entonces tendrán que venir a verme de nuevo y retomarán su lugar entre nosotros. ¿Entendido?

En Pierre y Eve hay una mezcla de alegría y temor, que se traduce en una tímida aquiescencia:

—Perfectamente.

Aquí, la matrona se pone de pie y pronuncia con solemnidad:

—Entonces quedan unidos.

Luego, cambiando de tono, les tiende la mano con una sonrisa:

—Mis felicitaciones.

—Gracias, señora —responde Pierre.

—Hago votos por la felicidad de ustedes.

Pierre y Eve se inclinan saludando agradecidos y, después, tomados de la mano, se dirigen hacia la puerta de salida bastante cohibidos.

Pero antes de salir tienen una duda:

—Disculpe, señora.. . Pero, ¿qué van a pensar los vivos cuando nos vean regresar allá?

—¿No tendremos aspecto un poco de fantasmas? —se inquieta Eve.

La matrona mueve la cabeza y cierra el registro.

—Estén tranquilos. Pondremos las cosas en el mismo instante en que ustedes murieron. Nadie los tomará por seres de este mundo.

—Gracias, señora...

Eve y Pierre saludan de nuevo. Y parten, siempre unidas sus manos.

EL CALLEJÓN Y LA PLAZA

Es el mismo callejón donde Pierre, al salir de su primera entrevista con la matrona, encontró al viejo que se le ofreció de cicerone. Al final del callejón se divisa la plaza en la cual se mezclan los vivos y los muertos.

Próximo a la puerta, sentado en el guardacantón, el viejo se encuentra "a la espera de clientes". Muy cercano a él está un obrero de unos cuarenta años, puesto en cuclillas sobre una grada.

Pierre y Eve salen de su entrevista con la matrona y caminan un trecho.

El viejo, que solamente los ha visto de espaldas, no los reconoce. Levantándose rápidamente, les ofrece con exquisito modo:

—Sean bienvenidos entre nosotros.

Pierre y Eve se vuelven cuando el viejo inicia una reverencia. Su sorpresa, al reconocerlos, hace que deje la reverencia inacabada.

—¡Vamos! ¿Eran ustedes? ¿Tenían alguna reclamación que hacer?

—¿Se acuerda de lo que le pregunté? —le dice Pierre—. ¿Si alguien había vuelto alguna vez a la tierra? Bueno, nosotros volvemos.

Y hablando ha tomado a Eve del brazo.

A sus espaldas, el obrero levanta la cabeza. Se incorpora y se aproxima al grupo con una

expresión de interés y gran esperanza.

—¿Es un favor especial? —inquire el viejo.

—No, lo concede el artículo 140 —explica Eve—. Nosotros estamos destinados el uno para el otro.

—Los felicito sinceramente —se complace el viejo—. Iba a ofrecerme como guía, pero en este caso. . .

Y tiene una risa comprensiva:

—Usted ya no necesitará de mí..., señora.

Muy divertidos, Pierre y Eve le hacen un signo de amable adiós con la mano. Y, al volverse, se encuentran con el obrero que, esperanzado, les interroga con tosca timidez:

—Discúlpeme. . . ¿Es cierto lo que estaban diciendo? ¿Ustedes vuelven?

—Así es, camarada —contesta Pierre—. ¿Por qué lo pregunta?

—Yo quisiera pedirle, vamos, un favor. . .

—Si se puede...

—Bueno... Yo he muerto hace ahora dieciocho meses. Mí mujer tiene un amante. Bueno, eso no me importa... Pero es por mi hija, de ocho años. El tipo no la quiere nada. Si usted pudiese llevármela a otra parte...

—¿Le pega? —se duele Eve.

—A cada rato —responde el hombre—. Y todos los días lo veo sin que pueda hacer nada... Mi mujer lo deja. Está muy agarrada a él, ¿comprende?...

Pierre le palmea el hombro amistosamente:

—Nos ocuparemos de tu chica.

—¿Es cierto?. . . ¿Lo van a hacer?

—Se lo prometemos —asegura Eve a su vez—. ¿Dónde está su casa?

—En la calle Stanislas, número 13. Yo me llamo Astruc. . . ¿No se olvidarán?

—Te lo hemos prometido —le tranquiliza Pierre—. Yo vivo cerca de allí. Bueno, tenemos que irnos, mi amigo. . .

El obrero, muy emocionado, retrocede con gestos torpes y murmura:

—Gracias. . ., muchas gracias. . . y que tengan suerte.

Se aleja un trecho y queda mirando a Pierre y Eve con expresión de esperanza y envidia.

Pierre aprieta a su compañera entre sus brazos.

Están radiantes de dicha.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunta Pierre.

—Eve. ¿Y usted?

—Pierre.

Y luego, inclinándose sobre su rostro, la besa.

Súbitamente las luces se extinguen. Pierre y Eve no son más que dos siluetas que, a su vez, desaparecen completamente.

Sólo queda en medio de la calle el obrero que agita su gorra gritando con todas sus fuerzas:

—¡Que tengan suerte!... ¡Que tengan suerte!...

EL CAMINO DE LOS SUBURBIOS

Sobre el camino de las afueras, la rueda de la bicicleta de Pierre, aún continúa dando vueltas en el vacío.

Pierre, extendido en el suelo, está rodeado por los obreros.

De pronto se mueve y levanta la cabeza.

El jefe de los milicianos vocifera:

—¡Despejen el camino!

Pierre ha sido sacado de su sopor por esta orden. Mira y oye a uno de los obreros que grita:

—¡Abajo la milicia!

Los dos milicianos de la vanguardia aprontan sus fusiles ametralladoras a una señal del jefe, que advierte:

—Por última vez les digo: ¡Despejen el camino!

Súbitamente Pierre toma conciencia del peligro, se incorpora y ordena a sus camaradas:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Nada de estupideces!

Algunos hombres se apresuran alrededor de Pierre y lo sostienen, mientras otros siguen enfrentando a los milicianos armados de piedras y herramientas de trabajo.

Pierre insiste irritado:

—Despejen, caramba... ¿No ven que les van a acribillar?

Con desgana, los obreros se apartan del camino.

Las piedras caen de las manos. Los fusiles ametralladoras se bajan. Uno de los obreros recoge la bicicleta de Pierre.

Ahora el jefe de los milicianos ordena a sus hombres:

—¡De frente, marchen!

El destacamento pasa, se aleja, y el ritmo pesado de su marcha se extingue paulatinamente.

EL DORMITORIO DE EVE

En el dormitorio de Eve, la mano de André cubre con la manta de piel el cuerpo de su mujer.

André se incorpora con lentitud. Su expresión hábilmente compuesta es la de un marido desconsolado. Pero de pronto su semblante se demuda. Palideciendo, fija su mirada en la cabecera del lecho.

Eve ha tenido un estremecimiento. Después abre los ojos y los clava en su marido, que la mira como hipnotizado.

Lucette, arrodillada al borde de la cama, tiene la cara hundida en las cobijas y solloza. Su mano aprieta la de su hermana. La mirada de Eve se detiene rápidamente sobre Lucette y de nuevo sigue a su marido, mientras sus labios esbozan una especie de terrible sonrisa, que quiere decir: "Ya lo ves, no estoy muerta...".

EL CAMINO DE LOS SUBURBIOS

En la orilla del camino, Pierre, de pie, se apoya en Paulo. Algunos obreros lo rodean. Todos observan a los milicianos que van desapareciendo a lo lejos.

Paulo, con un gran suspiro de alivio, se vuelve a Pierre:

—Me hiciste asustar, viejo... Creí que te habían dado...

Los circunstantes experimentan, más que estupor, cierto malestar. Esto es resultado, tanto del peligro que acaban de pasar, como de la extraña resurrección de Pierre.

Pierre, viendo su manga agujereada a la altura del hombro, comprueba:

—Faltó poco. El golpe me tiró al suelo. Me duele la cara.

Sonríe. Su semblante desborda una especie de incredulidad dichosa, que aumenta visiblemente el malestar de sus camaradas. Paulo sacude la cabeza:

—Yo hubiese jurado...

—Lo mismo yo —afirma Pierre.

—¿No quieres que te ayude?

—No, no, estoy perfectamente bien.

Pierre ensaya unos pasos seguido por Paulo.

Alrededor de ellos los últimos obreros se van dispersando en silencio. Sólo queda el que recogió la bicicleta.

A él se dirige Pierre, en tanto que Paulo lanza una mirada de odio en dirección de los milicianos, diciendo con acritud:

—¡Basuras! Ya mañana van a tener menos ínfulas.

Pierre, que se ha detenido en medio del camino y mira el suelo, replica con aire ausente:

—¿Mañana?. . . nada se hará.

—¿Qué estás diciendo? —se asombra Paulo.

Pierre se inclina para recoger con cuidado una de las piedras amontonadas antes por los obreros. Al mismo tiempo contesta:

—No te preocupes.

Sopasa la piedra, la hace saltar de una mano a la otra, comentando con una sonrisa:

—Pesa ¿eh?, raspa...
Paulo y el otro obrero cambian una mirada inquieta.
En tanto Pierre observa rápidamente el paisaje que lo circunda y su semblante se anima. Ha divisado una vieja construcción desmantelada que conserva un único vidrio intacto. Y lanza la piedra con todas sus fuerzas rompiendo ese vidrio.
Entonces se dirige a sus camaradas:
—¡Ah, qué alivio!
Después de lo cual monta en su bicicleta y dice a Paulo:
—A las seis en lo de Dixonne. Como siempre.
Paulo y el obrero tienen la misma impresión: Pierre no está en su sano juicio. Cambian entre ellos una nueva mirada de entendimiento y Paulo le pregunta:
—¿Te sientes bien, Pierre? ¿No quieres que te acompañe?
—Quédate tranquilo. No me sucederá nada.
Después le da a los pedales y se aleja.
—No lo debes dejar solo —aconseja el obrero a Paulo—. Está muy raro...
Paulo decide:
—Voy a seguirlo en tu bicicleta.
Y toma una bicicleta colocada en la parte baja del camino. Monta y se lanza en seguimiento de Pierre.

EL DORMITORIO DE EVE

Lucette continúa arrodillada junto al lecho de su hermana, reteniéndole una mano. Improvisamente la mano tiene un leve movimiento.
Lucette se incorpora y, mirando a Eve con estupefacción, exclama en un grito:
—¡Eve querida!...
Se arroja en los brazos de Eve, y la estrecha contra sí sollozando.
Eve la atrae contra su pecho con un ademán de ternura protectora, pero sus ojos quedan fijos en André.
Lucette balbucea a través de sus lágrimas:
—Eve... me asusté... Creía...
Eve la interrumpe con dulzura:
—Sí, ya lo sé...
André, que se ha mantenido inmóvil, como hipnotizado, se vuelve y dice marchando hacia la puerta:
—Llamaré al médico.
—Es completamente inútil, André —le advierte Eve.
André, que ha llegado a la puerta, se detiene y agrega nervioso:
—No importa, iré...
Y sale de prisa, cerrando con fuerza la puerta tras de sí.
Al estar solas, Eve se incorpora a medias y pide a su hermana:
—Alcázame mi espejo, ¿quieres?
Lucette la mira dudando:
—Tu...
—Sí, mi espejo. Está sobre el tocador.
Del vestíbulo André se dirige a la salida del departamento.
Por sobre su hombro echa una mirada inquieta...
Maquinalmente toma su sombrero y el bastón. Pero deja este último con un gesto de malhumor y sale.
Lucette, inclinada sobre Eve, le da el espejo pedido.
La mano de Eve lo recibe. Contempla con avidez su imagen reflejada y murmura:
—Me veo...
—¿Qué dices? —murmura Lucette.
—Nada —disimula Eve.
Lucette, sentada al borde del lecho, observa a su hermana con cierta inquietud.

Eve deja el espejo sobre la cama, toma la mano de su hermana y, con una expresión ahora seria, la interroga tiernamente:

—Lucette, qué es lo que hay entre tú y André?

Lucette abre los ojos sorprendida.

Replica un poco turbada, pero con sinceridad.

—Pero nada. ¿Qué es lo que crees que puede haber? Lo quiero como una hermana.

Eve acariciándole los cabellos le habla afectuosamente:

—¿No sabes que se casó conmigo por mi dinero?

Lucette protesta indignada:

—¡Eve!...

—Me odia, Lucette.

—Ha pasado noches enteras cuidándote durante tu enfermedad -reprocha Lucette apartándose de su hermana.

—Me ha engañado cientos de veces. Mira el cajón de su escritorio. Encontrarás cartas de mujeres a montones.

Lucette se levanta bruscamente. Se siente incrédula e indignada.

—Eve —le echa en cara—, no tienes derecho...

—Mira donde te digo —aconseja Eve con insidiosa calma.

Y, al mismo tiempo, retira las cobijas y se levanta. En tanto Lucette retrocede como si su hermana le produjese miedo.

—Yo no necesito curiosear en las cosas de André. No lo creo. Lo conozco mejor que tú — le arroja crudamente la jovencita, en actitud firme y desafiante.

Eve tomando a su hermana por los hombros la mira un tanto y le pregunta, sin ninguna violencia, con grave ternura y una ligera ironía:

—¿Lo conoces mejor que yo? ¿Ya has llegado a conocerlo mejor que yo? Entonces, escúchame: ¿sabes lo que hizo?

—No te escucho más, no quiero escucharte. Es la fiebre que te hace delirar o quieres martirizarme.

—Lucette...

—¡Cállate!

Brutal casi, Lucette se desprende del abrazo de su hermana, y escapa corriendo.

Eve deja caer sus brazos y la mira huir.

LA RESIDENCIA DE LOS CHARLIER

Pierre camina, indeciso, algunos pasos y luego se detiene frente a la puerta de la elegante residencia donde vive Eve Charlier.

Levanta la cabeza, verifica la numeración, y, cuando se dispone a entrar, ve que los oficiales de la milicia salen de la casa.

Pierre rápidamente toma un aire distraído y espera que se alejen para franquear la entrada.

En ese momento Paulo llega en la bicicleta y se detiene al borde de la calle a prudente distancia. Sorprendido comprueba que Pierre entra en la lujosa residencia.

EN LA RECEPCIÓN DE LA RESIDENCIA

Pierre atraviesa rápidamente el hall desierto y se dirige a la portería. Él portero lo observa a través de la puerta vidriera.

El hombre está vestido de librea, impecable y muy colorado. Pierre entreabre la puerta para informarse:

—¿La señora de Charlier?

—Tercero a la derecha —le indica el otro secamente.

—Gracias.

Pierre cierra la puerta y se dirige a la gran escalera.

Pero el portero, que le sigue con una mirada de desconfianza, reabre la puerta y le ordena

imperiosamente:

—Por la escalera de servicio, a la derecha.

Pierre se vuelve con brusquedad, su boca se abre para contestar violentamente, pero en seguida se encoge de hombros y toma la dirección de una puerta en la cual una placa indica: "Entrada de Servicio".

EL DORMITORIO DE EVE Y LA SALA

Eve, que acaba de vestirse, torna a sentarse ante su tocador. Se hace un último retoque. Está nerviosa y apurada.

Lleva un traje sastre, severo pero muy elegante.

Un tapado de pieles está colocado sobre el respaldo de un sillón.

Llaman a la puerta.

Eve se vuelve vivamente:

—Sí, entre.

La mucama aparece:

—Señora, ahí está un hombre que quiere verla. Dice que viene de parte de Pierre Dumaine.

Al oír el nombre Eve se estremece.

Sin embargo se domina y averigua:

—¿Dónde espera?

—Lo dejé en la cocina.

—Hágalo pasar a la sala, pronto.

—Bien, señora.

Al quedar sola, Eve apoya su cara entre las manos, concentrada, un poco vacilante, como si todo girase en torno de sí. Luego aparta las manos y, con decisión, toma la borla de empolverar.

En la sala vecina acaba de entrar Pierre conducido por la sirvienta, que sale en seguida.

Pierre observa en derredor de sí, intimidado por el lujoso ambiente.

De pronto una puerta se abre.

Aparece Eve, que se detiene bajo el dintel, muy emocionada.

Pierre se vuelve hacia ella, emocionado también, pero sobre todo, cohibido. Ríe un poco tontamente y sólo puede decir:

—Bueno, aquí estoy. . .

Ambos se encuentran con aire turbado. Pero existe el distinguo de que él tiene una deprimente sensación de inferioridad y ella sólo siente emoción.

A su vez, Eve ríe nerviosamente.

—Sí... ya lo veo. ..

Luego, aproximándose a Pierre:

—No debió subir por la escalera de servicio.

Pierre enrojece y balbucea:

—¡Oh!, yo... no tiene importancia. . .

Bruscamente la puerta de la sala se abre y entra de golpe Lucette. Hasta cerrar la puerta no percibe la presencia de Pierre.

—¡Ah! Disculpen... —se excusa.

Pierre y Eve están muy cerca el uno del otro. Lucette se detiene un instante sorprendida y después, reaccionando, se dirige a otra puerta haciendo un rodeo.

Eve toma del brazo a Pierre y le dice con dulzura:

—Venga...

Lucette no ha podido menos que volverse y asiste asombrada a la escena.

Y muy impresionada sale cerrando con fuerza la puerta.

Pierre da unos pasos por el dormitorio de Eve antes de enfrentarse con ella, que se dirige hacia él.

Eve, inmóvil, lo examina largamente con una especie de incredulidad.

—Es usted. . . —murmura.

—Así es... —confirma tontamente.

Comienza a meterse las manos en los bolsillos, pero de seguida las retira.

—¿Por qué no se sienta? —le propone Eve.
Pierre mira el sillón que se le indica, da un paso hacia él, y luego declara:
—Prefiero estar de pie.
Se pone a caminar por el cuarto, observando lo que hay a su alrededor.
—¿Y aquí es dónde vive?
—Sí.
Pierre mueve la cabeza con amargura:
—Está acostumbrada a vivir muy bien; su casa...
Eve, sentada al pie del lecho, no le quita los ojos de encima. Pierre, por último, se acerca al sillón y se sienta. Se mantiene tieso, con los pies recogidos debajo del sillón, y la mirada ausente.
De pronto Eve se pone a reír nerviosamente.
Pierre la mira, primero desconcertado, y, luego, herido, dice sin poderse contener:
—¿De qué se ríe?
Ella consigue dominar su risa, que le llena los ojos de lágrimas:
—Es que está tan de etiqueta.
Pierre tiene un gesto de desmoralización:
—Era mucho más fácil allá. . .
Se levanta y da algunos pasos con las manos a la espalda, cada vez más deprimido. Todo lo que hay a su alrededor le disgusta.
Eve, con aire preocupado, observa en silencio su ir y venir.
Pierre pasa primero delante del tocador cargado de frascos, cepillos y refinados adminículos femeninos. Después se detiene ante una vitrina donde hay costosos bibelots, estatuillas chinas, preciosos jades, antiguas alhajas delicadamente cinceladas.
Pierre contempla todo con una ligera sonrisa de amargura y triste burla
Al mismo tiempo murmura entre dientes como para sí mismo:
—Sí, sí, sí...
Después se dirige con resolución a Eve:
—Eve..., es necesario que deje esta casa.
Ella siente una instintiva inquietud:
—¿Para ir adonde?
—A mí casa —dice simplemente.
—Claro que dejaré esta casa. Lo seguiré adonde usted quiera... pero no en seguida.
Pierre se acerca al pie del lecho y con sombría expresión dice:
—Ya me parecía.. . Entre muertos el amor es más fácil... Allá no hay nada de todo esto...
Y pasa sus crispados dedos por el tapado de piel que está junto al lecho.
—¿Todo esto? —interroga Eve.
Pierre, con un movimiento de cabeza, abarca el dormitorio:
—Este tapado, esas cortinas, esos lujos...
Eve pone su mano sobre la de Pierre.
—¿Y así es como me demuestra su confianza? No es por *todo esto* por lo que quiero quedarme aquí. Pierre. Es por mi hermana. Tengo que defenderla.
—Usted es dueña de hacer lo que mejor le parezca.
Y Pierre da unos pasos para retirarse. Eve se levanta con vivacidad: —¡Pierre!
Él se detiene. Eve se le acerca y poniéndole una mano sobre su brazo le reprocha:
—Usted es injusto...
Pero Pierre mantiene su adusta expresión. Eve se le acerca más y le toma el otro brazo:
—No debemos enojarnos, Pierre. Tenemos muy poco tiempo.
En ese momento la puerta se abre y entra André con el sombrero en la mano.
Lucette, que indudablemente le ha informado de la equívoca actitud de su hermana, aparece detrás de él, pero se mantiene sin franquear la puerta del dormitorio. Pierre y Eve se vuelven despaciosamente hacia la puerta.
André, para romper la pausa, dice maquinalmente.
—El médico llegará dentro de cinco minutos.
Eve no ha soltado el brazo de Pierre. Sonríe irónicamente:

—André, tienes que disculparme. No sólo no he muerto, sino que me siento perfectamente bien.

André recibe neto el golpe, pero prestamente sonrío a su vez:

—Lo estoy viendo.

Y avanza por el dormitorio, pone el sombrero sobre un sillón y le pide con estudiada displicencia:

—¿No me lo presentas?

—No hay para qué.

André se vuelve hacia Pierre y lo examina con impertinente curiosidad:

—Debes comprender que no tengo eran interés. Te aseguro que me resultan muy cómicas tus amistades.

Pierre da un raso hacia André con expresión amenazante. Pero Eve lo contiene:

—No, Pierre...

Lucette entra en el dormitorio en el preciso momento en que Pierre hace el ademán amenazante. Queda un poco apartada, sin embargo, visiblemente del lado de su cuñado.

André, con las manos en los bolsillos, dice con sorna:

—¡Ah! Conque ¿ya lo llamas Pierre? ¿Te tuteas con él?

—Piensa lo que quieras, André. Pero te prohíbo que delante de Lucette...

—Eliges mal momento para darme órdenes. Eres libre de buscar tus... tus amigos en el arrabal, pero no permito, terminantemente no te permito, que lo traigas a mi casa y sobre todo estando Lucette.

Eve una vez más detiene a Pierre pronto a saltar sobre su marido. Y continúa con tranquilidad:

—Eres absolutamente innoble, André.

Pierre consigue desprenderse de Eve y avanza resueltamente contra André, que a pesar de su aplomo retrocede un paso, y lo toma de las solapas con toda intención de pegarle.

Lucette da un grito aferrándose al brazo de su cuñado:

—¡André!

André desprende con un golpe la mano de su contrincante. Pierre queda plantado ante él. André consigue acomodar una sonrisa en su rostro contraído:

—La gente de nuestra clase, señor, no anda a golpes como un cualquiera...

—Diga más bien que tiene miedo —lo provoca Pierre.

Y con un movimiento imprevisto lo toma nuevamente por las solapas y lo sacude con fuerza. Otra vez Eve se interpone: —Por favor, Pierre...

A disgusto, Pierre deja a su rival, que retrocede con Lucette que se aprieta contra él.

Eve extiende la mano tratando de retener a su hermana:

—Déjalo, Lucette...

Pero Lucette se aprieta más a su cuñado y retrocediendo le grita:

—¡No me toques!

Eve se detiene de golpe. Su brazo cae con desaliento:

—Está bien...

Después, con el semblante endurecido, se vuelve a Pierre:

—¿Quiere llevarme con usted? Vamos, entonces. Ya nada tengo que hacer aquí.

Con ademanes nerviosos recoge su tapado, su cartera, y poniéndose junto a Pierre la da el brazo.

Mira a Lucette que se protege con André quien, tiernamente protector, la toma por los hombros mientras censura a Eve con aire irónico y triunfante:

—¡Hermoso ejemplo para tu hermana!

Eve sale arrastrando a Pierre.

LA RESIDENCIA DE CHARLIER

Apostado a unos veinte metros de la residencia, Paulo fuma un cigarrillo apoyado en un árbol y atisba la entrada de la casa. Tiene la bicicleta al alcance de su mano.

De pronto Paulo se endereza y observa. Rápidamente se disimula detrás del árbol.

Eve y Pierre acaban de salir de la casa y se alejan a prisa.
Paulo los sigue un momento con la mirada y luego, sin precipitarse, va tras la pareja llevando la bicicleta.

Eve camina con paso decidido junto a Pierre, pero su semblante se muestra entristecido. Aunque se toma del brazo de Pierre, no le mira.

Pierre la observa en silencio y ve lágrimas en sus ojos. Le acaricia una mano y luego le rodea la cintura con el brazo.

—Eve, no quiero verla triste.

Las sencillas palabras desbordan sus lágrimas contenidas.

Se detiene con la cara entre las manos.

Pierre la estrecha contra sí:

Ella desahoga su llanto apoyada en el hombro de Pierre, que le acaricia los cabellos emocionado. —¿No puede olvidar a su hermana? —le pregunta

Y como ella no responde insiste: —¿Quiere ir a buscarla?

Eve dice que no con la cabeza. Pierre se resuelve entonces a plantearle claramente el problema:

—¿Está segura de no arrepentirse después?

Eve levanta la cabeza y le mira con sus ojos llenos de lágrimas.

Sonríe con un esfuerzo y contesta tiernamente:

—¡Cómo me voy a arrepentir, Pierre! Esto no es más que el principio...

Y tomando de nuevo el brazo de Pierre lo obliga a seguir.

Reanudan su marcha. Ella se aprieta a él, que obstinadamente mira hacia adelante. De súbito, la voz endurecida de Pierre indaga:

—Y a ese hombre, ¿lo ha querido?

—Nunca, Pierre.

—Pero se casó con él.

—Lo admiraba. ..

—¡A ése!. ..

—Entonces yo era todavía más jovencita que mi hermana —se disculpa Eve.

La inquietud de Pierre cede un poco. Sin embargo agrega con aire preocupado:

—Eve, no será fácil...

—¿Qué?...

—Vivir juntos... no será tan fácil.

Ella tomándolo de un brazo lo obliga a detenerse.

—Sí, Pierre —le dice—. Será muy fácil si conservamos la misma confianza de antes.

Él esquiva su mirada. Pero Eve le obliga a mirarla.

—Antes era antes —replica Pierre.

—¡Pierre! ¡Pierre! ¡Debemos tenernos confianza!

Y Eve agrega cambiando de tono y con una sonrisa:

—Creo que empezando por el principio... Venga...

Pierre se deja conducir pasivamente.

EL PARQUE

Tomados de la mano, Pierre y Eve caminan por la alameda de su primer encuentro junto al ciego.

Se oye el sonar de la flauta que se va haciendo más nítido. Pero la melodía es distinta.

Eve muestra una alegría, que acentúa más para animar a su compañero.

—¿Oye? —le pregunta.

—Es el ciego —contesta Pierre recordando.

—Pobre hombre... Y pensar que hubiésemos querido cambiarnos por él.

Ella ríe. En Pierre persiste una añoranza:

—No toca lo mismo que antes...

En una vuelta de la alameda se encuentran con el ciego.

Eve saca un billete de su cartera y se acerca al mendigo:

—Por favor, ¿no quiere tocar "Cierra tus lindos ojos"?

El ciego deja de tocar y Eve le coloca el billete en la mano. El viejo lo palpa y agradece:

—Que el Cielo le dé mucha suerte.

Después comienza la pieza pedida.

Eve sonrío a Pierre y de nuevo se toma de su brazo.

—Ahora —le dice— todo es como antes.

Y reanudan lentamente el paseo.

Pierre, ya tranquilizado, sonrío a su vez y comprueba:

—Desafina como antes...

—Y hay el mismo sol...

—Y ahí están esos dos... —agrega Pierre.

Ante ellos se renueva la fugaz escena de que fueron testigos.

El automóvil se detiene al borde de la calle. Desciende la elegante joven con su perrito. Se cruza con el obrero que lleva el caño de hierro al hombro.

Como la vez anterior, no se prestan la más mínima atención y cada uno continúa por su lado.

Pero al pasar junto a Pierre y Eve, el obrero se vuelve para mirarla. Pierre continúa comentando:

—Han pasado sin verse. Como antes.

Eve con una sonrisa maliciosa rectifica:

—Salvo que esta vez me miró a mí.

Pierre se vuelve asombrado. El obrero, confuso al ser sorprendido, apresura su marcha. Eso divierte a Pierre, que sonrío:

—Es cierto... —comprueba—. Y ahora yo tengo a su verdadero brazo entre *mi* verdadero brazo.

A medida que Eve y Pierre avanzan por la alameda, el sonido de la flauta se va perdiendo y es reemplazado por la músicaailable del bar al aire libre.

Hacen un trecho y se detienen junto al bar. El decorado y los personajes no han variado.

La misma amazona excéntrica ata su caballo al poste y se dirige al grupo de elegantes conocidos de Eve,

—¿Por qué no nos sentamos? —propone Pierre.

Eve muestra una leve vacilación, observando a sus conocidos.

Pierre ve su titubeo y le pregunta:

—¿Qué le pasa?

Pero ya Eve se ha dominado.

—Nada —responde con firmeza.

Y para vencer su vacilación, toma a Pierre de la mano y lo conduce a través de las mesas.

Al irse acercando al grupo elegante, la amazona excéntrica llega junto a sus amigos y oyen, como la primera vez, a uno de los caballeros invitándola:

—Siéntese.

Y a la mujer declarar en el mismo tono ya conocido: —¡Esta mañana el bosque estaba divino!

Al pasar Eve y Pierre junto al grupo, uno de los elegantes insinúa el gesto de levantarse para saludar a Eve. Pero ella no hace ningún ademán de detenerse y sólo murmura un rápido "Buenos días".

—Buenos días, Eve —responde el caballero.

Pierre, con un movimiento maquinal, saluda inclinando ligeramente la cabeza.

El grupo elegante asombrado les sigue con la vista.

—¿Quién es?

—Eve Charlier...

—¿Y qué hace con semejante tipo?

—Es lo que tendré que averiguar —afirma la amazona.

Pierre y Eve se acercan a la mesa que ocuparon anteriormente. Pero está ocupada por los enamorados.

Eve se aproxima a los muchachos, se detiene un momento, y luego hace una inclinación de cabeza hacia ellos sonriendo, como si pudiesen reconocerla. Pierre, a su vez, con un gesto

idéntico al de Eve, les demuestra su simpatía.

Pero la pareja los mira sin comprender y no corresponde al saludo.

Sin insistir, Pierre y Eve vuelven sobre sus pasos y van a sentarse en una mesa próxima, quedando frente a los enamorados.

Desde allí los observan con sonriente interés.

Los dos enamorados, interferidos en su expansión sentimental, se encuentran molestos y tratan de reanudar su conversación.

Una camarera viene para servirlos:

—¿Qué se sirve la señora?

—Un té —pide Eve.

—¿Y el señor?

Pierre vacila, se turba:

—Bueno... lo mismo...

—¿De China o de Ceylán? —interroga aún la camarera, dirigiéndose siempre a Pierre.

Él la mira con aire azorado;

—¿Cómo dice?. . .

Eve interviene rápidamente y ordena:

—De Ceylán, para los dos.

Pierre, al alejarse la camarera, ríe encogiéndose de hombros como ante un hecho insólito.

Y ambos concentran su atención en los dos muchachos, que se miran fascinados a los ojos.

El muchacho toma la mano de su compañera y la besa con devoción, contemplándosela como una maravillosa joya. Suspiran.

Pierre y Eve sonrían con aire de superioridad.

Y ella le tiende su mano abierta para que él ponga la suya.

Pierre galantemente lo hace. Con curiosidad conmovida, Eve la contempla.

—Me gustan sus manos.

Pierre tiene un leve encogimiento de hombros.

Lentamente pasa Eve el extremo de sus dedos por una cicatriz:

—¿De qué es esto?

—Un accidente, cuando tenía catorce años.

—¿Qué era entonces?

—Era aprendiz. ¿Y usted?

—¿A los catorce años? Iba al liceo...

Pierre retira su mano bruscamente:

—Sus amigos nos están mirando.

Efectivamente, es visible que el grupo elegante se divierte a su costa. Uno de los elegantes ha tomado la mano de una de las mujeres del grupo, parodiando una escena amorosa. Los demás ríen con la gracia.

Eve les dirige una mirada de reprobación. Dice con enojo:

—No son amigos míos.

Para demostrar lo poco que los tiene en cuenta, toma nuevamente la mano de Pierre.

Pierre sonrío y le besa tiernamente los dedos.

Sin embargo, apenas comenzado el gesto siente sobre sí el peso de las miradas de los enamorados. Se detiene molesto e irritado.

También Eve ha sentido esas miradas y retrae su mano.

Pierre se sorprende, pero Eve, con la cabeza, señala a los enamorados, que, a su vez molestos, cambian de lugar y se sientan en otra mesa, donde sólo se les podrá ver de espaldas.

Ella comenta:

—Los creía mejores...

—Es que antes éramos menos exigentes... —argumenta Pierre.

—Es que ahora los molestamos y nos molestan.

—¿No serán más bien sus amigos los que la molestan?

—¿Qué quiere usted decir?

—No sé... Nunca la habrán visto con un hombre como yo.

—Nada me importa lo que puedan pensar.

—¿Está bien segura de no sentir un poco de. . . vergüenza por estar conmigo?
—¡Pierre! Es usted el que puede estar avergonzado.
Él tiene un resignado encogimiento de hombros. Ella lo mira con reproche y, luego, dirigiendo una mirada al grupo elegante, dice con súbita resolución:
—Vamos a bailar —y se pone de pie.
—¿A esta hora? —se intimida Pierre, sin moverse de su asiento—. Si nadie baila.
—No importa, venga. Yo quiero bailar.
—Pero, ¿por qué? —se resiste Pierre, levantándose contrariado.
—Porque me siento orgullosa de que me vean con usted.
Ella lo obliga a seguirla. Pasan junto a la mesa que ocupa el grupo elegante. Eve lo desafía con la mirada. Pierre se encuentra azorado.
Los del grupo los observan entrar en la pista, donde comienzan a bailar.
De pronto, uno de los elegantes, para hacer gracia a los otros, se levanta el cuello del saco y simula bailar la *java vache*. Las risas se hacen insultantes.
Otro de los hombres se encamina en dirección de la orquesta.
Pierre y Eve siguen danzando.
—¿Recuerda? —murmura ella—. Hubiese dado mi alma por volver a la tierra y bailar con usted...
—Yo hubiese dado la mía —contesta él—, por apretar su cintura y sentir el calor de su boca...
Y cambian un ligero y rápido beso en los labios. Después Eve apoya su mejilla contra la de él y susurra:
—Abráceme bien fuerte, Pierre... Bien fuerte, que ahora siento su brazo...
—Tengo miedo de hacerle daño...
Siguen bailando, ajenos a todo.
Pero, de pronto, brutalmente desconcertante, la música cambia para iniciar un vulgar vals de salón popular.
Pierre y Eve dejan de bailar y miran al grupo elegante.
El que se dirigió hacia la orquesta, vuelve, y se reúne al grupo entre risas mal reprimidas.
Pierre se aparta de Eve, seguido por la mirada inquieta de su compañera.
Con calma, Pierre se acerca a la mesa de los elegantes. Se pone junto al hombre que hizo cambiar la música de la orquesta, y lo encara, inclinándose sobre él:
—¿Por qué no ha pedido permiso a los que bailan para hacer cambiar la música?
El otro simula un aire de sorpresa.
—¿Cómo? ¿No le gustan los vales populares?
—Y a usted —barbota Pierre—, ¿no le gustan unas cachetadas?
Pero el otro resuelve ignorarlo y se dirige a una de las señoras de la mesa:
—¿Quiere que bailemos? —le pregunta burlonamente.
Entonces Pierre lo ase por las solapas: —Contésteme, le estoy hablando. . . —Pero yo no hablo con usted, señor. No quiero hablar con usted.
Eve, aproximándose presurosa, se interpone entre los dos hombres.
—Pierre, por favor. ..
Pierre, apartándola, dice imperioso:
—¡Déjeme!.. .
Pero una mano cae sobre el hombro de Pierre, que se revuelve rápidamente abandonando a su contrincante para encontrarse con un atildado miliciano, que le interpela con tono enérgico:
—¿Qué es lo que te has creído? ¿Vas a dejar de molestar a estos caballeros?
Pierre, con un ademán de su mano, aparta la del miliciano posada en su hombro.
—No permito que nadie me toque. Y menos un miliciano.
El miliciano fuera de sí vocifera:
—¿Estás con ganas de que te haga encerrar?
Y levanta el puño para golpear a Pierre. Es el momento en que interviene Eve dando un grito:
—¡Cuidado!
Y aprovechando la vacilación del miliciano, agrega, con severidad:

—¿No sabe que el Regente prohíbe toda provocación por parte de los miembros de la Milicia? El otro se desconcierta.

Y Eve, sin darle tiempo para reaccionar, busca en su cartera y saca una tarjeta que le tiende.

—Charlier, ¿sabe quién es? André Charlier, secretario de la Milicia. Mi marido.

El miliciano aturdido articula:

—Señora... le pido me disculpe...

—No tiene importancia —contesta Eve, despidiéndolo con un gesto autoritario—. Pero le aconsejo que se vaya cuanto antes para evitarse complicaciones.

El miliciano saluda con una inclinación y se aleja a largos pasos. Al mismo tiempo Pierre, girando sobre sus talones, se dirige en sentido contrario.

Eve, al volverse, se da cuenta de la brusca partida de Pierre. Lo llama.

—¡Pierre!

Pero él continúa sin volver la cabeza.

Eve, luego de un momento de vacilación, se encara con el grupo de elegantes y les dice con acritud:

—¡Pobres imbéciles! Están contentos, ¿no? Bueno, les voy a dar un gusto mayor: pueden decir a todos que he dejado a mi marido, que tengo un amante, un amante que se gana la vida con sus manos.

Los elegantes quedan de una pieza. Y Eve se lanza detrás de Pierre.

Sale presurosa del local, se orienta un instante, y luego corre por la alameda.

Pronto alcanza a Pierre, que prosigue nerviosamente su marcha. Acomoda su paso al de él. Un momento siguen lado a lado. Él no la mira.

Pasado un momento, Eve trata de interrogarlo:

—¿Pierre?...

—¡Secretario de la Milicia! —masculla Pierre.

—Yo no tengo la culpa de eso.

—Mucho menos yo...

Y luego, ahogado por la amargura, agrega:

—¡La mujer a la que estaba destinado!

Acorta un poco el paso, pero no mira a su compañera. Eve continúa:

—Él ya sabe que me voy con usted. Somos el uno para el otro, Pierre.

—¿El uno para el otro? ¿Qué es lo que tenemos en común?

Ella le pone la mano sobre el brazo y le dice dulcemente:

—Nuestro amor, Pierre.

Pierre se encoge de hombros con tristeza.

—Un amor imposible.

Da unos pasos hacia un banco próximo y luego se vuelve.

—¿Sabe lo que hago desde hace años? Dirijo la lucha contra los suyos.

Se sienta. Eve aún no ha comprendido.

—¿Contra los míos?...

En tanto Eve se sienta a su lado y le mira seria. Pierre le explica:

—Contra el Regente y su Milicia. Contra su marido y sus amigos. Usted está unida a toda esa gente, no a mí. Después, con agresividad: —¿Ha oído hablar de la Liga? —¿La Liga de la Libertad? —inquire Eve, mirando a Pierre con una suerte de aprensión que le produce el descubrimiento de este hombre nuevo para ella, que, sin embargo, no la atemoriza.

—Sí, yo la formé.

Eve vuelve la cabeza y murmura:

—Odio la violencia...

—La nuestra, pero no la de ustedes.

—Nunca he intervenido en esas cosas —asegura Eve.

—Pero son esas cosas las que nos separan. Sus amigos me mataron. Y si no hubiese conseguido volver a la tierra, mañana asesinarían a todos mis cama-radas.

Ella, tomándole la mano, le recuerda con ternura:

—Por haberme encontrado a mí pudo volver.

Poco a poco el tono de Pierre se dulcifica:

—Sí, eso es cierto, Eve. Es cierto... Pero odio a toda esa gente que la rodea.
—Yo no los elegí.
—Pero ellos la han marcado.
—Pierre, tenga confianza en mí. No perdamos el tiempo en dudar de nosotros...
En ese instante una hoja seca cae sobre ella, casi entre sus rostros. Eve contiene un grito y hace un ademán para apartarla. Pierre le sonrío:
—Es una hoja.
—Qué tonta... Creí...
—¿Qué?
En voz baja, un poco temblorosa, confiesa:
—Creí que fuesen ellos...
Pierre la mira perplejo y luego comprende:
—Es cierto... Deben estar ahí... El viejo del tricornio y los otros... Divertidos como en la cámara del Regente. Riéndose de nosotros.
Mientras habla, observa maquinalmente en torno de sí. Eve ha recogido la hoja y la contempla:
—No todos.. . Hay uno de ellos que espera en nosotros. El que nos pidió que nos ocupáramos de su hijita.
—¡Ah!, sí... —recuerda Pierre con gesto indiferente.
—Se lo prometimos, Pierre. Vamos —invita ella levantándose.
Pierre no se mueve.
Eve le tiende la mano sonriendo valerosamente:
—Ayúdeme, Pierre. Al menos no habremos regresado a la tierra inútilmente.
Él se levanta sonriendo también, y, después, con un imprevisto impulso, la toma por los hombros y afirma:
—No es para los demás para lo que hemos vuelto a la tierra...
Eve interpone la hoja seca entre sus rostros.
—Comencemos por lo más fácil —propone tiernamente. Y se alejan, entrelazando fuertemente sus brazos.

UNA CALLE DEL ARRABAL

Una calle sórdida flanqueada ¡por casas de fachadas grises.
Pierre y Eve atraviesan la calle bajo la mirada de algunos seres miserables y criaturas harapientas.
Eve mira a su alrededor con disimulado disgusto.
Nerviosamente se toca su tapado de piel, siendo visible que se siente cohibida.
La calle está cubierta de detritus y latas vacías de conserva. Aquí y allá charcos de agua putrefacta.
Una vieja vestida de harapos saca agua de la fuente en dos tinas, que transporta a cortos pasos curvada bajo el peso.
Dos chicos sucios y desgredados juegan en la cuneta.
Eve se refugia contra Pierre.
Por último se acerca un grupo de mujeres miserables, que hacen fila delante de un comercio sórdido. Pierre consulta la numeración de las casas y se detiene.
—Aquí es —dice.
Esta casa es más pobre todavía que las otras. La fila de mujeres se desplaza sobre la estrecha acera y obstruye la entrada de la casa.
Eve, punto de mira de todos los ojos, se halla cada vez más mortificada.
Pierre, con delicadeza, le abre paso a través de la fila:
—Permiso...
Y haciendo adelantar a Eve, penetran en la casa.

*LA ESCALERA DE LA CASA
DE LA CALLE STANISLAS*

Pierre y Eve suben una escalera sucia y de escalones desiguales. Los muros están descascarados.

Ascienden en esta forma dos pisos.

Eve ha reunido todo su valor. Pierre atisba sus reacciones.

Se cruzan con un anciano, cuyo rostro revela privaciones y enfermedad, que, tosiendo, baja fatigosamente los escalones uno por uno.

Eve se aparta para dejarlo pasar.

Pierre se pone a su lado y la toma del brazo para ayudarla en la subida.

Ella sonríe animosamente.

A medida que ascienden, la estridencia de una música de radio se oye más fuertemente.

De esta manera llegan al tercer piso.

A través de una de las puertas de este piso es de donde sale la música de la radio.

Una chica se encuentra sentada sobre el último escalón.

Está encogida sobre sí misma y se recuesta contra la baranda.

Desde alguna parte, un caño de desagüe roto deja escurrir sus aguas nauseabundas a lo largo de la escalera.

La chica casi ni se mueve. Sólo un ademán de apretarse más contra la baranda.

— sta debe ser —sospecha Pierre.

Con el corazón oprimido, Eve se inclina sobre la chica que la mira fijamente y la interroga con ternura:

— C mo te llamas?

—Marie.

— Marie qué?

—Marie Astruc.

Ante ese apellido, Pierre y Eve cambian una mirada rápida de inteligencia. Y Pierre, inclinándose sobre la chica, la interroga a su vez:

— Est  tu mamá?

La chica lanza una mirada a su espalda hacia una de las puertas. A ella se dirige Pierre, pero la chica, que lo sigue con los ojos, le advierte:

—No se puede entrar. Está con t o Georges.

Pierre, que ha levantado la mano para golpear la puerta, se detiene y mira a Eve que acaricia la cabeza de la criatura. Después se decide y llama discretamente.

Pero como no se nota movimiento dentro y la radio sigue en su ruidosa música, golpea de nuevo fuertemente.

Eve continúa acariciando a la chica y la interroga:

— Qu  haces aquí?

La chica no contesta, muy ocupada en vigilar a Pierre que llama a la puerta.

Por último, desde el interior del cuarto se oye una voz de hombre:

— Qu  hay?

— Abra, caramba!

— Ya va, ya va!. .. —responde la voz—.  Qu  tanto apuro!

La radio calla bruscamente. A través de la puerta Pierre oye el crujir de una cama.

La chica se ha levantado y Eve la tiene cariñosamente por la mano.

EL CUARTO DE LA CALLE STANISLAS

Finalmente la puerta se abre. Aparece un hombre en mangas de camisa. Está terminando de ajustarse los pantalones a la cintura.

Mira a Pierre con ceño y le espeta amenazante:

—Dígame,  le divierte romper las puertas?

Sin contestar, Pierre penetra en la habitación seguido por Eve, que lleva a la chica de la

mano.

El hombre, dominado por la sorpresa, los deja pasar.

En la habitación se respira miseria.

Arrimada a una de las paredes, hay una cama de hierro en desorden. A sus pies se encuentra colocado un pequeño lecho de niño.

En un rincón, una cocina a gas y un vertedero para aguas servidas. Sobre la mesa, dos cubiertos usados, una botella de vino mediana y dos vasos con restos de bebida.

La viuda de Astruc, sentada en la cama, acaba de cerrarse el sucio batón de tela liviana.

Tiene un aire a la vez arrogante y de fastidio.

Pierre le pregunta:

—¿Usted es la viuda de Astruc?

—Sí, yo soy.

—¿Ésa es su hija? —inquire a su turno Eve señalando a la chica.

El hombre, después de cerrar la puerta, se planta en el centro de la habitación ante la mujer y es él quien contesta:

—¿Y eso qué les importa?

—Puede ser que nos importe —replica secamente Pierre.

Y luego, dirigiéndose de nuevo a la mujer, reitera:

—Queremos saber si es su hija.

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué estaba en la escalera? —interroga a su vez Eve.

—Vea, preciosa... A mí no me interesa preguntarle quién le paga sus lujos... Pero cuando uno no tiene más que un cuarto, no hay más remedio que echar de vez en cuando los chicos fuera...

—Si su hija le molesta, tanto mejor —le dice Eve—. Nosotros venimos a llevarla. Somos amigos del padre.

A estas palabras la chica levanta su rostro radiante hacia Eve.

—¿A llevarla? —dice la mujer perpleja.

—Sí, a llevarla con nosotros —confirma Eve.

El hombre se adelanta y con el brazo extendido le señala la puerta.

—Salgan de aquí. Y volando, ¿eh?

Pero Pierre, revolviéndose con presteza hacia él, aconseja:

—Tenga un poco de educación, mi amigo. Ya nos iremos, pero con la chica.

—¿Se quieren llevar la chica? —dice la mujer—. ¿Traen algunos papeles?

Eve abre su cartera y caminando hasta la mesa deposita en ella un fajo de billetes de banco.

—¿No le parece que éstos son suficientes?

El hombre y la mujer quedan un instante mudos de asombro, fascinados, sobre todo la mujer, a la vista del dinero. Hasta la misma chica se acerca a la mesa.

El primero en reaccionar es el hombre.

Con brutal ademán ordena a la criatura:

—¡No te metas aquí!

La chica se esquivo rápidamente y corre a refugiarse entre las piernas de Pierre que la alza en brazos.

Mientras tanto, la mujer recoge el dinero, diciendo:

—No te hagas mala sangre, Georges. Esto ya lo arreglaré la policía.

—¿Por qué no la llaman ahora? —dice Pierre burlonamente. Y agrega, viendo al hombre embolsarse los billetes—: No los vayas a perder. Cuando hagas la denuncia tendrás que presentarlos como prueba.

Hace un gesto a Eve y salen llevándose a la chica.

UNA CASA DE LAS AFUERAS

A la puerta de una casa con jardín en las afueras, Pierre y Eve se vuelven antes de partir y, sonriendo conmovidos, hacen con la mano un gesto de despedida:

Eve dice por última vez:

—Hasta pronto, Marie...

Dentro, al final del cuidado jardín y sobre la escalinata de la casa, una señora de aspecto bondadoso tiene de la mano a la pequeña Marie, a la que, evidentemente, le acaban de dar un baño.

La chica está envuelta en una gran toalla esponjosa.

Sus cabellos lavados se encuentran recogidos por una cinta.

Marie suelta la mano de la mujer para hacer alegremente un efusivo ademán de adiós:

—Hasta pronto.

Con el movimiento, la toalla se desliza por su cuerpo y la chica aparece completamente desnuda.

La mujer, riendo, recoge la toalla y recubre el cuerpo de Marie con gesto afectuoso.

Eve y Pierre ríen del episodio, y luego se miran:

—Por lo menos esto lo hemos conseguido —afirma Eve.

Y reflexionando un instante, agrega:

—Pierre, si todo va bien, la llevaremos con nosotros. —Todo irá bien —asegura Pierre.

Y toma el brazo de Eve para conducirla hacia un taxi estacionado delante de la casa. El chófer pone el motor en marcha viéndolos aproximarse.

Sin embargo, Eve retiene todavía un momento a su compañero y, dirigiéndose a algo invisible, dice.

—Sí usted está ahí, debe sentirse feliz. Su hijita ha quedado en buenas manos...

Pero entonces notan el asombro y aun la inquietud del chófer, y, entrecruzando una mirada divertida, suben al taxi.

El chófer embraga y el auto arranca.

UNA CALLE Y LA CASA DE PIERRE

El taxi se detiene frente a la casa donde vive Pierre, en una calle pobre pero aseada.

Eve y Pierre descienden.

Mientras él paga el viaje, Eve examina la casa.

Pierre, al dejar al chófer, sorprende a su compañera en ese examen. Y le señala:

—En el tercero. La segunda ventana contando de la derecha.

Ella se vuelve hacia Pierre, que le tiende con timidez una llave: —Ésta es la llave. Eve lo mira sorprendida:

—¿Y usted se queda?

Embarazado, Pierre explica:

—Eve, es necesario que vea mis camaradas. Cuando estaba... en el otro lado, supe algunas cosas. Hemos sido traicionados... Y tengo que avisarles...

—¿Y debe ser ahora mismo?

—Después ya sería tarde.

—Bueno, como le parezca.

—Es necesario que vaya, Eve...

Pierre queda un rato en silencio, y luego agrega con una sonrisa cohibida:

—.. y además, prefiero que vaya sola...

—¿Por qué?

—Esta casa no es como la suya, ya sabe...

Eve lo interrumpe sonriendo. Con espontáneo ademán se le acerca y lo aprieta entre sus brazos mientras pregunta, mimosa:

—¿El tercero?

—Sí, la puerta de la derecha —explica Pierre ya tranquilizado.

Eve se dirige a la casa y se vuelve cuando llega a la puerta. Pierre, que la mira inmóvil, pide tímidamente:

—Cuando esté arriba, dígame adiós desde la ventana ...

Eve le dice alegremente que sí con los ojos y entra en la casa.

EL CUARTO DE PIERRE

Eve entra en la habitación, cierra tras de sí la puerta y echa un vistazo a su alrededor. Ve una habitación modesta, pero limpia, ordenada y relativamente confortable.

Detrás de una cortina hay un pequeño lugar de aseo, al lado del cual se abre la puerta de una cocina del tamaño de un pañuelo.

Eve se siente un poco impresionada al conocer dónde tendrá que vivir en adelante. Pero se sobrepone prontamente.

Y acercándose a la ventana, la abre.

LA CALLE Y LA CASA DE PIERRE

Por la ventana de enfrente a su casa, Pierre se pasea con nerviosidad.

Eve aparece en la ventana y grita divertida;

—Todo está muy bien, Pierre.

Él sonrío aliviado.

—¿Le gusta?

—Mucho.

Entonces Pierre hace una señal de despedida con la mano y grita a su vez:

—Hasta prontito.

Y se aleja presuroso.

EL CUARTO DE PIERRE

Durante unos segundos Eve sigue con la mirada a Pierre que se aleja. Después torna al cuarto.

Su alegría se desvanece.

Camina unos pasos y deja su cartera con gesto flojo.

De pronto, sus ojos se detienen en una fotografía con marco, puesta bien a la vista sobre la cómoda.

Es el retrato de una anciana muy humilde: la madre de Pierre.

A un costado de la fotografía hay un pequeño florero, cuyas flores se han marchitado hace tiempo.

Eve se acerca al retrato y lo contempla largamente con emoción.

Retira del florero las flores secas. Luego, llenándose de valor, se quita su tapado de pieles.

LA CALLE DE LOS CONSPIRADORES

Pierre llega ante la puerta de la casa donde se realizan las reuniones.

Después de examinar rápidamente los alrededores, entra.

LA ESCALERA DE LOS CONSPIRADORES

Pierre sube apresuradamente la escalera.

Llegado a la puerta de la habitación, llama según la clave establecida y aguarda.

Como nadie se mueve dentro, golpea de nuevo y grita a través de la puerta:

—Soy Dumaine...

EL CUARTO DE LOS CONSPIRADORES

La puerta se abre. El que franquea la entrada es el mismo obrero que, después de la *resurrección* de Pierre, aconsejó a Paulo que lo siguiese. Esquiva su mirada, apartándose para dejar paso a Pierre.

Pierre entra y, un tanto alterado, dice muy rápido:

—Buenas tardes.

En seguida atraviesa el cuarto y se aproxima a sus camaradas. Poulain, Dixonne, Langlois y Renaudel, están sentados alrededor de la mesa.

Apoyado en la estufa, detrás de ellos, Paulo permanece de pie.

El obrero, después de cerrar la puerta, sigue lentamente a Pierre.

Todos tienen expresión sombría y tensa, pero Pierre no advierte, al pronto, que las miradas son desconfiadas y duras.

—Buenas tardes, muchachos —repite con voz agitada—. Tenemos grandes novedades... Mañana nadie debe moverse. Hay que dejar para más adelante el levantamiento.

Los otros acogen la noticia sin parecer prestarle importancia.

Sólo Dixonne pronuncia un:

-¿Eh?

Poulain baja la cabeza y bebe a pequeños sorbos el vino de su vaso. Paulo, sin mirar a Pierre, se aparta de la estufa para dirigirse a la ventana. Pierre no sabe qué pensar.

Ha notado algo musitado en sus camaradas. Y dice:

—¡Qué caras fúnebres!

Ensaya una sonrisa, pero choca con semblantes cerrados, ceñudos, que enfrían su sonrisa.

Entonces habla con algo de fastidio:

—Nos han descubierto. Lo saben todo. El Regente ha traído los regimientos y una brigada de la Milicia de refuerzo.

Fríamente, Dixonne lo investiga:

—Importante, ¿no? Pero ¿quién te dio la noticia?

Pierre se sienta en una silla balbuciente:

—No... puedo..., no puedo decirlo...

A su vez Langlois insinúa:

—¿No será por casualidad Charlier?

Pierre da un salto:

—¿Quién?

—Esta mañana estuviste en su casa. Y todo el día te has paseado con su mujer.

—¡Oh!, eso no... —exclama Pierre—. Ella nada tiene que ver en este asunto.

Renaudel dice con rudeza.

—Creo que tenemos derecho a saber qué hacías con la mujer del secretario de la Milicia, en vísperas de un día tan importante.

Pierre se endereza y mira a uno después de otro:

—Eve es mi mujer.

Dixonne, con una rápida risa seca, se levanta. Los demás contemplan a Pierre con ojos incrédulos. Molesto con la risa de Dixonne, también Pierre se pone de pie mostrando su enojo:

—No es éste un momento para andar con bromas, ¡caramba! Les repito que nos han descubierto. Si salimos mañana a la calle, acaban con nosotros y con la Liga. ¿A qué hablar de la mujer de Charlier?

Y, encogiéndose de hombros, se hunde las manos en los bolsillos.

Mientras Pierre habla, Dixonne rodea silenciosamente la mesa y se encara con él:

—Mira Dumaine —le dice—; hoy temprano estabas en ascuas. Tenía que ser mañana sin falta. Te fuiste. Un tipo te larga un tiro. Si te hubiese acertado, las cosas se harían como estaban dispuestas. Bueno...

Pierre retira las manos de los bolsillos y escucha con los dientes apretados, pálido de ira.

—...te levantas —prosigue Dixonne— Te escapas de Paulo que quería acompañarte y te vas derecho a casa de Charlier. Y ahora pretendes que creamos todos estos cuentos, ¿eh?

—¡Ah, éste era el asunto!... —exclama Pierre—. Me paso cinco años trabajando, fundo la Liga...

Renaudel, levantándose de la mesa, lo interrumpe con brusquedad:

—No nos vengas a contar lo que has hecho antes. Lo que nos interesa saber es qué hacías en casa de Charlier.

A su vez se levanta Poulain:

—¿Qué tenías que hacer en el bar del parque?
 Langlois, menos decidido, se levanta por último y dice con suave reproche:
 —Le has quitado la hija a un hombre de la calle Stanislas.. .
 —Amenazándole con la policía y tirándole a la cara un montón de billetes —apoya Dixonne—. ¿Qué es lo que puedes decir de eso? ¡A ver! ¡Habla!
 Pierre los mira sucesivamente. Se siente aplastado por este cúmulo de acusaciones e impotente para demostrar la verdad. .
 —No les puedo explicar. Solamente repito que no se muevan mañana. Y eso es todo.
 —¿No quieres contestar? —insiste Dixonne.
 —Ya te he dicho que no puedo, ¡caramba! —estalla Pierre—. Y aunque fuese porque no quiero, ¿no soy el jefe acaso?
 Luego de consultar a sus compañeros con una mirada, Dixonne deja caer estas palabras:
 —Desde ahora, no, Dumaine.
 Con despreciativa sonrisa, Pierre le replica con sarcasmo:
 —¡Ya estarás contento! Al fin ocupas mi sitio...
 Y poseído por una sorda rabia, grita:
 —¡Imbéciles! ¿Qué es lo que creen? ¿Yo, yo traicionar a la Liga?
 Y pasea su mirada furiosa por los rostros de sus camaradas.
 —Pero no, todos me conocen bien... ¿No es cierto, Paulo?. . .
 Paulo baja la cabeza y sigue caminando por el cuarto, como lo hiciera durante el desarrollo de la escena.
 —Entonces, ¿no hay ninguno? —continúa Pierre—. Piensen lo que se les antoje... Solamente les digo que si mañana salen a la calle los aplastarán y tendrán la culpa de lo que les pase...
 Dixonne le interrumpe, sin enojo pero fríamente:
 —Se hará lo que deba hacerse, Dumaine. Y no te preocupes más.
 Uno después de otro dan la espalda a Pierre. Pero Renaudel agrega aún:
 —Y si mañana tenemos algún inconveniente, sabremos dónde encontrarte.
 Y se reúnen junto a la ventana apartados de Pierre, que queda solo en el centro de la habitación.
 —Está bien... —concluye Pierre—. Háganse matar si eso les divierte. No seré yo quien lo lamente.
 Y se dirige a la puerta, mas, antes de alcanzarla, se vuelve y mirando a sus camaradas hace una última tentativa:
 —Escúchenme, muchachos. . .
 Pero los cinco hombres le dan la espalda. Unos miran hacia la calle y otros tienen la mirada en el vacío.
 Entonces sale, golpeando con fuerza la puerta tras de sí.

EL CUARTO DE PIERRE

Eve se ocupa de arreglar un ramo de rosas en el florero.
 Su tarea es interrumpida por unos discretos golpes dados en la puerta.
 Abre. Pierre entra con sombrío semblante. Eve le sonrío. Él hace un esfuerzo por contestar la sonrisa. Luego observa la habitación. De nuevo su ceño se ensombrece: está ante una transformación total de su cuarto.
 No sólo hay flores en el florero. Unas cortinas guarnecen las ventanas, una pantalla nueva adorna la vieja lámpara, la mesa está cubierta por una hermosa carpeta. Aunque afuera todavía no ha anochecido, la luz se encuentra encendida.
 Eve sigue con los ojos a su amigo, espionando sus reacciones. Pierre, estupefacto, murmura:
 —¿Qué es lo que ha hecho?
 Se aproxima a la mesa, toca con el dedo una de las rosas puestas en el florero y, nervioso, le da un papirotazo.
 Se acerca a la ventana, palpa las cortinas.
 Se endurece su semblante y volviéndose a Eve, le dice:

—Yo no quiero aprovechar un centavo suyo.

Eve, decepcionada, tiene un reproche:

—Pero Pierre, éste es también *mi* cuarto.. .

—Sí, ya lo sé..

Pierre malhumorado, mira afuera tamborileando en el vidrio de la ventana. Eve se le aproxima y le pregunta:

—¿Vio a sus amigos?

—Ya no tengo amigos. Me han echado como a un perro.

—Pero, ¿por qué?

—Mañana era el gran día. Íbamos a levantarnos contra el Regente. Pero cuando les dije que no se movieran porque nos habían armado una trampa, creyeron que quería traicionarlos.

Eve escucha en silencio.

Pierre agrega con una risa seca:

—Me vieron con usted, y como saben quién es su marido, claro...

En ese momento llaman a la puerta:

Pierre se vuelve bruscamente. Su expresión se hace grave, como si presintiera un peligro.

Pasado un instante de vacilación, apaga la luz y abriendo un cajón de la cómoda saca un revólver, que pone en el bolsillo, empuñándolo. Se dirige a la puerta y apartando a Eve, le recomienda:

—No se quede cerca de la puerta. ..

Cuando Eve se ha puesto a un lado, abre la puerta de un tirón.

Es Paulo.

—¡Ah, Paulo! ¿Qué quieres aquí?

El otro no contesta en seguida.

Está casi sin aliento y parece muy excitado.

—¿Qué quieres en la casa de un traidor?

Y como Paulo continúa sin hablar, exige, impaciente:

—¡Vamos, de una vez!

—Escapa. Pierre, Van a venir. Te quieren matar.

—¿Crees que fui yo el que los entregó?

—Yo no creo nada —contesta Paulo—. Debes escapar en seguida. De un momento a otro llegan.

Pierre queda un instante reflexionando. Luego dice:

—Bueno; adiós, Paulo... De cualquier manera, gracias.

Cierra la puerta y se dirige al mueble del que sacó el revólver. Eve está adosada a la pared. En la penumbra de la tarde que cae, apenas se ven.

—Tiene que irse, Eve —aconseja Pierre—. ¿Ha oído? No puede quedarse aquí.

Ella sonrío:

—¿Y usted? ¿Usted se irá?

—Yo no —contesta Pierre, reintegrando el revólver al cajón.

—Entonces me quedo.

—No es posible.

—¿Pero adonde quiere que vaya?

—¿Y Lucette? —sugiere Pierre.

Ella, encogiéndose de hombros, se acerca lentamente a la mesa y afirma:

—No tengo miedo a la muerte, Pierre. Ya sé lo que es eso.

Se inclina sobre el florero y tomando una rosa se la prende en los cabellos.

—De todos modos —agrega—, vamos a morir ¿no es así?

Pierre se asombra:

—¿Por qué?

—Porque hemos fracasado en nuestra misión...

Y volviéndose a Pierre, le toma un brazo.

—Confíeselo, Pierre..., no es por mí por lo que quiso vivir de nuevo. Fue por su revolución... Ahora que ha fracasado, no le importa morir. Sabe que vendrán a matarlo y se queda lo mismo.

—¿Y usted? ¿No es por Lucette por quien volvió a la tierra?
Ella apoya su cabeza en el pecho de Pierre y luego de un corto silencio murmura:
—Tal vez...
Él la aprieta entre sus brazos.
—Hemos perdido, Eve... Nada tenemos que esperar. ..
Después Pierre levanta los ojos:
—¿Qué?
— ¡Nosotros!
Es entonces cuando Eve ve la doble imagen de ellos reflejada en el espejo.
—Es la primera vez y la última —comenta Pierre— que nos veremos juntos en un espejo...
Y sonriendo a la imagen, agrega:
—... Y hubiéramos quedado bien...
—Sí, hubiéramos quedado bien. Usted tiene el alto justo como para que yo pueda apoyar la cabeza en su hombro...
De súbito se oyen pasos en la escalera.
A un mismo tiempo vuelven sus cabezas hacia la entrada,
—Ahí están —dice Pierre con tranquilidad.
Eve y Pierre se miran ardientemente.
—Abráceme —le pide Eve.
Él la abraza. Ambos se miran como si quisieran fijar para siempre este momento de sus vidas.
—Béseme —le pide Eve.
Pierre la besa. Y aflojando el abrazo, sus manos suben a lo largo del cuerpo de ella hasta encontrar los senos.
—Cuando estaba muerto -murmura él—, tenía tantos deseos de acariciar sus senos. Ésta será la primera y última vez...
—Y yo tenía tantos deseos de estar en sus brazos. .. —susurra ella.
En ese momento golpean violentamente en la puerta.
Pierre abraza de nuevo a Eve. Le habla, aliento contra aliento.
—Van a hacer saltar la cerradura. Van a matarnos. Pero he sentido su cuerpo con mi cuerpo. Por eso sólo valía la pena volver a vivir...
Eve se abandona por completo.
En ese momento se escucha del otro lado de la puerta un ir y venir de pasos, que luego descienden la escalera y se alejan. Por último se pierden todos.
Pierre levanta la cabeza lentamente. Eve vuelve los ojos hacia la puerta. Y se miran, sintiéndose de pronto, confusos, turbados por el contacto de sus cuerpos.
Eve se aparta de él y le da la espalda:
—Se han ido.
Camina unos pasos y se acoda en el respaldo de un sillón. Pierre, acercándose a la ventana mira hacia la calle:
—Van a volver —asegura.
Luego, dirigiéndose a ella:
—Eve... ¿qué tiene?
Eve lo enfrenta vivamente:
—No, no se acerque.
Pierre queda un momento inmóvil.
Luego, aproximándose, repite con dulzura:
—Eve...
Ella lo observa acercarse, tensa, inquieta.
Pierre, con un lento ademán, le toma la cara:
—Eve, no somos más que nosotros dos... Estamos solos en el mundo. Debemos ser uno para el otro. Ser uno para el otro, es lo único que nos queda.
Eve se afloja ligeramente en su tensión.
Súbitamente se aparta de él y atraviesa el cuarto seguida por la mirada de Pierre, cuya expresión es resuelta, concentrada, de expectativa. Sin una palabra, Eve se reclina atravesada en

el lecho sosteniéndose sobre la palma de las manos, el busto un poco retraído. Crispadamente inmóvil, espera a Pierre, con una mezcla de firme resolución y angustia,

Pierre, vacilante, avanza hacia ella.

Ahora él está en el borde de la cama. Eve se echa lánguidamente hacia atrás, con las manos cerca de la cabeza y los ojos muy abiertos. Pierre, separando los brazos, apoya sus manos en el lecho junto a ella. Flexionando los brazos se inclina todavía más. Pero Eve esquiva el rostro y Pierre hunde la cara en su cuello.

Ahora Eve queda inmóvil. Sus ojos se fijan en el techo manchado de donde pende un barato colgante de luz. En un relámpago percibe la mesa con las flores, la cómoda con a fotografía de la madre de Pierre, el espejo y, de nuevo, el techo.

Pierre se apodera ávidamente y casi con brutalidad de su boca.

Eve cierra un instante los ojos. Luego los abre enormes y fijos.

Su mano se aferra al antebrazo de Pierre en un ademán de defensa. Después la mano se ablanda, se desliza hasta el hombro y, de pronto, se crispa convulsivamente.

Y la voz de Eve estalla en un grito de triunfo y de liberación:

—¡Querido!. ..

Ahora, afuera, es completamente de noche.

Después el día. El sol entra a raudales por la ventana.

Pierre sale del cuarto de aseo. Está en mangas de camisa y se enjuga el rostro con una toalla.

—No volvieron —dice de pronto.

Eve, que acaba de peinarse ante el espejo, asegura:

—Ya no vendrán.

—¿A que no sabes por qué? —le pregunta Pierre tomándola por los hombros.

Ella lo mira con ternura:

—Sí, lo sé. Cuando llamaron a la puerta comenzó nuestro amor.

Pierre precisa:

—Se fueron porque habíamos ganado el derecho de vivir.

—Pierre —murmura Eve apretándose contra su cuerpo—, hemos ganado...

Un momento quedan así; luego ella pregunta:

—¿Qué hora es?

Pierre mira el despertador que señala las nueve y media.

—Dentro de media hora —dice— la prueba termina. ..

Eve sonriendo lo obliga a contemplarse en el espejo, donde sus imágenes se reflejan.

—Estábamos ahí...

—Es verdad.

—Pierre... ¿qué haremos con esta nueva vida?

—Lo que se nos antoje. A nadie debemos nada.

En tanto que ellos cambian estas frases, se oye un rumor en la calle. Es un ejército que desfila, con tanques y vehículos motorizados.

Pierre escucha.

Eve lo observa silenciosa, con creciente inquietud. De improviso lo interroga:

—¿No piensas en tus camaradas?

—¿Piensas en Lucette?

—No —afirma ella con seguro tono.

Sin embargo, colgándose de su brazo, repite nerviosamente:

—¿No piensas en tus camaradas?

Pierre sacude la cabeza con furor:

—¡No!

Se aparta y, caminando un trecho por la habitación, se detiene junto a la ventana.

Y escucha crispado el rumor de la tropa, cada vez más sonoro.

—Cómo dura esto... Deben ser muchos...

Eve se le acerca y, tomándole el brazo, suplica:

—Pierre, no escuches... Estamos solos en el mundo...

Él la abraza nerviosamente y repite:

—Sí. Estamos solos en el mundo...

Habla en tono alto, como para que su voz apague el paso de los soldados y el estrépito de los tanques.

—Nos iremos de la ciudad. Yo te mantendré. Seré feliz trabajando para darte lo que necesites. Todo lo serás para mí ahora; camaradas, Liga, revolución... Todo lo serás, lo único...

Esta última frase casi la grita, pero el estruendo de la tropa en marcha domina aún su grito.

Se desprende brutalmente de Eve y vocifera:

—¡Pero esto sigue, pero esto sigue!

—Pierre —gime ella—, te lo suplico. Piensa en nosotros. Dentro de una hora...

Él aparta la cortina y certifica:

—Son miles... van a aplastarlos...

Se vuelve nerviosamente y dirigiéndose a la cama se sienta tomándose la cabeza entre las manos.

Eve comprende que ahora ya nada podrá detenerlo. Sin embargo le habla persuasiva:

—Ellos te han insultado, Pierre. Te quisieron asesinar. Nada les debes...

Arrodillada ante él implora:

—Pierre... ahora es conmigo con quien tienes obligaciones ...

Pierre, que escucha los ruidos de la calle, responde distraído.

—Sí...

Luego de un corto silencio, resuelve:

—Tengo que ir allá.

Eve lo mira con cierto terror resignado:

—Por ellos has vuelto a la vida...

—No —asegura él tomándole la cara entre sus manos—, no... fue por nosotros...

—¿Y entonces?

Pierre sacude la cabeza con desesperación pero obstinado:

—Es que debo evitar que salgan.

Con vehemencia se levanta, toma la chaqueta del respaldo de una silla, y poniéndosela de prisa, corre a la ventana.

Ya ha sido tomado por la fiebre de la revolución. Está ansioso, pero al mismo tiempo casi alegre.

—Pierre —le recuerda Eve—, no hemos ganado todavía... Y apenas nos queda una hora...

Pierre, volviéndose, la toma por los hombros: —¿Seguirás queriéndome si los dejas asesinar?

—Hiciste todo lo que has podido.

—No. No todo... Óyeme: dentro de media hora se reúnen los jefes de grupos. Voy a ir. Trataré de detenerlos. Resuelvan lo que resuelvan, volveré antes de las diez y media. Y nos iremos, Eve. Dejaremos la ciudad, te lo juro. Si me quieres, déjame ir. De otra manera no podré mirarme nunca en el espejo...

Eve se aprieta impotente contra él.

—¿Volverás?

—Antes de las diez y media.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Entonces Pierre se dirige hacia la puerta, pero Eve lo detiene todavía.

—Bueno, puedes ir... —murmura—. Puedes ir, Pierre. Es la mayor prueba de amor que te doy...

Él la abraza y la besa, pero ella lo siente alejado.

Sin embargo un pensamiento lo retiene por un instante:

—¿Me vas a esperar aquí?

—Es decir, yo... —comienza a decir Eve, pero se corta rápidamente un poco cohibida.

—No... trataré de ver a Lucette. Me telefoneas allá.

Él la besa una vez más y corre hacia la puerta. Eve alcanza a decirle tiernamente:

—Ahora vete... Pero no olvides lo que me has jurado.

Entonces se aproxima a la cómoda, abre el cajón saca el revólver de Pierre, toma de sobre la mesa su cartera y guarda en ella el arma mientras se dirige a la puerta.

En el momento de salir, se vuelve, va hasta la cama e inclinándose sobre el lecho en

desorden, recoge la rosa que la tarde anterior se puso en los cabellos.

FRENTE A LA CASA DE PIERRE

Pierre aparece en el umbral de su casa, llevando la bicicleta. Antes de salir atisba la calle con un rápido golpe de vista y, al pasar, sus ojos se alzan al gran reloj de reclame cuyas agujas marcan las diez menos veinte.

Gana la calle, monta de un salto en su máquina y parte.

Diez metros más allá, disimulado en un portal, Lucien Derjeu espía los movimientos de Pierre. También tiene a mano su bicicleta.

Lucien se inclina, y cuando está seguro de no ser visto monta a su vez y sigue a Pierre de lejos.

FRENTE A LA PUERTA DEL CUARTO DE PIERRE

Eve sale del cuarto, cierra la puerta y comienza a descender con rapidez los escalones.

UNA CALLE

Es una calle en cuesta y Pierre la sube a toda velocidad seguido de cerca por Lucien Derjeu.

LA CASA DE LOS CHARLIER

La mano de Eve pone la llave en la cerradura y le da una vuelta con grandes precauciones.

La puerta se abre suavemente sobre el vestíbulo. El rostro de Eve aparece en el espacio entreabierto, grave y atento.

Al asegurarse de que no hay nadie en el vestíbulo, entra, y, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí, se dirige a la de la sala que se encuentra al final del corredor. Pasa junto al espejo del corredor donde ahora su imagen se refleja, pero sin tomar en cuenta este detalle.

Un instante queda inmóvil, escucha concentrada y luego abre cautelosamente la puerta.

Ve a Lucette y André sentados en un sofá uno al lado del otro.

Él está vestido de entrecasa y ella con "robe de chambre". Toman el desayuno mirándose tiernamente. André parece representar un papel del cual él sólo conoce los peligros. Pero tal vez Lucette no sea del todo inocente.

Eve se desliza en la sala y cierra la puerta con fuerza.

El ruido arranca a la pareja de la abstracción en que se deleita. Vuelven la cabeza hacia la puerta y tienen un sobresalto. André cambia de color, Lucette se incorpora, y ambos quedan por un momento paralizados.

Eve se dirige hacia ellos con paso firme, fijándoles su mirada endurecida. André consigue por último levantarse.

Eve se detiene a pocos pasos de la pareja:

—Sí, André, soy yo.

—¿Cómo te atreves? —reclama André.

Sin parecer comprenderlo, Eve se instala en un sillón.

Ante ella Lucette, incapaz de articular palabra, se queda sentada.

Violento André avanza hacia su mujer, con el evidente propósito de arrojarla fuera de la habitación.

Pero Eve saca rápidamente el revólver de Pierre y apuntando a su marido le ordena:

—Siéntate.

Aterrorizada, Lucette da un grito:

—¡Eve!

André se ha detenido, sin saber qué actitud adoptar. Eve repite:

—Te he dicho que te sientes.

Y como Lucette acaba por levantarse, ella agrega:

—No, Lucette, no. Si te acercas disparo sobre André.

Lucette, espantada, se vuelve a sentar. André volviéndose ocupa su lugar junto a la jovencita.

Eve pone el revólver en la cartera abierta, pero lo mantiene empuñado.

—Mira, André —le dice Eve—, creo que ya nada tengo que perder. Espero una llamada telefónica que decidirá mi suerte. Pero, mientras tanto, conversaremos los dos delante de Lucette. Le voy a contar tu vida, o lo que yo sé de tu vida. Y te juro que si tratas de mentir o si no consigo hacer que te desprecie, te descargo este revólver. André se encuentra visiblemente asustado. Lucette está aterrada.

—¿Están los dos de acuerdo? —inquire Eve.

Y como ninguno de los dos articula palabra, agrega:

—Entonces, comienzo. .. Hace ocho años, André había derrochado la fortuna de su padre y buscaba un buen casamiento...

EL COBERTIZO DE LOS CONSPIRADORES

Este cobertizo es una especie de garaje en desuso, situado en los suburbios. Unos treinta hombres, de pie, tienen los ojos puestos en Dixonne y Langlois, que dominan la escena desde lo alto de una plataforma puesta en la parte trasera de un viejo camión sin neumáticos.

—Éstas son, camaradas, las últimas instrucciones. Ocuparán sus puestos lo más rápidamente posible y esperarán las consignas... En veinte minutos la insurrección se pondrá en marcha...

Los hombres lo han escuchado con expresión reflexiva y atenta. Todos son obreros, la mayor parte entre los treinta años.

Cuando Dixonne calla, se hace un silencio. Luego algunas voces aventuran:

—¿Y Dumaine?

—¿Por qué no está aquí Dumaine?

—¿Es cierto que es un traidor?

Dixonne extiende las manos para obtener silencio y replica:

—Ahora, camaradas, les hablaré de Pierre Dumaine. ..

Por una callejuela solitaria, Pierre ha llegado hasta el cobertizo. Salta ágilmente de la bicicleta, echa una última mirada recelosa a su alrededor y se aproxima a una puerta de doble hoja.

Comprueba que está cerrada por dentro.

A la carrera rodea esta parte del cobertizo, traspone la cerca de un abandonado jardincito y desaparece.

Desde lejos, adosado a un muro, Lucien Derjeu lo vigila. Está jadeante, sudoroso.

Cuando Pierre desaparece de su vista, vacila un instante, y luego corre en dirección opuesta a la de Pierre...

Pierre salta en un nuevo jardincito, espantando algunas gallinas esqueléticas. Y se detiene bajo un tragaluz que se abre a unos metros del suelo.

Consigue izarse hasta el tragaluz y con una flexión logra ver lo que pasa en el interior.

Dixonne habla todavía:

—...Tuvimos suerte en desenmascararlo a tiempo. No pudo dar ninguna explicación y prefirió irse...

Muy cerca la voz de Pierre dice;

—¡Falso!

En un solo movimiento todos los rostros se vuelven hacia el tragaluz. Y los conspiradores estupefactos ven a Pierre pasar las piernas por el tragaluz, suspenderse del marco superior y saltar dentro.

Rápidamente Pierre se dirige al grupo de conspiradores, que se apartan para dejarlo pasar.

Camina hasta el centro del cobertizo, quedando próximo al camión sobre el que están Dixonne y Langlois.

Allí se vuelve, puestas las manos en los bolsillos, pero con el cuello erguido y firmemente apoyado en las piernas. Y comienza a decir:

—Aquí estoy, camaradas. Sí, aquí está el traidor, el vendido que huyó después de haber recibido el dinero del Regente.

Da unos pasos en medio de los conspiradores mirándolos a los ojos.

Se detiene y continúa hablando después de unos instantes:

—¿Quién fue el que dio ánimo cuando todo iba mal? ¿Quién fundó la Liga? ¿Quién trabajó años y años contra la Milicia?

Y hablando Pierre se acerca nuevamente al camión y señala a Dixonne y a Langlois:

—Ayer Dixonne y Langlois se ensañaron conmigo y no me pude defender. Ahora me defenderé. . . No por mí, por ustedes. Porque no quiero que se hagan matar.

UNA CABINA TELEFÓNICA

Lucien Derjeu acaba de encerrarse en la cabina telefónica de un pequeño comercio del barrio. Febrilmente marca un número y escucha ansioso.

Con la mano libre se enjuga el sudor de la frente, mientras, a través del vidrio, atisba con mirada miedosa la calle desierta.

EL DESPACHO DEL JEFE DE LA MILICIA

El jefe de la Milicia, sentado ante su escritorio, se inclina sobre un mapa, rodeado por varios jefes de sección uniformados. Se les percibe en tensión nerviosa a la espera del mismo acontecimiento.

La campanilla del teléfono rompe el silencio.

El jefe descuelga el auricular de uno de los numerosos aparatos que hay sobre su escritorio. Escucha, y, luego con la mirada advierte a sus subalternos que es la comunicación esperada.

Escucha un momento, el gesto atento, acortando las informaciones del que habla, con rápidos:

—Sí... sí... sí...

Secamente ordena a uno de sus ayudantes:

—Anote... Encrucijada de Alheine... antiguo garaje Dubreuil...

EL COBERTIZO DE LOS CONSPIRADORES

Al terminar sus explicaciones, Pierre exclama con vehemencia:

—¿Me creen o no me creen, camaradas?

Se oye la voz de Dixonne:

—¡Camaradas!. . .

Pero, con un brusco movimiento, Pierre se vuelve hacia él y le ordena:

—Cállate, Dixonne. Cuando te conceda la palabra, hablarás.

Y en seguida, señalando a los obreros que lo rodean, agrega:

—Mientras los camaradas no me hayan condenado, soy el jefe.

Entonces uno pregunta:

—¿Y la mujer de Charlier, Pierre?

Pierre ríe con sorna:

—¡Esa es la cuestión! ¡La mujer de Charlier!

Y da un paso al encuentro del hombre que habló: —Sí, conozco a la mujer de Charlier. Sí, la conozco... Pero nadie es capaz de imaginarse lo que ella hizo. Dejó a su marido para venirse a vivir conmigo... y es ella la que me dio la información... Hemos sido traicionados, muchachos. Traicionados.

Nerviosamente, mientras habla, se pasea ante el grupo. Se percibe que los otros comienzan a creerle.

—Los milicianos —prosigue Pierre— están acuartelados. Tres regimientos entraron anoche

en la ciudad.

Se acerca nuevamente al camión y se dirige ahora a Dixonne y Langlois; éstos no se encuentran lejos de quedar convencidos también.

—El Regente nos conoce a todos... Sabe lo que preparamos. Nos ha dejado hacer para aplastarnos mejor...

—¿Qué prueba que es verdad lo que dices? —lanza uno de los hombres.

Pierre vuelve a encararse con el grupo.

—Nada —responde—. Es cuestión de tenerme confianza... ¿Es que condenarán al hombre con el que han trabajado diez años o creerán en su palabra? Eso es todo.

Esta propuesta produce una diversa impresión entre los conspiradores.

Pierre insiste con vigor:

—Si soy traidor, ¿por qué estoy aquí?

Entonces uno de los hombres se aparta del grupo y se coloca al lado de Pierre.

—Camaradas —dice con gravedad—, yo le creo. Hasta ahora nunca nos mintió.

Otro, otro, y todavía otro, se le unen:

—Yo también. . .

—Yo también, Pierre.. .

Se produce un vuelco general y espontáneo a favor de Pierre.

—Estoy contigo, Dumaine. . .

Pierre pide silencio.

—Entonces, tienen que obedecerme... Nada debe hacerse hoy. Yo...

La campanilla del teléfono le corta la frase.

Pierre calla. Todas las cabezas se vuelven hacia un rincón del garaje.

El rostro súbitamente grave, Langlois salta del camión y corre a la pequeña cabina del teléfono, en tanto que los demás quedan en sus sitios, en actitud expectante.

Se oye la voz de Langlois, entrecortada por largos silencios:

—Sí... sí.. . ¿Dónde? No... ¿Qué?... No... No... Hay que esperar las órdenes.

Ahora Langlois sale de la cabina, su cara revela ansiedad y preocupación.

Se aproxima al grupo, y, después de mirar a Pierre y Dixonne, explica:

—Ya empezaron. El grupo Norte ataca la Prefectura. . .

Pierre, en quien han puesto de pronto todos la mirada, hace un gesto de impotencia y desesperación. Sus brazos caen, su espalda se agobia. Da unos pasos hacia el fondo del garaje.

Dixonne, alterado, pregunta con tono inseguro:

—Pierre, ¿qué se puede hacer?

Pierre se vuelve hacia él con vehemente desesperación:

—¿Qué se puede hacer? ¡Qué sé yo, ni nada me importa!

Da aún algunos pasos con los puños crispados y volviéndose de nuevo dice violentamente:

—No se me escuchó cuando había tiempo. Ahora, arréglenselas como puedan, yo me lavo las manos.

Sin embargo, no se va. Se acerca a sus compañeros, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja.

Dixonne insiste:

—Pierre, nos hemos equivocado. Pero no nos abandones. . . Nadie puede aconsejarnos... Eres el único que sabe lo que han preparado...

Sin responder, Pierre da algunos pasos bajo las miradas suplicantes de sus compañeros.

Y al fin levanta la cabeza y pregunta con amarga sonrisa:

—¿Qué hora es? Dixonne consulta el reloj: —Las diez y veinticinco. Pierre reflexiona concentrado.

Levanta finalmente la cabeza y dice con gran esfuerzo:

—Bueno, me quedo...

Y en seguida agrega, hablando a Dixonne: —Un momento, voy a telefonar.

Se dirige a la cabina telefónica y se encierra en ella. En tanto, unos metros más allá, por la abertura de un postigo, aparece el rostro de Lucien Derjeu, que le observa.

LA SALA DE LOS CHARLIER

Eve, de pie detrás del sofá, tiene el revólver empuñado. André y Lucette permanecen sentados sin mirarse. Eve ha terminado de hablar.

—Ésa es, Lucette —dice—, ésa es la historia de André. . . ¿He mentado, André?

Con una mezcla de miedo y dignidad ofendida, André responde por sobre su espalda:

—No te contestaré nada. Estás loca.

—Bueno. . . —dice con naturalidad Eve.

Y se inclina y le saca del bolsillo un llavero. —Lucette, busca las cartas que están en su escritorio. Le tiende las llaves a Lucette, pero la jovencita no se mueve de su sitio.

—Haz lo que te digo, Lucette, sí en algo te interesa la vida de André.

Al mismo tiempo apunta el revólver a la cabeza de André.

Asustada, Lucette toma el llavero y, levantándose, se dirige a la puerta.

En ese momento suena la campanilla del teléfono.

Eve y André se sobresaltan.

André quiere levantarse, pero Eve lo contiene.

—No te muevas —le ordena—. Es para mí.

Se acerca rápidamente al teléfono. Lucette y André observan a Eve que ha descolgado el auricular.

La espalda apoyada en la pared, el revólver apuntando a la pareja. Eve dice;

—¿Hola?...

Y, en seguida, su voz se hace tierna:

—¿Eres tú, Pierre?. . . ¿Qué hay?. . .

Escucha un instante, angustiada y en tensión:

—Pero no... no, Pierre.. .

Eve, alterada, repite:

—No puedes hacer eso... No es posible. Te harás matar, es absurdo. Piensa que te quiero, Pierre... Es para amarnos para lo que hemos vuelto...

EL COBERTIZO

A través de los vidrios de la cabina se ve a Pierre hablando por teléfono.

Está emocionado pero no puede retroceder:

—Comprende, Eve... —le suplica—. Es necesario que comprendas... yo no puedo abandonar a mis camaradas.. . Sí, ya sé. . . no hay ninguna esperanza, pero no puedo...

Detrás de él, en la cabina, un reloj eléctrico señala las diez y veintinueve...

FRENTE AL COBERTIZO

Dos autos llenos de milicianos llegan a toda marcha y paran delante del cobertizo.

Los milicianos se desparraman en seguida, cercando el edificio.

LA SALA DE LOS CHARLIER

Eve sigue en el teléfono:

—No, Pierre... No debes hacer eso... Me mentiste... Tú me abandonas... Es que nunca me has querido...

EL COBERTIZO

—Sí, te quiero, Eve —responde Pierre—. Te quiero. Pero no puedo abandonar a mis compañeros.

Pierre angustiado llama:

—Eve... Eve...

Lucien Derjeu descarga con rabia su revólver.

LA SALA DE LOS CHARLIER

El teléfono transmite amplificado el estampido de los tiros.
Como tocada por las balas, Eve se desliza a lo largo de la pared de la sala y cae.
André se levanta, en tanto que Lucette lanza un grito terrible.

EL COBERTIZO

Varios hombres se precipitan a la cabina telefónica, uno de cuyos vidrios ha volado en pedazos. Cuando uno de los hombres abre la puerta, el cuerpo de Pierre se desploma a sus pies.
Al mismo tiempo tabletea una ráfaga de ametralladora.
Una voz grita:
—¡La Milicia!
Una nueva ráfaga de ametralladora hace saltar la cerradura de la puerta. Los conspiradores se dispersan en todo sentido y se precipitan a los rincones buscando abrigo.
Y al mismo tiempo aparecen las armas de que disponen.
Las hojas de la puerta quedan abiertas de golpe. Los milicianos tiran a mansalva. Los conspiradores contestan, pero su inferioridad es manifiesta.
Por las ventanas dos granadas de gases son arrojadas y expanden su humo asfixiante.
Dixonne y Langlois con los ojos llenos de lágrimas hacen fuego al abrigo del camión.
A su alrededor todos tosen. Algunos dejan de hacer fuego para frotarse los ojos.
Una bala destroza el reloj eléctrico. Sus agujas marcan las diez y media.
En ese momento los pies de Pierre pasan sobre su propio cadáver... Se detiene un instante en el umbral de la puerta y observa en torno de sí alzando los hombros.
Después avanza a través del humo que se hace cada vez más denso.
Fuera, los milicianos cierran la salida con las armas prontas, esperando que los conspiradores se rindan.
Pierre sale del cobertizo y pasa invisible entre los milicianos.

EL PARQUE

El bar se encuentra cerrado. También allí el combate ha dejado sus huellas. Algunos vidrios están rotos.
Las balas han deteriorado las paredes. Hay ramas caídas en la pista de baile y en las avenidas del parque.
Las mesas y las sillas fueron agrupadas de prisa y algunas se encuentran esparcidas aquí y allá.
Se oyen aún descargas de fusilería a lo lejos.
Pierre y Eve están sentados en un banco. Él, inclinado hacia adelante, apoya los codos en las rodillas. Juntos, entre ellos, queda un pequeño espacio.
En derredor el abandono es completo.
Algunos muertos se pasean solitarios a la distancia.
Pasado un rato, Eve mira a Pierre y le dice con dulzura:
—Todo no está perdido, Pierre. Otros continuarán su obra...
—Sí, otros. Pero no yo.
—¡Pobre Pierre!.. -murmura ella con inmensa ternura.
Pierre levantando la cabeza le recuerda:
—¿Y Lucette?
Y como Eve se encoge de hombros sin contestar, él suspira:
—¡Pobre muchacha!
Pareciera que ahora Eve ha sido ganada por la indiferencia de la muerte.
—Dentro de unos años —dice ella— morirá como nosotros. .. Es cosa de un momento...

Quedan silenciosos.

Imprevistamente una voz dice:

—No esperaba encontrarlos de nuevo por aquí...

Levantando los ojos. Es el viejo del siglo dieciocho que, siempre vivaracho, quiere enterarse:

—¿No marchó eso?

—Hubo seiscientos muertos y heridos —responde Pierre—. Arrestaron a dos mil camaradas.

Y haciendo un movimiento con la cabeza hacia donde se oyen las descargas de fusilería, agrega:

—Y todavía sigue...

—Y ustedes dos... ¿no consiguieron?... —averigua el viejo.

—No —contesta Eve—, no conseguimos... La suerte está echada, ya lo ve. Y no se puede volver atrás.

—Créame que lo siento... —se condele el viejo.

Pero está con unas ganas locas de irse.

Y como en ese momento pasa cerca una muerta, joven y bonita, aprovecha la coyuntura. Pero antes hace una invitación como para excusar su prisa:

—¡Le recuerdo que nuestro club está siempre a su disposición. Lo mismo digo a la señora...

Y sin más, parte en seguimiento de la joven muerta. Pierre y Eve le agradecen con un gesto silencioso.

Un largo rato quedan uno junto al otro, sin decir una palabra. De pronto dice Pierre con gran dulzura:

—La he querido, Eve...

—No, Pierre, No lo creo.

—La he querido con toda el alma —asegura él.

—Es posible. Pero ahora, ¿qué importa eso?

Eve se levanta.

Pierre la imita y murmura:

—Es verdad. Ya qué importa.

De pie quedan uno junto al otro, como cohibidos. Continúan hablándose con una triste y cortés indiferencia:

—¿Irá a ese club? —pregunta Pierre.

—Tal vez vaya.

—Entonces... será hasta pronto.

Y dándose la mano se separan.

Apenas han dado unos pasos, cuando una pareja de jóvenes llega corriendo y se precipita a su encuentro.

Pierre reconoce a la muchacha ahogada que vio hacer fila en la cortada Laguénésie.

Emocionada ella le pregunta:

—Señor, ¿usted está muerto?

Pierre afirma con la cabeza.

Entonces la muchacha continúa:

—Acabamos de darnos cuenta que estamos hechos el uno para el otro...

—Y que no pudimos encontrarnos en la tierra —agrega el muchacho—. Pero hemos oído hablar de un artículo 140. ¿No sabe de qué se trata?

Pierre, luego de echar una mirada de entendimiento a Eve, contesta:

—Tienen que ir a la cortada Laguénésie. Allí les informarán.

La joven, que ha sorprendido la mirada de Pierre, se vuelve a Eve:

—¿Adónde está? La hemos buscado por todas partes.

Con una sonrisa, Eve les señala el bar devastado:

—Vayan a bailar ahí. Y si en realidad es lo que piensan, se les aparecerá de pronto...

Los dos muchachos la miran dudando, pero su deseo es creerle. Murmuran un:

—Gracias, señora.

Tomados de la mano dan algunos pasos vagamente inquietos, para volverse y preguntar tímidamente:

—Nos parece que quiso hacernos una broma... ¿Es cierto lo que dijo? ¿No nos sucederá nada malo?

—¿Puede uno vivir de nuevo? —insiste el muchacho.

Pierre y Eve se miran indecisos.

—Intenten hacerlo —aconseja Pierre.

—De todos modos, intenten hacerlo —murmura Eve.

Ya segura, la pareja corre en dirección al bar.

Entonces Pierre se vuelve a Eve y con gran ternura le dice adiós con la mano. Eve, conmovida, le contesta con un idéntico ademán.

Lentamente los brazos caen. Y cada uno, volviéndose, marcha en sentido contrario.

Y allá, sobre la pista abandonada, los dos jóvenes se enlazan y comienzan a bailar, en un intento de vivir nuevamente...

EL ENGRANAJE

Este libreto cinematográfico se escribió durante el invierno de 1946. Originariamente llevó el título de *Les Mains Sales*.

La pieza teatral heredera de este título es, ¡pues, posterior en dos años.

El argumento de la presente obra nada tiene de común con el de la pieza teatral.

En las afueras de una gran ciudad, una inmensa explotación petrolífera. Pozos, tanques, torres de perforación, depósitos. Ningún signo de actividad. Las avenidas de la fábrica están desiertas, las máquinas detenidas. Ni un solo obrero trabajando.

Entre la ciudad y la fábrica se levanta una población obrera. Sus calles están desiertas. Los comercios cerrados. De un farol de gas cuelga un pelele, que tiene sobre el pecho un cartón en el que se lee escrito en gruesas letras: *Jean Aguerra, tirano.*

COCINA EN UNA CASA DE OBREROS

Una mujer vieja está sentada junto al fuego. Su mirada se pierde en el vacío y su expresión es angustiada. De pie ante la ventana, una muchacha de rostro ajado cepilla una gastada chaqueta de hombre, mientras contempla el pelele.

Se oyen lejanos estampidos a los que siguen tableteos de ametralladora. La muchacha deja de cepillar y se acerca más a la ventana tendiendo el oído. La vieja se levanta y dice con voz cansada:

- ¡Todavía siguen los tiros! ¡Cuándo terminará esto!
- Con la punta del cepillo la muchacha señala el pelele.
- Cuando lo cuelguen de veras.

UNA CALLE EN LA CIUDAD

Una amplia calle comercial al fondo de la cual se avista un gran edificio: el Palacio de Gobierno.

La calle está desierta. Casi todas las casas de comercio tienen corridas las cortinas metálicas. En otras, los vidrios están despedazados. En medio de la calle hay un tranvía volcado. Junto a una pared yace el cadáver de un obrero en mangas de camisa, con el torso cruzado por la cartuchera, extendido con los brazos en cruz. El fusil está a su lado.

Un tiro, después de un instante de silencio. Un insurrecto sale de un portal con el fusil en la mano. Corre, apretándose a las paredes, en dirección al Palacio de Gobierno. Le disparan una ráfaga de ametralladora. El insurrecto se arroja cuerpo a tierra detrás del cadáver. Cesan de tirarle. Entonces el hombre se levanta, recoge rápidamente el fusil del muerto, y corre de nuevo. Y desaparece en el soportal de un edificio.

EL PATIO DE UNA CASA

Unos veinte insurrectos armados y algunas mujeres se encuentran apiñados en el patio. El jefe sale al encuentro del insurrecto que ya conocemos y le interroga:

—¿Qué novedades hay?

Todos se agrupan alrededor del recién llegado, que informa:

—Hemos tomado la Central. Ellos todavía tienen el cuartel Yapoul. Aguerra no ha salido del Palacio.

Lejano tableteo de ametralladoras.

EN EL PALACIO DE GOBIERNO. UNA ANTECÁMARA

Espacioso salón desnudo. Una banqueta recubierta de terciopelo, y, entre dos amplios ventanales, una mesa del ujier. En este salón se encuentran reunidos una docena de altos dignatarios que visten uniforme o traje civil. Uno de ellos es Mater, el ministro de Justicia. Pequeño y calvo, se mantiene sentado en la banqueta y su expresión es de terror. Los otros están de pie, erguidos, tranquilos y absolutamente silenciosos. Por sus caras demacradas y sin afeitar y sus ropas arrugadas, se conoce que han pasado la noche en vela. No hay ninguna luz encendida y sólo la débil claridad del amanecer ilumina el salón.

De pronto, unos tiros muy cercanos. Una bala destrozando un vidrio, se clava en el techo.

Reybaz, el ministro de Asuntos Extranjeros, grandote, huesudo, de hirsuto bigote irregular, va hacia la ventana e inspecciona el exterior.

La puerta se abre y un oficial aparece casi sin aliento. Todos se vuelven hacia él. El oficial anuncia:

—Están avanzando. Darán el último asalto.

Los dignatarios reciben la noticia sin que nada delate sus pensamientos íntimos, como si desconfiasen mutuamente. Reybaz sólo dice:

—Le avisaré.

LA HABITACIÓN DE JEAN AGUERRA

Un pequeño cuarto de sencillez casi monacal: una cama, dos sillas, una mesa y una cómoda. Jean Aguerra está de pie ante el espejo. Es un hombre de unos cuarenta años, alto y de anchas espaldas, que tiene uno de sus brazos casi inútil. Lleva botas negras, pantalón militar y camisa oscura. Un ayuda de cámara vestido de negro le está anudando la corbata. Golpean a la puerta.

—¡Adelante! —dice Jean.

Es Reybaz. Jean hace una seña al ayuda de cámara, que sale. Reybaz cierra la puerta.

—Darán el último asalto —informa Reybaz.

—Bueno —se entera Jean con calma.

Se acerca a la ventana, mira hacia afuera y agrega:

—Estamos perdidos.

—Puede ser —dice Reybaz—, pero caro les costará. En todas las ventanas hay ametralladoras.

Jean se vuelve y va al encuentro de Reybaz:

—Ordenarás a Crever que cese el fuego.

—Yo no.

—¿Qué dices?

—No seré yo quien lo haga. Tendrán mi pellejo, pero quiero que lo paguen bien.

—Los que darán el asalto son los muchachos del petróleo.

Reybaz se encoge de hombros:

—Y eso, ¿qué?

—Son los mejores. No podemos matarlos.

Como Reybaz no se mueve, Jean cambia de tono:

—Es una orden. ¿Me has comprendido?

Reybaz se pone frente a Jean y le mira fijamente un momento. Después baja la cabeza, pero no se mueve. Jean va hasta la campanilla puesta a la cabecera de la cama y llama, diciendo a Reybaz:

—¡Anda!

Reybaz sale. En ese momento entra el ayuda de cámara.

Jean, que observa por la ventana, ordena sin moverse:

—Whisky.

El ayuda de cámara sirve la bebida y le alcanza el vaso, que Jean bebe de un sorbo. Después pide:

—Mi gran uniforme.

El ayuda de cámara se dirige al ropero. Mientras está de espaldas, Jean lo observa y dice negligentemente:

—Para mí esto ha terminado. Te cederé a mi sucesor.

LA ANTECÁMARA

Los dignatarios están junto a las ventanas. El silencio es completo. De pronto un clamoreo bajo las ventanas. Después, de nuevo, silencio.

—Han entrado —dice Reybaz.

La puerta del despacho se abre. El ayuda de cámara aparece y se inclina:

—Su Excelencia les ruega pasar

EL DESPACHO DE JEAN

Un inmenso salón, donde hay un imponente escritorio cargado de libros y legajos. En un extremo del escritorio está una bandeja con whisky, sifón y vasos. En las paredes estantes repletos de libros y legajos. Un sofá y unos sillones. Jean, de gran uniforme, se encuentra sentado ante el escritorio. Los dignatarios entran en el despacho medio cohibidos. Se acercan a Jean, que se levanta mirándolos con ceño:

—De ustedes, por lo menos la mitad, me traiciona. Trataré de adivinar. Dentro de un cuarto de hora sabré si he acertado.

Los dignatarios han formado un semicírculo. Jean los mira atentamente, y pasa ante ellos con lentitud, como si los estuviese revistando:

—Sin duda que tú lo eres. . . Tú, menos seguro, pero es posible... Tú, con esa cara...

Jean pasa ante Reybaz:

—Indudablemente que tú no.

Al lado de Reybaz está Darieu. Jean le sonríe amistosamente y le pone la mano en el hombro. Darieu corresponde con una sonrisa un poco crispada.

—Tampoco tú, eso ni lo dudo —afirma Jean—. Te estimo mucho, Darieu.

Se oye un tropel y gritos tras la puerta, Jean vuelve sobre sus pasos y se coloca ante el escritorio. La puerta es abierta bruscamente y un grupo de insurrectos armados se agolpa sobre el umbral. Reybaz saca el revólver y tira. Uno de los insurrectos cae. Otro tiro y Reybaz cae a su vez. Rápidamente Jean se interpone entre los dignatarios y los insurrectos.

—¡Quietos todos! Entren.

Hay un forcejeo en la puerta y la turba irrumpe en el despacho. Son hombres y mujeres con las armas en la mano, las camisas desgarradas, los rostros sucios y los brazos desnudos. Jean mira a la turba, que se detiene y parece vacilar un momento.

Imprevistamente, uno de los dignatarios que se agrupan detrás de Jean, se separa con lentitud para unirse a los insurrectos. Los demás dignatarios, uno después de otro, lo imitan, tratando de evitar la mirada de Jean que, sonriendo, dice:

—¿Todos? Es todavía mejor de lo que pensaba.

Darieu es el último en unirse a los insurrectos.

—¿Tú, también, Darieu? —exclama Jean.

Darieu no contesta, Jean agrega:

—Pensé que me tenías cariño.

—Sí, te lo tenía —dice Darieu con dureza—. Bueno, ¿y qué?

Jean se encoge de hombros sin contestar. Y ahora él solo enfrenta a la multitud, que tiene un momento de vacilación. Todavía Jean inspira temor. Pero uno de los insurrectos se precipita sobre él y le da una fuerte bofetada. Jean le contesta con un puñetazo en pleno rostro. El insurrecto trastabilla y apunta a Jean con su revólver. Otros insurrectos lo encañonan con sus armas. En ese momento se oye un grito: "¡Quietos!" François y Suzanne acaban de entrar en el despacho y se abren camino entre la muchedumbre. François, al estar cerca de Jean, grita:

—¡Quietos! Este hombre es nuestro prisionero. Que nadie lo toque.

Jean se ha vuelto hacia François. Los dos hombres se observan. Suzanne, que se ha colocado junto a François, fija en Jean sus ojos cargados de odio. Él parece no verla.

—¡Ah!, ¿estás aquí François? —dice Jean—. Ya me imaginé que nos íbamos a encontrar. Has ganado la partida.

François, que contempla a Jean con curiosidad y dureza, le replica:

—No todo está concluido. Pero por lo menos tú no escaparás.

—Lo difícil, no es matar a un hombre —dice Jean casi cordialmente-. Lo difícil es lo demás. Ya lo vas a comprender. Desde la última vez que te vi han pasado cinco años. Entonces no estabas contra mí.

Suzanne avanza hasta ponerse a corta distancia, y le pregunta con voz llena de odio y amenaza:

—¿Y de mí, Jean? ¿No recuerdas la última vez que nos vimos?

Jean, que la sigue ignorando, mira fijamente a François y continúa:

—Sabía dónde estabas escondido. Pude hacerte arrestar.
 —¿Por qué no lo hiciste? —replica François.
 —Ya era demasiado sangre...
 —Nosotros seremos menos generosos —dice Suzanne—. Tu sangre no nos dará miedo. ¡Te haremos pagar todo!
 Jean sigue sin tenerla en cuenta.
 Suzanne continúa, furiosa:
 —¿Me entiendes? ¿No te animas a mirarme? ¿Te asusto?
 Jean se vuelve al ayuda de cámara: "¡Whisky!", le pide. Pero el ayuda de cámara no se mueve. En sus labios hay una leve sonrisa desdeñosa. Entonces Jean va hasta el escritorio, se sirve un vaso y bebe. Suzanne le ha seguido, exasperada por el silencioso desprecio.
 —¿Me contestarás, por fin? ¿No quieres? ¿No quieres? Yo te haré ver que existo. ¡Toma!
 Y le escupe en la cara, Jean no se inmuta, y ni siquiera se limpia. Sigue bebiendo y, con el vaso aún en la mano, pregunta a François:
 —¿Me asesinarán, supongo?
 —Puedes alegrarte. Se te hará un proceso.
 —¿Y quién hará ese proceso?
 François señala con un gesto circular:
 —Todos nosotros.
 —¿Con qué ley?
 —Con la nuestra.
 —No pienso defenderme. Me dejaré asesinar —asegura Jean.
 Pasado un momento, pregunta:
 —¿Cuántos muertos tuvieron?
 —Muchos —contesta François.
 —¿Doscientos?
 —Más.
 —Demasiados a cambio de mi pellejo.
 —¡Eso ya lo pagarás! —grita Suzanne.
 —No son demasiados para destruir tu inmunda tiranía —replica François.
 Jean se encoge ligeramente de hombros con aire cansado.
 —Serás más tirano que yo. Eres muy abstracto, François, no tendrás piedad.

EL TRIBUNAL

Es un tribunal improvisado en el salón de fiestas del Palacio. Sobre el estrado, que no es más que una tarima ligeramente elevada con respecto a la superficie del piso, están colocadas dos mesas unidas por sus extremos. Ante ellas, dando frente al público, veinte personas han tomado asiento. Seis mujeres y catorce hombres. Es el Jurado. Los hombres son de condición diversa. Entre ellos hay cuatro de los dignatarios que conocemos en mangas de camisa o en chaquetas de cuero. Los dos restantes tienen aspecto de pequeños burgueses. Los insurrectos jurados han puesto sus armas sobre la mesa. Uno de los dignatarios se ha quitado su recamada casaca colocándola en el respaldo de la silla:

La muchedumbre ocupa los sitios reservados al público, pero es tan numerosa que muchos están de pie o sentados en el suelo, llenando los pasillos. Otros se acomodan en los alféizares de las ventanas. En las primeras filas de asientos se encuentran Suzanne, Magnan y Darieu.

A la derecha del estrado, debajo de una ventana, Jean sentado en una silla, da la espalda al Jurado, significando con esto que le es indiferente. Un joven obrero, colocado sobre el alféizar de la ventana, deja colgar las piernas, quedando sus botas a la altura de los ojos de Jean. La suela de una de las botas está descosida y Jean observa el pie cuyos dedos salen por la abertura. Después levanta sus ojos hasta el rostro del joven obrero, que no lo mira con odio sino con ávida curiosidad.

Al borde del estrado hay cuatro insurrectos armados. Entre el estrado y la primera fila de espectadores, se abre un espacio libre. François está ahí de pie. Habla con pasión, volviéndose alternativamente al Jurado y al público:

—¡Debemos ser implacables, camaradas! Conocemos a este hombre desde hace quince años. Hemos estado con él en la primera revolución. Lo llevamos al poder hace siete años, porque nos pareció el más apropiado para realizar la democracia socialista a que todos aspiramos. Traicionó la confianza que pusimos en él. Hoy lo juzgamos y le pedimos cuenta de sus actos. Yo dirigiré el debate.

La concurrencia grita y aplaude. François pide silencio con un gesto. Luego se acerca a Jean:

—Elige un defensor.

Jean no responde.

—¿Me oyes? —insiste François.

Jean, que apenas se vuelve, se encoge de hombros. Sus ojos de nuevo se fijan en el pie del joven obrero.

—Está bien —concluye François—, se te nombrará uno de oficio.

François se vuelve hacia el público como buscando a alguien. Sus ojos descubren a Mater, el ministro de Justicia, que está sentado en la segunda fila y trata de pasar inadvertido. François lo señala:

—Tú.

Mater se sobresalta y toma una expresión inquieta:

—Pero... si yo reconozco todos sus errores. En absoluto, los reconozco. No lo podré defender.

—¿No eres abogado? —le dice imperiosamente François—. Entonces lo defenderás. ¡Acércate!

Mater se levanta de mala gana y se aproxima al estrado. Antes de llegar intenta aún una protesta, que François le corta:

—¡Acercate!

Mater tiene un gesto resignado y, colocándose en el espacio libre entre el estrado y la primera fila de espectadores declara:

—Bueno, sea. Pero defenderemos a un culpable.

Jean vuelve la cabeza y, mirando a Mater, dice con voz tranquila:

—Éste es el más indecente de todos.

Mater lo mira de arriba abajo y haciendo una ridícula mueca le da la espalda. Se aproxima a François y pregunta a éste y al Jurado:

—¿De qué se le acusa?

—¿Cómo? ¿No lo sabes? —grita François.

Y dirigiéndose al público:

—A ver, ¿de qué se le acusa?

Una enorme ola parece levantar al público que lanza aullidos. No hay ninguna vacilación en los cargos contra Jean. Entre el tumulto tres palabras se destacan.

La primera:

—¡Petróleo! ¡Petróleo!

La segunda:

—¡Asesino!

La tercera:

—¡Tirano!

Un hombre se levanta, salta sobre su asiento y vocifera:

—¡Exploió la Revolución en beneficio propio! ¡Expulsó a los hombres del Partido para poner a los suyos!

Otro se levanta:

—¡Amordazó a la prensa! ¡Asesinó a Lucien Drelitsch!

Un campesino sentado en la última fila se pone de pie blandiendo sus manos quemadas y retorcidas:

—¡Incendió mi pueblo!

Una campesina grita:

—¡Deportó a mi marido!

Durante un rato todo el salón se conmueve en un furioso tumulto. François hace enérgicos

ademanes pretendiendo, sin conseguirlo, restablecer la calma. Por último un obrero situado en primera fila se levanta y, dirigiéndose al público, grita tan alto que hace callar a los demás:

—¡Todo eso no importa tanto! ¡Su mayor canallada es haber vendido el petróleo a los extranjeros!

Mater que hasta entonces nada ha dicho protesta indignado:

—¡Eso no es verdad! ¡Eso no es verdad!

El obrero avanza enfurecido contra Mater:

—¡Basura!...

Uno de los insurrectos que monta guardia al pie del estrado contiene al obrero. Mater gesticula para pedir que se le escuche.

—Nosotros no vendimos nada —puede decir al fin—. Fue el gobierno anterior. Fue el Regente quien lo vendió.

El obrero, siempre contenido por el guardia, pregunta a Mater:

—Bueno, ¿y qué?

—El Regente concedió en 1898, por ciento veinte años, la explotación de todos los yacimientos petrolíferos a una sociedad extranjera —explica Mater—. Cuando ocupamos el gobierno, hacía ya treinta años que los capitales extranjeros poseían y explotaban nuestro petróleo.

—¡A ver, porquería! —grita el obrero—. ¿Para qué llevamos a tu jefe al gobierno? ¿Para que se divirtiera?

El obrero se vuelve al público y pregunta:

—¿Cuál es nuestra mayor riqueza, muchachos?

A un mismo tiempo la concurrencia responde:

— ¡El petróleo!

—¿Cuál es la industria que explota más vergonzosamente a los obreros?

—¡El petróleo!

—¿Quién hizo la primera revolución? ¿Quién peleó para llevar al poder a este tirano? ¿Y quién hizo ésta de ahora?

—¡Los muchachos del petróleo! ¡Los muchachos del petróleo!

El obrero se dirige entonces a Jean:

—¿Has oído? Bueno, hoy los muchachos del petróleo están aquí para pedirte cuentas. ¿Por qué no nacionalizaste la industria del petróleo como debías hacerlo? ¿Por qué has ayudado a las empresas extranjeras para aplastar las huelgas?

Y el obrero, de nuevo, dirigiéndose al público, que lanza gritos de indignación y silbidos, concluye:

—Merece que se le mate. Y también a su defensor.

François avanza hacia la multitud, las manos levantadas:

—¡Silencio! —grita.

Después al obrero:

—¡Anda a tu sitio!

El obrero ocupa su asiento. François se dirige al abogado defensor.

—¿Has entendido? Tres cargos de acusación. Primero: atentado contra las libertades esenciales. Asesinato de Lucien Drelitsch, director de *La Lumière*. Segundo: prematura política de industrialización de la agricultura y deportación en masa de los campesinos rebeldes. Tercero: complicidad con el extranjero en la cuestión del petróleo. No solucionar la intolerable situación de los obreros.

—¿Dónde están los testigos? —inquire el defensor.

—Todo el mundo puede ser testigo. No tengo más que elegir entre los que están aquí.

—¿Y los testigos de la defensa? —insiste el defensor.

—Esos tienen que encontrarlos —responde François.

Jean a todo esto no se ha movido. Da siempre la espalda al Jurado y tiene sus ojos fijos en las botas del joven obrero sentado en la ventana. Pero manifiesta cierto interés cuando oye a François anunciar:

—Como primer testigo citaré a Darieü.

Darieü se levanta y se acerca a François. Se le hace sentar de perfil con relación al público.

François, de pie frente a él, comienza a interrogarlo:

—¿Qué lugar ocupa nuestra industria petrolífera en la industria mundial del petróleo?

—El tercer lugar —respondió Darieu—. Con una producción de veinte millones de libras.

—¿Cuándo y cómo la empresa extranjera compró la concesión?

—En 1898. En dos pagos de cincuenta millones de libras.

—Cuando Jean Aguerra se hizo cargo del gobierno, ya el Regente habría derrochado esa suma. Por lo tanto, cada año, los veinte millones de libras que debíamos recibir pasaban al extranjero, mientras nuestros obreros reventaban de hambre.

—Veinte millones de libras —agrega Darieu—, que hubiéramos necesitado para pagar los productos alimenticios que debemos importar.

François habla al público:

—Lo insuficiente de nuestra producción agrícola y nuestra escasez de divisas extranjeras, fueron la causa del hambre que padecemos desde hace tres años.

Después interroga a Darieu:

—¿Qué medios utilizó Aguerra para tratar de resolver la situación?

—La industrialización de los cultivos —explica Darieu—. Con tractores, abonos químicos, explotaciones colectivas, fijación de precios para los productos. Los campesinos se mostraron contrarios a esas medidas. Aguerra nos comisionó a Lucien Drelitsch y a mí para hacer una investigación en el campo. Le prevenimos...

DECLARACIÓN DE DARIEU *(TRES AÑOS ANTES)*

EL DESPACHO DE JEAN *EN EL PALACIO DE GOBIERNO*

Jean escribe en su escritorio. Darieu y Lucien Drelitsch son introducidos por el ayuda de cámara. Atraviesan el largo salón en silencio y se detienen ante el escritorio de Jean. Darieu lleva un grueso legajo bajo el brazo. Jean deja el lapicero y levanta la cabeza.

—¿Y bien?

—Es imposible —dice Darieu—. Los campesinos no están preparados.

Jean se mantiene impasible.

—Recorrimos diez mil kilómetros —agrega Darieu—. Hemos visitado todos los pueblos. Hemos interrogado a centenares de personas. Jean, nuestros campesinos son los más atrasados de Europa.

—¿y qué?

—Destrozarán los tractores, tirarán los abonos y quemarán las cosechas, sí no es que cuelgan a los agrónomos. Se necesitarán veinte años de educación y propaganda.

En el rostro de Jean hay un gesto de angustia cansada y opresiva. Sólo dice:

—El informe.

Darieu le entrega el legajo que tiene bajo el brazo. Jean lo coloca sobre el escritorio sin mirarlo.

—Gracias. Se contemplarán las cosas hasta donde sea posible.

Darieu mira a Jean en una cálida súplica.

—Jean, no puedes hacer eso. No estén preparados, no puedes hacer eso.

—Los conozco mejor que tú, Darieu. Yo nací entre ellos.

Darieu quiere protestar. Jean lo despide con un gesto.

—Muy agradecido.

Darieu vacila un momento, se encuentra con la mirada de Jean y resuelve irse. Lucien, que nada ha dicho, interviene.

—Yo me quedo —dispone—. Tengo que hablar contigo, Jean. Tú no me echarás como a un sirviente. Espérame fuera, Darieu.

Darieu sale.

LA ANTECÁMARA

Darieu se sienta en la banqueta. Espera. A través de la puerta del despacho, percibe él violento tono de las voces. Se levanta y va hasta la ventana y observa la calle con expresión sombría. En el despacho las voces adquieren mayor violencia. De pronto Lucien sale bruscamente y se acerca a Darieu fuera de sí.

—Vamos, Darieu. Es un tirano, ya a nadie escucha.

EL TRIBUNAL

Darieu prosigue su deposición. Comenta a los Jurados las palabras que le dijera Lucien tres años antes:

—Era ya un tirano. No escucharía más a nadie. Contra toda opinión, realizó su proyecto. Y sucedió lo previsto. Los campesinos se sublevaron, destrozando los tractores. Intervino la policía y después el ejército. Aguerra no quiso ceder y la represión fue horrenda.

Quedaron como saldo quince pueblos arrasados, diecisiete mil deportados y ciento veintisiete muertos.

Entre el público hay un rumorero. En la última fila, el campesino de las manos quemadas se levanta y grita:

—Hasta Maïnek incendió. Era su pueblo. Yo también soy de Maïnek. Conozco a Aguerra desde chico. Ya entonces era un malvado. . .

El defensor intenta intervenir;

—¡Protesto!...

El campesino le corta la palabra y continúa:

—Antes de romperse el brazo, siempre quería mandar. Después ya nadie le hizo caso. Le tomó rabia a todo el mundo por un brazo. Le pusieron de sobrenombre "El Torcido" y juró vengarse.

Y el campesino avanza por el pasillo tendiendo hacia los jurados sus manos deformadas por el fuego, en una de las cuales le faltan dos dedos.

—¡Miren! ¡Se vengó bien! ¡Yo estaba en Maïnek cuando lo incendió!

El defensor grita con voz en cuello para dominar el tumulto que se produce:

—¡Protesto! ¡Exijo del Jurado recusar al testigo! Estamos aquí para juzgar los actos políticos de Jean Aguerra, no para escuchar chismes de oficio. No se puede decir que Jean Aguerra haya incendiado quince pueblos para satisfacer un rencor personal.

Suzanne sé levanta entonces.

—¿Que no? —grita al defensor—, ¿Crees que tú solo sabes quién es? Tú no lo conoces, tú te arrastrabas ante él.

Y se dirige al Jurado:

—Su brazo; ahí está su rencor, su miseria, y su vergüenza. Eso lo puedo decir yo. Conozco muy bien a Aguerra. He sido durante diez años su amante, mejor dicho, su niñera.

DECLARACIÓN DE SUZANNE (NUEVE AÑOS ANTES)

EL COMEDOR DE SUZANNE Y JEAN

Un pequeño cuarto bastante pobre. Jean se encuentra sentado frente a una mesa cubierta por un hule. Está silencioso y sombrío. De pie junto a él Suzanne le corta la carne en un plato.

Suzanne pone el plato frente a Jean, que no le da las gracias. Pincha los trozos de carne con el tenedor utilizando la mano izquierda. Suzanne, mientras llena su vaso de vino, lo contempla con pasión. Jean continúa obstinadamente silencioso, fijos sus ojos en el plato.

Se oye la voz de Suzanne, que habla al Jurado:

—Tenía necesidad de una niñera. Un día...

Jean y Suzanne, que andan juntos por una calle, se separan. Jean corre para tomar un

tranvía que acaba de ponerse en marcha. Pero, por su brazo impedido, no acierta el pasamanos y rueda por tierra. Suzanne corre hacia él. Ya dos transeúntes han acudido y quieren ayudarlo a levantarse. Jean los rechaza molesto.

—No es nada, gracias —les dice casi groseramente.

Se pone de pie y limpia el polvo que mancha su ropa, mientras Suzanne lo observa con inquietud. Los dos hombres que pretendieron ayudarlo, han quedado fastidiados con el modo torpe con que fueron recibidos y uno de ellos comenta al otro en voz alta, como para que Jean lo oiga:

—¡Este lisiado que quiere hacerse el acróbata!

Jean toma a Suzanne del brazo y la arrastra rápidamente con expresión sombría.

EL TRIBUNAL

Suzanne hablando se ha colocado al pie del estrado. Finaliza:

—Detestaba a todos los hombres que tenían sus dos brazos sanos.

—Puede ser posible —argumenta el defensor—. Pero aquí estamos no para juzgar al hombre, sino sus actos.

—Pero yo, camaradas, pido que se juzgue al hombre. Por ser manco ha querido el poder. Por ser manco, ha querido mujeres. Por ser manco, ha odiado a los demás hombres y ha hecho correr sangre.

El defensor protesta con vehemencia:

—¡Insisto en oponerme!

Suzanne lo mide con una mirada, de tan fría maldad, que lo hace retroceder.

—Mejor que cuides tu cabeza —le advierte.

Hay un momento de silencio absoluto, François se vuelve al Jurado:

—A ustedes les corresponde decidir.

Darieu se levanta y pide a los Jurados:

—No, eso no, camaradas.

—¿Tú también? —le enrostra Suzanne—. ¿Tú también, Darieu, lo defiendes?

—No lo definiendo —replica Darieu—. Pero si seguimos en esta forma, no sólo vamos a quedar en ridículo y nos haremos odiosos, sino que terminaremos por darle la razón de que esto, más que un juicio, es un asesinato.

Sin abandonar su sitio, Magnan interviene:

—Déjate de historias, Darieu. Al que se juzga es al hombre. Al hombre que hemos querido y llevado al poder. Al hombre que nos engañó y traicionó.

El Jurado delibera en voz baja. Algunos Jurados se levantan para consultarse entre sí. Después tornan todos a sus puestos. François pregunta:

—¿Qué se ha decidido?

Un Jurado se pone de pie:

—Se juzgará al hombre y sus actos.

—Está bien —asiente François—. Pero tendremos para rato.

—No importa, no hay ningún apuro —replica la mujer.

Suzanne echa una mirada de triunfo al defensor y luego se vuelve al Jurado:

—Muy bien! Creo que ahora estamos de acuerdo. Se juzgará al hombre durante toda su vida. Después se verá si las deportaciones fueron una necesidad o un crimen. Pero antes hay que saber qué hacía él, mientras sus soldados incendiaban y saqueaban los pueblos.

Desde el público llega una voz:

—¡Eso yo lo puedo decir!

Suzanne se vuelve. Y ve al ayuda de cámara de Jean que se ha levantado entre los espectadores. Todas las miradas se fijan en él, que agrega:

—Se reía. Estaba ebrio y se reía.

Suzanne tiene una seca risita de satisfacción:

—¡Estaba tan segura!

Suzanne vuelve a su sitio, mientras François hace una señal al ayuda de cámara:

—Acércate.

El ayuda de cámara avanza y se coloca entre François y Jean.

—¿Tu nombre? —interroga François.

—Carlo Pompiani. Era ayuda de cámara de Su Ex... de Jean Aguerre. Antes lo había sido de Crivelli, el primer ministro.

Y con un gesto hacia Jean, prosigue:

—Cuando éste subió al poder, vino a instalarse en las dependencias de Crivelli y me tomó a su servicio...

*DECLARACIÓN DEL AYUDA
DE CÁMARA
(SIETE AÑOS ANTES)*

EL PALACIO DE GOBIERNO

Una larga fila de salones con las puertas abiertas. Los vidrios están destrozados. Jean se encuentra en el primer salón, el hall de entrada al Palacio. Viste topas burguesas, pero las lleva sin gracia, como un obrero endomingado. La chaqueta negra lo martiriza, su corbata es de moño hecho. Tiene pantalón rayado, gruesos zapatos y un gastado sombrero blando fuera de moda.

Algunos camaradas rodean a Jean. Con un gesto los despide y solo recorre salón por salón del Palacio abandonado hasta llegar al gran despacho (que ya conocemos) que, en esa época, está suntuosamente amueblado. Se acerca a un mueble cargado de objetos de arte. Toma una pequeña estatua, la examina y la vuelve a dejar en su sitio con respeto. Da cohibido algunos pasos por el despacho, como si su propia persona lo embarazase. Desde un cuadro, colgado en la pared, los ojos de la elegante mujer retratada parecen seguirlo. Jean camina unos pasos dándole la espalda, pero de nuevo fija su mirada en el cuadro.

Parado en el umbral, el ayuda de cámara, rígidamente inmóvil, observa a Jean con aire inexpresivo. Jean se sienta en un sillón ocupando apenas el borde del asiento. Se levanta y otra vez mira el retrato de la mujer, después el de un viejo con uniforme de general que cuelga a su lado. Maquinalmente se quita el sombrero, teniéndolo en la mano. Pero al darse cuenta de este gesto de timidez, se irrita y arroja al vuelo el sombrero sobre el escritorio. Al caer el sombrero, vuelca un tintero y la tinta inunda el escritorio. Jean se precipita para reparar el desastre, pero el ayuda de cámara se le adelanta con un estropajo en la mano y enjuga calmosamente la tinta derramada. Jean se sobresalta al verlo. Lo mira y le pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—Era ayuda de cámara de su Ex... del anterior Primer Ministro.

Un silencio. Jean observa al ayuda de cámara que ha terminado de enjugar la tinta con ademanes precisos y profesionales.

—Te quedas conmigo —le dice Jean.

Después señala con un gesto los cuadros y agrega:

—Retira estos cuadros de aquí.

EL TRIBUNAL

El ayuda de cámara continúa su declaración frente al Jurado.

—Yo no lo dejé ni un solo momento. Pero él ni cuenta se daba de mi presencia. No me consideraba más que un mueble. Durante siete años estuve junto a él como su sombra. Lo vestía. . .

*DECLARACIÓN DEL AYUDA
DE CÁMARA
(ETAPAS EN MUCHOS AÑOS)*

EL CUARTO DE JEAN EN EL PALACIO

*Jean en mangas de camisa. Dos manos le tienden una chaqueta, que él se coloca.
Jean en mangas de camisa. Dos manos le tienden un chaqué, que él se coloca.
Jean en mangas de camisa. Dos manos le tienden una chaquetilla militar, que él se coloca.
Jean en mangas de camisa. Dos manos le tienden una chaquetilla militar adornada de condecoraciones, que él se coloca.*

Al mismo tiempo se oye la voz del ayuda de cámara que comenta:

Durante siete años no lo dejé ni un solo momento. Al principio bebía dos tazas de café por hora.

—Jean sentado en su escritorio escribe. Sin levantar la cabeza, pide:

—Café.

Detrás de él el ayuda de cámara se hace invisible. Sin que nadie la toque, una cafetera se alza, por sí sola vierte café en una taza que, también por sí sola, se coloca delante de Jean. Éste dice distraídamente:

—Gracias.

Y bebe el café.

Mientras Jean bebe el café, se oye la voz del ayuda de cámara:

—Los dos últimos años era...

—¡Whisky! —dice Jean.

Está sentado en su escritorio. Tiene expresión sombría y la mano más vacilante.

Detrás de él, una botella de whisky, llena, por sí sola, un vaso que viene, también por sí solo, a colocarse delante de Jean, que lo vacía de un sorbo, mientras se oye decir al ayuda de cámara:

—Ni las gracias me daba. Yo no existía. En una sola ocasión pareció verme...

Jean, en tanto trabaja sobre un legajo, come en su escritorio. De pronto deja de trabajar, aleja el plato y pasea su mirada por el cuarto como si buscara una idea. Sus ojos se detienen sobre el plato puesto a su izquierda, en el momento en que se eleva por sí solo en el aire, como si una mano invisible lo llevara. Está quitando el plato para colocar otro. Parece incómodo con la manera poco habitual con que lo mira Jean.

—¡Ahí, ¿estabas aquí? —dice Jean con aire sorprendido y como en un sueño—. Tú eres un hombre robusto, ¿por qué siablis elegiste este oficio? Es el peor.

Jean hablaba como para sí mismo. Apenas ha terminado de hablar, y ya vuelve a reanudar su meditación y compulsiva el legajo puesto a su lado. Con él plato en la mano, el ayuda de cámara lo contempla rencorosamente. Sin levantar la cabeza, Jean pide bruscamente:

—¡Whisky!

En este instante desaparece el ayuda de cámara. El plato se coloca por sí solo en una consola al lado de una botella de whisky, que, también por sí sola, llena un vaso que viene a colocarse ante Jean.

EL TRIBUNAL

El ayuda de cámara, dando frente a los Jurados, continúa su declaración. Deposita una mirada socarrona sobre la nuca de Jean, que siempre da la espalda al Tribunal, y sigue hablando:

—Y no era sólo el alcohol. También estaban las mujeres. Una por día o casi...

François tiene un gesto de fastidio. Quiere hacer callar al ayuda de cámara y comienza:

—No creo...

Pero la risa del público ahoga su voz. Y antes de que pueda recomenzar su frase, una de las mujeres del Jurado se levanta y pregunta:

—¿Una mujer por día? ¿Y cómo las conseguía?

El defensor interviene prestamente:
—Eso nada tiene que ver...
—Deja hablar al testigo —dice la mujer del Jurado.
François se encoge de hombros resignado y hace una señal al ayuda de cámara:
—Recibía de cien a ciento cincuenta cartas amorosas por semana. Se procedía por orden.
Primero se examinaban y clasificaban...

*DECLARACIÓN DEL AYUDA
DE CÁMARA
(ETAPAS EN MUCHOS AÑOS)*

(Toda esta parte de la declaración está presentada tan somera y rápidamente como un documental sobre la organización de los P. T. T.).

*UN REDUCIDO DESPACHO
DEL PALACIO*

Un empleado ante una mesa cubierta de cartas. El empleado abre las cartas con un cortapapel, mira la firma, anota el nombre en un cuaderno y coloca las cartas en un casillero donde cada compartimiento tiene una letra, como un clasificador de poste restante. La voz del ayuda de cámara comenta:

—Y en seguida la investigación de la Policía.

UNA CALLE

Una joven sale de una casa. Un policía civil la sigue. La joven entra en una tienda. El agente se detiene ante el escaparate y anota algo en una libreta. Sobre la página de la libreta hay escrito un nombre en grandes letras: CARRAS, Renée. Debajo de este nombre una serie de títulos: Opiniones políticas. Antecedentes. Relaciones habituales. La voz del ayuda de cámara comenta:

—Luego la presentación de las fotografías...

DESPACHO DE JEAN

Jean está sentado en su escritorio. El ayuda de cámara, de pie detrás de él, tiende tres fotografías de la misma mujer: una con vestido de tarde, la otra en traje de calle y la última en malla de baño. Jean observa las fotografías con gesto melancólico y después hace un vago signo de aprobación.

La voz del ayuda de cámara comenta:

—Si la mujer era aceptada, venía el examen médico. ..

CONSULTORIO DEL MÉDICO

La mujer (que conocemos por las fotografías) es auscultada por el médico de delantal blanco. La voz del ayuda de cámara comenta:

—Por último la cita...

DESPACHO DE JEAN

Jean está en su escritorio. Esta vez hay otra pequeña mesa a la derecha del escritorio. Hélène teclea en la máquina. El ayuda de cámara entra en el despacho. Se inclina ante Jean que trabaja y le entrega una tarjeta de visita. Jean lee:

"Renée Carras". Se levanta, y, luego de echar una mirada socarrona a Hélène, cuyo

semblante demuestra molestia e irritación, pasa a una pequeña habitación contigua, amueblada con un gran diván, dos sillones y una mesa.

Una segunda puerta de esta habitación se abre y el ayuda de cámara introduce a Renée Carras, que ofrece un aspecto a la vez intimidado y provocativo.

El ayuda de cámara sale y cierra la puerta. Al pasar mira un reloj que marca las cinco.

El mismo reloj marca las cinco y treinta y cinco. El ayuda de cámara, que está parado frente a una de las ventanas de la antecámara, mirando hacia afuera, se vuelve al oír que se abre una puerta. Jean aparece, correcto aunque un poco despeinado. El ayuda de cámara sale a su encuentro y, sin una palabra, saca un peine del bolsillo y le da un toque en el peinado.

Jean entra en su despacho. Otra vez echa a Hélène una prudente mirada ligeramente inquieta, y, en seguida, reanuda su trabajo.

EL TRIBUNAL

El ayuda de cámara continúa su deposición:

—Más o menos unas cinco por semana. Una media hora cada una.

El defensor agita con vehemencia los brazos:

—Compromete el Jurado su seriedad al escuchar estos chismes de oficio. No podemos admitir...

Suzanne lo interrumpe:

—El Jurado debe saber qué clase de individuo es el que juzga.

—Todavía sé de él algunas otras cosas —insinúa el ayuda de cámara.

—Más tarde las contarás —le dice François—. Primero tienes que decirnos qué hizo cuando se le anunció el resultado de la represión de los campesinos.

Al mismo tiempo que responde el ayuda de cámara se oye una fuerte carcajada de Jean.

—Ya lo he dicho. El estaba en la casa de Schoelcher, el magnate del petróleo, el extranjero que nos ha despojado, el explotador de obreros. Almorzaban juntos. Era una orgía. Un oficial le anunció que sus órdenes habían sido cumplidas. Nada dijo en seguida, pero diez minutos después se puso a reír como un loco...

DECLARACIÓN DEL AYUDA DE CÁMARA (TRES AÑOS ANTES)

EN EL SALÓN DE RECEPCIONES DE LA MANSIÓN DE SCHOELCHER

Schoelcher, director de la empresa extranjera que explota los yacimientos petrolíferos, es un hombre muy alto y robusto, de expresión dura.

Jean está sentado a la mesa frente a Schoelcher. Es una mesa inmensa ocupada por unos veinte hombres y mujeres. Sobre ella se acumulan viandas, botellas y platería y cristalería suntuosas. Todos ríen a carcajadas, con risa un poco alcohólica. Las mujeres están casi desnudas. Hay un ambiente de orgía.

Entre una carcajada general se oyen dos explosiones.

EL TRIBUNAL

De pie ante el Jurado, el ayuda de cámara escucha con inquietud. Se oye una nueva explosión más cercana.

—¿Qué es eso? —inquire el ayuda de cámara.

Entre el público algunos se han levantado y corren para observar por las ventanas. De la calle, donde están combatiendo, llegan otras explosiones; estallido de granadas y tiros de fusil.

La puerta del salón del tribunal se abre de golpe. Dos insurrectos con las armas en las manos se presentan. Uno de ellos grita en dirección al estrado:

—¡Es la guarnición del Fuerte Kéroub!
—¿Y qué sucede? —indaga François.
—Han conseguido salir —explica el insurrecto—. Y ahora ocupan la Plaza del Pueblo y los barrios del oeste. Parece que quisieran atacar el Palacio.

El defensor contempla con una sonrisa al ayuda de cámara que se halla completamente trastornado por la novedad.

—¿Lorentz y Chatrin están en sus puestos? —inquire François.

—Sí —contesta el insurrecto.

—Bueno. Está bien.

Los dos insurrectos salen. Los Jurados, que han tomado una expresión seria y preocupada, miran a François con aire interrogativo. Jean se ha vuelto un poco hacia el salón pero está impasible. François dice con tranquilidad:

—Continuemos.

El defensor, que se ha acercado al ayuda de cámara, da un paso hacia François.

—Deseo hacer unas preguntas al testigo.

—Puede hacerlas —concede François.

El defensor se planta ante el ayuda de cámara y le mira a los ojos. El estruendo de la batalla continúa y ahora es evidente que se combate bajo las ventanas del Palacio. El ayuda de cámara ha palidecido.

—¡Tienes miedo! —le dice el defensor—, ¿Sabes lo que te ocurrirá cuando los nuestros tomen la ciudad, si tu declaración es falsa? ¿La sostienes?

El ayuda de cámara tartamudea:

—Yo...

—¿Mantienes tu declaración? —insiste el defensor—. Bueno. Iremos por partes. Se reía, ¿no es así?

De la calle sube un cercano tableteo de ametralladoras. El ayuda de cámara mira hacia la ventana y después hacia los Jurados.

—Es decir... —dice con una voz vacilante.

DECLARACIÓN DEL AYUDA DE CÁMARA (TRES AÑOS ANTES)

EN EL SALÓN DE RECEPCIONES DE LA MANSIÓN DE SCHOELCHER

Es exactamente la misma escena de la orgía evocada por el ayuda de cámara en su declaración anterior. La mesa está cubierta por las mismas viandas y vajilla y las personas tienen las mismas actitudes equivocadas, pero ahora es una orgía muda. Jean abre la boca como si riese, pero ningún sonido sale de su boca. Se oye el final de una ráfaga de ametralladora y después la voz insegura del ayuda de cámara:

—Es decir...

Y sobre la voz, Jean, Schoelcher y los otros comensales, quedan inmóviles con una carcajada inaudible.

Se oye una violenta explosión muy próxima y la voz del ayuda de cámara que dice apresuradamente:

—No. El no se reía.

Jean, Schoelcher y los comensales toman expresiones serias y comen.

Se oye al defensor inquirir:

—¿Se reía o no se reía?

—Es que él se reía sin reírse... —congenia el ayuda de cámara.

El rostro de Jean expresa bruscamente una especie de alegría solapada y casi interior. Igualmente él de Schoelcher. Cada uno parece divertirse con recuerdos o pensamientos absolutamente íntimos.

En la mesa, decenas de botellas llenas o vacías y copas volcadas. Alrededor de la mesa, mujeres muy escotadas que ríen ruidosamente.

La voz del defensor indaga:

—¿Era una orgía?

—Yo..., yo... —tartamudea el ayuda de cámara.

—¿Era una orgía? —repite el defensor con insistencia.

Una explosión.

—No, no lo era —dice apresuradamente el ayuda de cámara—. Era una comida de negocios.

Las mujeres desaparecen. La mesa se reduce. El número de vajillas y de las botellas ha disminuido. No están más que Jean y Schoelcher y algunos hombres que comen tranquilamente. Todos tienen aire preocupado.

EL TRIBUNAL

El defensor con una expresión discretamente triunfal se inclina sobre el ayuda de cámara, que no se siente muy a gusto.

—Una risa que no es una risa; una orgía que no es una orgía. ¿Te quieres reír del Jurado? Cuéntanos lo que sucedió desde el principio. ¿Por dónde comenzarás?

DECLARACIÓN DEL AYUDA DE CÁMARA (TRES AÑOS ANTES)

UNA CALLE

Un largo automóvil blanco, de insolentes sirenas, pasa por las calles. Delante y detrás van tres autos y unas motocicletas con hombres uniformados.

DENTRO DEL LARGO AUTOMÓVIL BLANCO

Jean y Darieu están sentados juntos. El ayuda de cámara ocupa el asiento al lado del volante.

—Schoelcher se negó a aumentar los salarios —informa Darieu—. La huelga está en el ambiente.

—¡Ah! —comprende Jean—, es por eso...

—¿Qué?

—Este almuerzo. Te apuesto a que sé lo que Schoelcher pretende de mí.

LA FÁBRICA DE SCHOELCHER

El automóvil blanco se detiene ante la reja de los portones de la fábrica. Una cantidad de mirones se agolpa cerca de los portones, contenidos por un numeroso servicio de vigilancia. Jean y Darieu descienden del automóvil seguidos por el ayuda de cámara. De los mirones parten algunos vivas sin mucho entusiasmo:

—¡Viva Guerra! ¡Viva Guerra!

Es evidente que estos vivas son de la brigada oficial de aclamadores. El público, el verdadero público, ha quedado silencioso. Jean, al escuchar las aclamaciones se vuelve a Darieu:

—Esto resulta ridículo. Dile a Magnan que prefiero el silencio.

Jean y Darieu, siempre seguidos por el ayuda de cámara, entran en el gran patio de la fábrica. Schoelcher desciende la escalinata del edificio central, situada frente a los portones de

entrada, y viene al encuentro de sus visitantes. Su duro rostro insinúa una amable sonrisa, pero se siente la amenaza y desprecio en esa sonrisa.

Desde los portones hasta la escalinata, los obreros forman una fila. Silenciosos, sombríos, miran a Jean sin un gesto. Hay una pesada atmósfera de hostilidad. Schoelcher llega hasta Jean y se inclina ante él.

—Excelencia, tanto yo como mis colaboradores, nos sentimos muy honrados con su visita.

Jean da la mano a Schoelcher. Luego, todos se ponen en camino hacia el edificio central. Mientras Jean sube las gradas de la escalinata, llega un grito aislado desde el grupo que está en los portones:

—¡Aguerra vendido!

Jean se detiene sin volverse. Schoelcher le mira con una insinuación de sonrisa.

—Ya lo ve —dice—, no quieren a nadie. Ni a usted ni a mí. Yo voy...

Jean le detiene con un gesto y continúa el camino:

—No tiene importancia.

De nuevo la voz grita:

—¡Muera Aguerra, vendido!

Jean se encoge de hombros sin detenerse. Y entra en el edificio de la fábrica.

EL INTERIOR DE LA FABRICA

Un reducido grupo de personajes oficiales e ingenieros de la fábrica observan las instalaciones de un laboratorio. Es el final de la visita a la fábrica. A algunos pasos del grupo, Schoelcher y Jean se mantienen apartados.

—¿Ha observado cómo están los ánimos? —dice Schoelcher—. Creo que dentro de ocho días tendremos la huelga. Yo no les acordaré ningún aumento, eso sólo es un pretexto. Lo que realmente quieren, es fomentar el descontento y crear un estado revolucionario para poder hacer de las suyas. Y le pido —continúa Schoelcher mirándolo fijamente—, que me asegure que nada se hará, suceda lo que suceda, para quitarnos la concesión.

—Por mi parte nada haré —afirma Jean—. Se lo prometo.

—¿Y si la huelga llega a ser demasiado... grave, podré contar con el apoyo del ejército?

—No, eso no. Todo lo que yo puedo hacer es mediar en el conflicto.

—Tenga cuidado —advierte Schoelcher—. Las cosas peligran de ir más allá de lo que se piensa.

—Si utilizo las tropas para romper la huelga, abro un abismo que me separará para siempre de los obreros. Y dentro de dos o tres años estaré perdido y usted conmigo.

Schoelcher lo mira con aire amenazador;

—¿Es ésta su última palabra?

—Sí.

—Recuerde, Excelencia, que su país es muy pequeño y el mío muy poderoso —insinúa Schoelcher.

Pero prontamente sonrío y dice con tono amable:

—Pasemos a almorzar.

EL TRIBUNAL

El defensor se dirige severamente al ayuda de cámara:

—No trates de dar vueltas al asunto. Te pregunté si Aguerra se reía cuando le anunciaron la represión de la revuelta de los campesinos.

—Ya se lo diré —se aviene el ayuda de cámara.

*DECLARACIÓN DEL AYUDA
DE CÁMARA
(TRES AÑOS ANTES)*

*EN EL SALÓN DE RECEPCIONES
DE LA MANSIÓN DE SCHOELCHER*

Es el que ya conocemos por las anteriores declaraciones del ayuda de cámara. Ahora no hay más que hombres en la mesa; personajes oficiales e ingenieros. El ambiente es ceremonioso y tenso. Jean come en silencio.

Un oficial es introducido. Se acerca a Jean y se inclina para hablarle. Conversan en voz baja. Los comensales los observan disimuladamente.

—¿Qué hay? —indaga Jean.

—Ya está todo terminado —informa el oficial.

—¿Fue difícil?

—Se resistieron. Por eso nos fue necesario...

Jean le interrumpe, impaciente:

—¿Muy difícil?

—Diez pueblos destruidos y diecisiete mil personas detenidas.

—Está bien —dice Jean—. Lo veré dentro de un momento.

El oficial se retira. Jean se mantiene impassible, pero ha dejado de comer. Mira fijamente la pared que tiene frente a él, por encima de la cabeza de Schoelcher. Éste sigue su mirada. Del muro cuelga una panoplia de armas antiguas, en medio de las cuales hay un pesado mosquete.

—¿Le agradan las armas antiguas, Excelencia? —le pregunta Schoelcher—. Tengo algunas muy curiosas.

Se levanta de la mesa, se acerca a la panoplia y descuelga trabajosamente el pesado mosquete, sosteniéndolo con ambas manos. Y vuelve a la mesa, haciendo un guiño a uno de sus ingenieros, que sonrío imperceptiblemente.

—Mire las incrustaciones de marfil de la culata —y diciendo esto tiende a Jean, por encima de la mesa, el mosquete.

Jean adelanta su mano izquierda para recibirlo, pero Schoelcher le advierte con fingida distracción:

—No, con las dos manos, Excelencia, es terriblemente pesado.

Y en seguida, como si de pronto cayese en la cuenta de su torpeza, agrega apresuradamente:

—¡Oh! Perdona. .. Alcáncesele usted, Dariou.

Jean, pálido de rabia, le dice imperiosamente:

—Démelo.

Schoelcher le entrega el mosquete. Jean, mediante un tremendo esfuerzo, lo sostiene con una sola mano. Se lo acerca y lo examina sin premura.

— Verdaderamente —le dice—, es un arma magnífica.

Y se lo devuelve a Schoelcher, también por encima de la mesa.

—Pero no es tan pesado como dice, basta con una mano, Schoelcher. ¡Vamos, con una mano! ¡Con una sola mano!

Schoelcher extiende una mano y trata de tomar el mosquete, pero se le escapa y cae sobre la mesa, destrozando la vajilla.

En medio del silencio de estupor y malestar que se produce, Jean se vuelve sobre su silla y se pone a reír nerviosa e irrefrenablemente.

Al mismo tiempo que Jean ríe, se oye un lejano tableteo de ametralladora y la voz del ayuda de cámara que dice:

—Era por eso por lo que reía.

EL TRIBUNAL

El proceso se suspende por un momento. Público, Jurados, defensor y testigos, aunque no

abandonan sus sitios, están pendientes del rumor del combate que se aleja. Paulatinamente decrece hasta cesar. De tanto en tanto, algún tiro aislado y de nuevo silencio. En medio del silencio que hay fuera y dentro del salón del tribunal, la puerta se abre y aparece el mismo insurrecto que un rato antes trajo las novedades, y que anuncia:

—Se repliegan hacia el fuerte. Los estamos persiguiendo.

—Bien —dice François.

Entre el público se levanta un clamoreo. François restablece el orden con un gesto y dispone:

—Continuemos.

Pero el defensor, desalentado, mira en derredor de sí sacudiendo la cabeza con expresión de no saber qué hacer y, por último, se dirige a François.

—Yo no puedo. . . No se puede defender a un acusado que no habla y se burla de su defensor. ¡No me obligue a defenderlo! Me estoy comprometiendo por él y se burla en mi misma cara, ¡Yo estoy con usted! Le digo que estoy con usted en contra de él.

—Tú lo defenderás —dice François—. Lo defenderás o te costará caro.

En ese momento se levanta bruscamente Darieu, que parece haber estado luchando largamente consigo mismo y no pudiese resistir más.

—Tiene razón Mater —afirma—. ¡Este proceso es una farsa, un asesinato!

Diversas exclamaciones salen del público. Una de las mujeres del Jurado dice con violencia:

—¿Tenemos nosotros la culpa de que no quiera defenderse?

—Es una vergüenza —continúa Darieu—. ¿Hemos luchado para llegar a esto? ¿Para escuchar los chismes de un sirviente? Los asuntos por debatir son de extrema gravedad, ¿Debía industrializarse la agricultura cuando él lo hizo? ¿Podía expropiar a Schoelcher y nacionalizar el petróleo? Y, en lugar de eso, nos concretamos a chismografías sobre su brazo roto y sobre su complejo de inferioridad. Y él, que es el único que podría defender su causa, no dice una palabra.

El público calla. Los Jurados callan. La argumentación de Darieu ha impresionado a todos. Entonces Darieu se acerca a Jean, que sin moverse sigue dándole la espalda, y le habla:

—¡Jean! Te lo pido... Por ti mismo. Por tu memoria, ¡defiéndete! No dejes que te maten como a un perro. Jean, yo no te odio. Te sigo estimando, te quiero. Sólo fue contra tus actos, contra tu política, por lo que hice la revolución. No contra ti. Habla, dinos una palabra siquiera. Estoy avergonzado por ellos, por ti y por mí.

Jean, que a las últimas palabras de Darieu ha vuelto la cabeza hacia él mirándolo irónicamente, contesta:

—Todos quedarían muy contentos.

Después, de nuevo vuelve la espalda y permanece inmóvil. El público está desconcertado. Unos apoyan a Darieu y otros, irritados por su actitud, lo recriminan. Hay gritos diversos;

—¡Vendido!

—¡Deben arrestarlo!

—¡Darieu tiene razón!

—¡No se puede matar a un hombre que no se defiende!

—¡Estás sabotando tu proceso!

François, mientras hace ademanes para dominar el tumulto, se aproxima a Darieu:

—Darieu, puede ser que haya un medio.

Y le habla al oído. Darieu aprueba con un movimiento de cabeza:

—Bueno, iré.

Darieu sale del salón del Tribunal. François se vuelve al público que continúa en sus manifestaciones, y grita:

—¡Silencio!

Luego, cuando logra la calma, llama:

—¡Menko!

Un hombre situado en primera fila se levanta. Tiene unos sesenta años, calvo, de lentes, con tipo de viejo sabio. Es uno de los dignatarios que vimos, en las primeras escenas, en la antecámara. Con unos enormes legajos bajo el brazo, se acerca a François.

—¡Tú eres ingeniero agrónomo! —le dice François—. Has ocupado durante dos años el

cargo de ministro de Agricultura y fuiste de los que protestaron por la industrialización de los cultivos ordenada por Aguerra.

—Fue una torpeza, un crimen —afirma Menko.

Y agrega, mostrando sus legajos: —Aquí tengo cómo probarlo.

—Te escuchamos —le dice François.

Menko busca dónde colocar sus legajos, paseando en torno de sí una mirada miope. François hace una seña a un guardia que pone una pequeña mesa ante Menko. Éste acomoda sus legajos, los abre, y comienza con voz monótona su declaración.

—Nuestro país produce anualmente...

CALLES DEL PUEBLO

Darieu sale del Palacio y camina con paso rápido. Tableteo de ametralladoras. Darieu se adosa a un muro y levantando la cabeza parece comprobar que tiran desde los techos. Reanuda su camino a la carrera por las calles donde son visibles las huellas de la revuelta.

Darieu llega ante una pequeña casa de muy pobre apariencia. Llama, una vez, dos veces, cuatro veces. Nadie acude. Darieu atraviesa la calle mirando hacia la casa. Sube a la calzada del frente y grita con todas sus fuerzas:

—¡Hélène! ¡Hélène!

En el primer piso la cortina de una ventana se levanta.

—¡Abra! ¡Soy Darieu!

Darieu espera un momento sin moverse. Después la puerta se abre. Darieu entra apresuradamente. Una mujer de edad le hace pasar sin una palabra y, cerrando la puerta, sube una escalera. Darieu la sigue.

DEPARTAMENTO DE HÉLÈNE

La vieja hace entrar a Darieu en un comedor muy pobre y con una seña le indica que se siente.

—Está enferma. Un momento —dice.

La mujer sale. Darieu, que ha quedado de pie, se pasea lentamente por la pieza mirando las fotografías. En todas partes las fotografías de Lucien Drelitsch, sobre los muebles, en las paredes. Lucien del brazo de Hélène. Lucien solo, en traje de esquiador. Lucien en mangas de camisa en una imprenta. Lucien en medio de un grupo de estudiantes.

En un rincón, casi oculta, sobre una mesita, está una fotografía de Hélele entre Jean y Lucien, que la tienen del brazo, riendo. Darieu toma la fotografía y la contempla con sombría expresión. Hélele, vestida de luto, entra. Darieu deja rápidamente la fotografía en su sitio y se vuelve.

—¿Qué hay? —pregunta Hélele—. ¿Lo condenarán a muerte?

Darieu se alza de hombros con desgana, como diciendo: "Seguramente".

—Y él, ¿qué hace? —averigua Hélele.

—Rehúsa defenderse.

Hélele está visiblemente turbada por la presencia de Darieu y las noticias que le trae... Pero no pierde el dominio de sí misma y, para cambiar la conversación, pregunta:

—¿Muchos muertos?

—No se sabe todavía.

Darieu mira a Hélele, que vuelve la cabeza hacia la ventana. Darieu se le acerca, y tomándole las manos la obliga a mirarlo.

—Hélène, el proceso es una payasada. Nos haremos odiosos y caeremos en el ridículo. Se quiere degradarlo. Y todos saldremos humillados.

—Hubiese sido mejor que lo mataran hoy, durante el combate —dice Hélele.

—Es verdad.

Darieu vacila un momento y luego insinúa con una especie de timidez:

—Si se defendiese...

—¿Qué?

—Sería distinto. El proceso se haría en el terreno que corresponde: el de la política que realizó.

Hélène le retira sus manos. Va a la ventana y la abre. En el extremo de la calle se encuentra tendido el cadáver de un insurrecto. Hélène contempla el cadáver y dice a media voz, como hablando consigo misma:

—Todos esos muertos..., todos esos muertos... Y a él lo matarán.

Darieu se le aproxima.

—Hélène, tiene que ayudarnos.. .

—¿En qué? ¿Qué puedo hacer yo?

Darieu y Hélène miran la calle. Tres hombres armados pasan a la carrera. Se oyen a lo lejos algunos tiros. Darieu toma un tono más firme y de más en más insistente:

—Nadie le conoce como usted. Y usted es la única persona en el mundo que ha querido. Si declarase. . .

Los tres hombres armados vuelven a pasar. Llevan un prisionero que camina con trabajo y al que hacen avanzar a puntapiés y culatazos. Hélène se echa hacia atrás y cierra con violencia la ventana. Darieu continúa:

—Si usted declarase, él se defendería. Ante usted, estoy seguro que se defendería.

Se oyen en la calle gritos y tiros. Hélène tiene un estremecimiento:

—No, no iré. . .

—Hélène...

—No iré. Tiene que comprenderlo, Darieu. Mató a mi marido. Le odio. Debo odiarlo. No puedo defenderlo. Pero también durante diez años fue nuestro amigo, nuestro hermano. No puedo acusarlo. Y no quiero ser responsable, en ninguna manera, de su muerte.

—No le pedimos eso. Solamente queremos que vaya y cuente las cosas como sucedieron. El se defenderá. Explicará por qué dejó morir a Lucien.

—¿Le quedaría alguna posibilidad de salvación si yo declaro?

Darieu no contesta.

—Ya lo ve, Darieu, es imposible —dice Hélène con expresión ausente—. No quiero intervenir. Que lo asesinen sin mí.

—¿Asesinarlo?

—Ya ni sé cuáles son los asesinos. Él mató a Lucien y ahora ustedes lo matarán.

Ella torna a la ventana y contempla el cadáver en la calle. Sin volverse, dice:

—¡Váyase! ¡Váyase! Tendré dos muertos que llorar.

—Entonces, ¿se niega, Hélène?

—Me niego. Déjeme.

EL TRIBUNAL

Menko continúa hablando. Es una información precisa, plagada de términos técnicos, de cifras, de estadísticas, de nombres de pueblos. François escucha. Una parte del Jurado escucha. El público apenas escucha. Algunos cabecean en sus asientos, otros duermen tranquilamente estirados en el piso. Muchos hablan entre ellos en voz baja. Menko continúa su exposición impertérrito.

Jean bosteza y se vuelve a dos guardias que, fatigados, se han sentado en el suelo en cuclillas, con el fusil entre las piernas.

—Ya no aguanto más —dice.

Los dos hombres lo miran impasibles sin contestarle. Jean saca de su bolsillo un paquete de tabaco y papel, y con una sola mano lía un cigarrillo.

—Ya ven —dice a los dos guardias—. No soy tan inútil.

Los dos hombres se cierran en un silencio hostil. Jean se encoge de hombros.

—Bueno —dice—. En realidad, no trato de sobornarlos. ¿Ustedes son del petróleo?

—Sí —dice uno de los guardias.

—¿De la extracción o del refinamiento?

—Del refinamiento.

—¿Creen ustedes que soy un traidor?

—Sí.

Jean hace un ademán con su pulgar para señalar detrás de su espalda a los Jurados, al defensor, a François y a los testigos:

—¿Qué piensan del proceso?

—Que no había para qué hacerlo —dice uno de los guardias—. Debieron fusilarle en seguida.

—Ciertamente —conviene Jean—. Pero François es demasiado minucioso.

Mientras habla, Jean busca en sus bolsillos sin encontrar los fósforos. Entonces pide a los guardias:

—¿Un fósforo?

Ninguno de los dos se mueve. Pero en el momento que va a dejar el cigarrillo, desde lo alto cae sobre sus rodillas una caja de fósforos. Levanta la vista y ve al joven obrero de las botas deterioradas, que, sentado en el alféizar, le mira. Jean le mira a su vez en silencio durante un instante. Luego le pregunta:

—¿Por qué no te compones las botas?

El joven no contesta.

—¿Cuesta mucho?

El joven se mantiene en silencio. Jean enciende el cigarrillo. En ese momento cesa de oírse la voz de Menko, que ha continuado hablando durante toda la escena. Se oye a François decir:

—Agradecemos tu declaración.

Menko arregla sus legajos, se los coloca bajo el brazo y vuelve a ocupar su sitio entre el público.

Suzanne se pone de pie.

—Exijo que se me deje declarar —dice—. He vivido día a día durante diez años con ese hombre. Nadie le conoce mejor que yo.

François hace un ademán de negativa. Y vuelve la cabeza hacia Jean como buscando consejo. Pero éste no cambia de actitud. François entonces fija su mirada en el rostro de Suzanne, fríamente vengativo. Indeciso aún, consulta su reloj y pregunta a uno de los guardias que está cerca de él:

—¿No regresó Darieu?

—No.

François se encoge de hombros y hace un gesto a Suzanne:

—Puede hablar.

DEPARTAMENTO DE HÉLÈNE

Darieu y Hélène han quedado en la misma posición ante la ventana. Darieu, sin tenderle la mano, dice a Hélène:

—Entonces, adiós.

—Adiós.

Darieu hace un movimiento como para irse. Pero, de pronto, tiene una idea, y con fingida indiferencia, le pregunta:

—¿Sabe quién dirige la acusación?

—Supongo que François.

—En principio sí. Pero en realidad es Suzanne Terrier.

Hélène sufre un sobresalto:

—¡Suzanne! Ella no tiene ningún derecho. Esa mujer es una.. .

—Pero se ha metido a los Jurados en el bolsillo —insiste Darieu—, y le creen todo lo que les dice.

—¡Suzanne! —exclama Hélène con asco—. Y también declarará...

—Y va a contar todos los detalles íntimos.

Bruscamente, Hélène cambia de expresión:

—Hablará de Lucien... Hablará de mí.

Abre la puerta y llama:

—¡Jeanne! ¡Jeannel
Y torna junto a Darieu:
—No debo defender a Jean. Pero no quiero que esa mujer nos manche con su infamia.
Detestaba a Lucien.
Jeanne entra. Hélène va a su encuentro.
—Mi tapado, Salgo.
—¿Estás loca? —pregunta Jeanne—. En las calles siguen combatiendo.
—¡Mi tapado! —ordena Hélène—. ¡Pronto!

EL TRIBUNAL

Suzanne, de pie ante el Jurado, habla con vehemencia:
—Él me abandonó. La última vez que estuvimos juntos fue en el Palacio, hace siete años, cuando se hizo cargo del gobierno...

DECLARACIÓN DE SUZANNE (SIETE AÑOS ANTES)

EL PALACIO

En el gran salón de entrada del Palacio desocupado, hay un grupo de gente. Lo forman Suzanne, Lucien, François y Maguan. Observan a Jean que se mantiene algo apartado de ellos. Es la misma escena que relató el ayuda de cámara, pero esta vez vista por Suzanne.

Jean, con perfecto dominio de sí mismo, se aproxima a una puerta cerrada y con violento y amplio ademán abre sus dos hojas. Aparece una sucesión de salones abiertos en perspectiva. Jean hace una imperiosa seña a sus amigos para que se retiren, como si necesitase tomar por sí soto posesión de su nuevo dominio. Suzanne quiere seguirlo, pero Lucien la contiene.

Jean avanza por los salones con paso tranquilo y seguro. En el último de ellos, el despacho, está el ayuda de cámara, que espera provisto de un obsequioso gesto en su cara. Suzanne observa a Jean que se aleja con expresión tierna y desolada. Nuevamente pretende alcanzar a Jean, pero François y Lucien la contienen.

Jean entra en el despacho, cumplimentado por el ayuda de cámara que cierra la puerta detrás de él.

Suzanne contempla con aire desesperado esa puerta cerrada. Se oye su voz que dice rencorosamente:

—Cuando tuvo un sirviente, ya no me necesitó. Ya no quiso verme más...

EL PATIO DEL PALACIO

Suzanne intenta aproximarse a Jean, que sube a su gran automóvil blanco. Pero un mayordomo la detiene. El automóvil blanco arranca lentamente y pasa ante Suzanne, que grita: ¡Jean! ¡Jean!

Desde el automóvil Jean la mira, pero parece no darse cuenta de su presencia.

EL TRIBUNAL

Suzanne, con el rostro encendido de odio, acaba de finalizar una frase dirigida al Jurado. Mira a Jean un momento, y después le dice con la misma voz suplicante que tuvo en el patio del Palacio:

—¡Jean! ¡Jean! ¿Por qué me abandonaste? Así, sin una palabra, sin un gesto, ¡No lo he podido comprender! ¡Jean, debes tener piedad de mí! ¡Jean, te quiero! ¡Te quiero!

Y se vuelve nuevamente hacia los Jurados y dice con odio frío y tranquilo.

—Lo odio.

Luego continúa con desenvoltura:

—Pero no estoy aquí para contar mis amores. Si fuese nada más que eso, poco sería. Yo he vivido muchos años con él y sé de un crimen suyo. Un crimen que cometió solo y que nadie conoce. Conocí a Jean Aguerra en 19..., antes de la primera revolución...

DECLARACIÓN DE SUZANNE (DIEZ AÑOS ANTES)

UNA EXPLOTACIÓN PETROLÍFERA

Todo está abandonado: hay huelga.

La voz de Suzanne continúa oyéndose:

—...en la famosa huelga del petróleo, la primera. Hélène Borge, que pasaba por ser mi mejor amiga, estaba de enfermera en el dispensario de la fábrica. Todavía no se había casado con Lucien Drelitsch, que Aguerra asesinó más tarde. Una noche...

EL DEPARTAMENTO DE SUZANNE

Suzanne duerme en su lecho. Tocan el timbre de la puerta. Suzanne se despierta y escucha. De nuevo llaman. Suzanne salta fuera de la cama, enciende la luz, se echa un tapado sobre la camisa de noche, y calzándose las pantuflas va a la puerta.

—¿Quién es? —pregunta.

—Hélène.

Suzanne abre la puerta. Hélène aparece. Pero es totalmente distinta a la que se conoce. Muy arreglada, lleva un traje que ajusta su cuerpo provocativamente. Afecta maneras de mujer fatal. Es ésta una Hélène vista por Suzanne.

Detrás de Hélène, Suzanne divisa las siluetas de dos hombres. Suzanne insinúa un leve retroceso.

—No te asustes —la tranquiliza Hélène—. Son amigos.

Y empuja la puerta, sin tener en cuenta que casi da con ella a Suzanne. Habla en tono bastante insolente. Los dos hombres entran tras ella. Están sucios y cansados y sus ropas se hallan desgarradas. Lucien es el que entra primero, después Jean, con aire tétrico y hosco. Lucien saluda con una sonrisa amable.

— Tiene que disculparnos.

—¿Pero qué pasa? —interroga Suzanne examinando a Lucien y Jean con inquietud.

—¿Hay vecinos? —indaga Jean secamente, fijando una dura mirada en Suzanne.

—No. El departamento de al lado está vacío.

—Bueno.

Suzanne examina a Jean con curiosidad y de nuevo inquiere:

—¿Pero, al fin, qué pasa? ¿De dónde vienen ustedes?

Jean no contesta. Es Hélène la que toma la palabra, hablando con tono voluble y poco franco. Parece excitada pero no revela ninguna emoción:

—¡Ah, Suzanne! Es algo horrible. Han venido las tropas y tomaron por asalto la fábrica. Nos quieren arrestar.

—¿Tú estabas allí? —pregunta Suzanne.

Hélène tiene una sonrisita arrogante y vanidosa:

—¡Claro que yo estaba! Ellos también. ¡Ah!, me olvidaba: Lucien Drelitsch, Jean Aguerra.

—¡Cállate! —dice Jean con rudeza.

Y no deja de mirar a Suzanne, que sostiene su mirada.

—Es mi mejor amiga —explica Hélène.

Jean se encoge de hombros:

—No tiene necesidad de saber quiénes somos.

—Entonces —dice Suzanne—, no hay necesidad de que se queden en mi casa.

—Está bien —replica Jean.

Y da una media vuelta para irse. Lucien lo detiene por el brazo, sonriendo.

—Entiende, Jean. Hay que tener confianza en la señorita. Hélène responde por ella y después ya veras que no nos traicionará.

—Todo es lo mismo. Total, no podemos elegir.

Suzanne, herida, hace una mueca. Lucien se aproxima a ella:

—Estábamos en la fábrica. Nos escapamos por las alcantarillas, pero la policía nos busca. ¿Puedes escondernos?

—¿Por cuánto tiempo?

Lucien se encoge de hombros, significando que no lo sabe. Suzanne mira a los dos hombres indecisa.

—¿A los dos?

Hélène se pone entre los dos hombres, se toma del brazo de ambos con provocativa familiaridad, y, sonriéndoles a la cara, dice:

—A los tres.

—La amiga que vive conmigo vuelve pasado mañana —informa Suzanne.

Jean se desprende de Hélène y da un paso hacia la puerta,

—Bueno, nos echa. Vámonos.

Suzanne hace un gesto de fastidio.

—Un momento. ¿Por qué dice que los echo?

—En todo caso no muestra mucho entusiasmo —replica Jean.

Después agrega para Lucien:

—Ya hay demasiadas mujeres en este asunto.

Tocan el timbre de la puerta. Sobresaltados se miran con inquietud. Suzanne, que no ha perdido la calma, toma en seguida un aire resuelto. Poniéndose el índice sobre los labios, les hace seña de seguirla. Abre una puerta que da a una amplia pieza que sirve de cuarto de desahogo. Allí se amontonan muebles y pilas de ropa blanca. Una gran sábana está tendida sobre dos sillas. De nuevo tocan el timbre y golpean la puerta. Suzanne señala un rincón de la pieza.

—Escóndanse allí y tápanse con la sábana. Pronto.

Después cierra la puerta del cuarto de desahogo y va al vestíbulo.

—¿Quién es?

—La policía. Abra.

Suzanne abre la puerta. Se ha compuesto un aire somnoliento y mira a los dos empleados policiales con ojos de miope.

—¿Qué quieren?

—¿En esta casa han entrado unos huelguistas!

—¿Huelguistas? ¡Qué horror!

—Entren. Revisen. —Y franquea el paso—. No estaré tranquila hasta que no hayan revisado todo.

Los dos policías la siguen al dormitorio y observan en derredor. Suzanne les abre la puerta del cuarto de desahogo. Jean, Lucien y Hélène, disimulados entre los muebles y cubiertos por las sábanas, son invisibles.

—Éste es el cuarto de desahogo —explica Suzanne—. Pero tendrían que haber pasado por el dormitorio.

Cierra la puerta y vuelve hacia los hombres de la, policía, que se preparan a partir.

—¿No van a revisar más? ¿No van a ver debajo de la cama?

—No diga tonterías —masculla uno de los hombres encogiéndose de hombros.

Y se van con un leve saludo. Suzanne cierra con llave detrás de ellos y entra en el cuarto de desahogo. Hélène, Jean y Lucien apartan la sábana y la miran. Suzanne observa a Jean sonriente:

—Y ahora, ¿qué dice? ¿Sigue pensando que hay demasiadas mujeres en este asunto?

EL TRIBUNAL

Suzanne, de pie ante los Jurados, continúa hablando:

—No podía tenerlos en mi casa y los llevé a la granja de un tío, en un sitio apartado. Nadie

pensaría en buscarlos allí. Al principio todo fue bien. Lucien escribía su primera novela. Hélène hacía la coqueta. Jean se aburría de la mañana a la noche. Mientras yo me ocupaba de los quehaceres de la casa...

DECLARACIÓN DE SUZANNE
(DIEZ AÑOS ANTES)

*LA HABITACIÓN PRINCIPAL EN LA
GRANJA DEL TÍO DE SUZANNE*

Lucien escribe en el extremo de una gran mesa. Suzanne agrega un leño al fuego y echa una mirada al contenido de la gran marmita pendiente del gancho. Frente a un espejo Hélène se retoca el arreglo de la cara.

De pie ante una ventana, Jean mira hacia afuera. Bosteza largamente. Suzanne pasa cerca de él llevando los platos, los cuchillos y los tenedores para poner la mesa. Al pasar, dice a Jean:

—No tiene cara de que le guste el campo.

Jean la mira hoscamente y contesta con un gruñido. Suzanne comienza a poner la mesa. Lucien guarda sus papeles y cierra su estilográfica. Hélène se aproxima a la mesa.

—¡Pobre Lucien! Esta Suzanne es una despiadada. Ni siquiera tu trabajo respeta.

Y agrega dirigiéndose a Suzanne;

—¿No te das cuenta que es un gran escritor y que le haces perder el hilo de sus ideas?

Suzanne replica secamente:

—Lo siento, pero aunque sea un gran escritor, necesita comer.

Lucien se ha levantado rápidamente. Parece confundido con las palabras de Hélène y sonrío amablemente a Suzanne:

—Discúlpeme, Suzanne. Yo debía ayudarla.

—De ninguna manera —le dice Suzanne—. Le haría perder el hilo de sus ideas.

Lucien toma una pila de platos y ayuda a Suzanne a poner la mesa.

—Estaba escribiendo unas notas sin importancia.

Hélène se vuelve a Lucien con coquetería:

—¿Sin importancia? Y yo, con el deseo que tenía de hablar contigo, pero no me atreví a molestarte.

Lucien, en cuclillas ante el aparador, saca unos vasos y una botella de vino. Y sonriendo tiernamente a Hélène, le dice:

—Bueno, háblame ahora.

—¿Podremos regresar pronto?

Lucien pone los vasos y la botella sobre la mesa.

—No lo sé. Eso tienes que preguntárselo a nuestro hombre de acción. Él lo decidirá.

Lucien comienza a colocar los tenedores y cuchillos al costado de los platos. Hélène contempla a Jean, que continúa ante la ventana, y luego pregunta a Lucien:

—¿Por qué siempre lo llamas nuestro hombre de acción? ¿No lo eres tu también, acaso?

—Yo no.

—¿Por qué?

Lucien, al volverse para contestar, deja caer un cuchillo. Y al agacharse para recogerlo, deja caer tres tenedores. Hélène no puede menos de reír. Lucien ríe también y dice mostrando los tenedores recogidos:

— Ves por qué no podré ser nunca un hombre de acción. Y después. ..

—¿Y después qué? —indaga Hélène.

—¿No conoces el proverbio: "Para hacer una tortilla hay que romper los huevos"? Bueno, a mí no me gusta romper los huevos, ni para hacer una tortilla.

Lucien continúa poniendo la mesa con Suzanne. Hélène los observa. Después se acerca a Jean. Suzanne la sigue con mirar duro.

Ya al lado de Jean, Hélène le pasa muy suavemente la mano por la nuca. Él se estremece y

volviéndose, la mira con una expresión tal de deseo, que ella se impresiona y trata de bromear, pero no consigue ocultar su turbación.

—¿Parece que usted sabe hacer tortillas?

Jean tiene un aire ausente y sus ojos están fijos en los labios de Hélène.

—¿Tortillas?

—Estoy diciendo tonterías. ¿Cuándo nos vamos?

—No lo sé —dice Jean.

Después agrega entre dientes:

—No tengo ningún deseo de irme.

Hélène, de más en más turbada, ensaya bromear nuevamente:

—¿Por qué me mira así? ¿No ve que me da miedo?

—Usted sabe muy bien por qué la miro así.

Suzanne los observa con expresión sombría, terminando de poner la mesa.

EL TRIBUNAL

Jean, sentado en la silla, se mantiene siempre dando la espalda al Jurado. Sin embargo, escucha con interés la declaración de Suzanne, cuya voz se oye detrás de él.

—La perseguía. Sin decirle nada, la miraba. Ella le tenía miedo. Al principio coqueteó con él, pero después sintió miedo.

DECLARACIÓN DE SUZANNE (DIEZ AÑOS ANTES)

LA HABITACIÓN PRINCIPAL EN LA GRANJA DEL TÍO DE SUZANNE

Suzanne se ocupa en los quehaceres de la casa. Hélène está sentada ante la mesa con un libro abierto. Jean la mira fijamente. Hélène, inquieta, concluye por levantar la cabeza.

—¡Hábleme! Dígame algo.

—Nada tengo que decir. Yo no sé hablar como Lucien.

—Usted sabe que no es así. Cuando quiere, habla muy bien.

Suzanne, con un balde en la mano, titubea un instante en el umbral de la puerta. Luego va a la cocina, llena el balde y vuelve.

En ese momento Hélène está en los brazos de Jean que la besa. No se puede decir si ella lo consiente o no, pero se desprende bruscamente y mira a Jean con aire extraño. Jean, girando sobre sus talones, se va súbitamente. Hélène da unos pasos, se sienta ante la mesa y se pone a sollozar con la cabeza entre los brazos:

—¡No puedo más! ¡No puedo más! Quiero volver a mi casa.

Suzanne se le acerca y le acaricia la cabeza con mecánicos gestos. Su expresión sigue siendo dura.

*—Coqueteas con los dos. Es necesario que te decidas. *

De pronto Hélène se pone de pie:

—Ya está decidido. Lucien se quiere casar conmigo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Casarme con él.

Un rapidísimo gesto de triunfo se insinúa en el rostro de Suzanne.

—¿Y por qué? ¿Porque es más buen mozo?

Hélène hace un ligero signo de cinismo asentimiento. Suzanne prosigue:

—Y Lucien tiene sus dos brazos... y será un gran escritor... ¡Claro, todas las ventajas!

Suzanne adopta un aire de indiferencia para conseguir que Hélène, que contesta sus preguntas con velado cinismo, se muestre en toda su baja. La treta parece surtir efecto. Hélène enjuga sus lágrimas y sonrío con aire frío y calculador.

Se oye la voz de Suzanne hablando al Jurado:

Hélène y Lucien se casaron en el pueblo. La noche del casamiento...

En la misma habitación de la granja, están reunidos Suzanne, Hélène, Jean y Lucien. Es de noche. Los cuatro se encuentran sentados ante la chimenea, donde hay un gran fuego. El ambiente es tenso. Suzanne observa a los otros con dureza. De pronto rompe el silencio:

—¿No se acuestan?

Los otros apenas salen de su abstracción y responden con desgana: "Sí. .. Sí. .. Sí...". Pero ninguno se mueve. Nuevamente cae entre ellos el silencio y la inmovilidad. Lucien fija su vista en la punta de sus zapatos. Jean tamboritea en el brazo del sillón y sus ojos muy abiertos contemplan la llama con mirada ausente. El reloj da la medianoche. Todos se estremecen y comprueban la hora. Hélène decide:

—Es medianoche. Debes acostarte, Suzanne; tú te levantas muy temprano.

Suzanne está resuelta a quedarse:

—No, yo no puedo todavía. Tengo que lavar antes los platos.

Entonces Lucien se pone de pie a disgusto:

—No se la puede tener despierta hasta tan tarde.

Hélène se levanta a su vez y se coloca al lado de Lucien, Ambos tienen fija la mirada en la cabeza de Jean, que no se ha movido y sigue tamborileando sobre el brazo del sillón. Hélène y Lucien dan las buenas noches a Suzanne, y luego Hélène, un poco cohibida, dice:

—Hasta mañana, Jean.

—Hasta mañana —le contesta con la cabeza gacha.

—Hasta mañana, Jean —dice Lucien.

Jean levanta los ojos hasta él y le sonrío afectuosamente. Y toma el vaso puesto sobre una mesita y lo aprieta con fuerza. Lucien y Hélène, contrariados, suben la escalera, desaparecen, se oyen por un momento más sus pasos arriba y después se hace el silencio. Entonces Jean tiende su mano válida a Suzanne y le dice:

—Lave esto,

—¿Qué?

—Esto.

Jean abre la mano: está ensangrentada. Apretó el vaso hasta romperlo. Suzanne da un grito.

—No es como para asustarse —dice Jean—. Láveme.

—Yo nunca me asusto —replica Suzanne.

Y va a la cocina, llena una vasija con agua y torna adonde está Jean con la vasija, un trapo limpio y un gran pañuelo. Jean mira al techo, sin tomar para nada en cuenta lo que hace Suzanne. Al terminar, ella le suelta la mano vendada.

—Ya está. Hasta mañana, Jean —le dice.

—Hasta mañana.

—Creo que podría darme las gracias.

—Gracias.

Suzanne sube a su dormitorio. Allí se contempla sonriente al espejo. Detrás de ella la puerta se abre lentamente. Es Jean. Suzanne lo mira y su cara le causa miedo. Retrocede un paso, después lo enfrenta. Él se le acerca poco a poco. Se le acerca más, se detiene y la contempla.

—Hay luna —dice entre dientes—. Hermoso tiempo para una noche de bodas, ¿no?

—Sí, hermoso tiempo.

Bruscamente Jean toma a Suzanne entre sus brazos y la besa en la boca. Mientras él la besa, se oye la voz del defensor que pregunta irónicamente:

—¿Y usted se lo permitió sabiendo que quería a otra?

—No, él no la quería, solamente la deseaba.

—¿Y usted? —pregunta la voz del defensor—. ¿Usted lo quería?

—Yo... Yo...

Jean se desprende de Suzanne, que levanta hacia él una cara iluminada de placer.

Después se ve a Suzanne en el patio del Palacio, mirando a Jean partir en su gran automóvil blanco y llamándole desesperadamente.

La voz de Suzanne dice secamente:

—No, yo no lo quería.

EL TRIBUNAL

Suzanne habla al Jurado:

—Pero le di mi vida. Era su sirvienta. Sin embargo, nada le satisfacía. Me guardaba rencor, no sé por qué. En esa época se decretó la amnistía general y todos regresamos a la ciudad. Allí crearon una organización revolucionaria. Se reunían en mi casa. Jean quiso dirigir la Junta, pero tenía un serio rival en Benga, en el pequeño Benga. No hay quien no recuerde a Benga.

DECLARACIÓN DE SUZANNE

(NUEVE AÑOS ANTES)

EL DEPARTAMENTO DE SUZANNE

Jean se encuentra sentado en un sillón. Tiene expresión preocupada y parece no ver a Suzanne sentada a su frente. Él le pide:

—Mi pipa,

Suzanne le alcanza una pipa llena de tabaco, que él se pone en la boca, mientras ella le tiende un fósforo prendido. Ya encendida la pipa, Jean dice:

—La Junta se reunirá aquí dentro de un rato. Nos servirás cerveza.

—¿Cuántos serán?

—Ocho. Como siempre.

Llaman a la puerta. Jean se levanta.

—Ahí están. Déjanos. Traerás la cerveza cuando te la pida.

Suzanne entra en el cuarto de desahogo. Saca unas botellas de cerveza de una canasta y las pone sobre una bandeja. Inmóvil ante la mesa, tiene un momento de desánimo y llora a sollozos. Pero por un corto tiempo. Después se domina y adquiere su rostro una expresión dura y firme. Se sienta y espera.

De la pieza vecina le llegan, de pronto, frases dichas en tono violento. Suzanne se sobresalta, vacila un instante, y luego va hacia la puerta y atisba por el ojo de la cerradura.

Ve a los miembros de la Junta, entre los cuales están Hélène y Lucien. Jean y Benga, puestos de pie, discuten acaloradamente. Jean termina por asir a Benga de las solapas y lo sacude con furia. Suzanne abre la puerta y entra precipitadamente.

—¡Jean!

Jean deja a Benga y se vuelve a Suzanne:

—¿Quién te ha permitido entrar?

Todos los miembros de la Junta observan a Suzanne, que se siente terriblemente contrariada.

—Sírvenos la cerveza —ordena Jean.

Suzanne sale, toma las botellas de cerveza y retorna. Al colocar las botellas sobre la mesa, su mirada se encuentra con la de Hélène, que le sonrío. Se oye la voz de Suzanne decir con amargura:

—Hélène era de la Junta. Yo no.

Suzanne devuelve fríamente la sonrisa a Hélène y vuelve al cuarto de desahogo. Al cerrarse la puerta, Jean dice con tono incisivo:

—Su opinión o la mía. Elijan.

ALGUNAS HORAS MAS TARDE

En el mismo cuarto donde se realizó la reunión de la Junta: botellas vacías, vasos con sobras de bebida, ceniceros repletos. Jean, furioso, golpea sobre la mesa,

—¡Él o yo! ¡Esto no puede durar más!

Suzanne, que teje en un sillón, guarda una expresión impasible. Jean repite con furia:

—¡Él o yo! ¡Lo conseguiré!
Suzanne continúa tejiendo. Se oye su voz que dice secamente:
—Y lo consiguió. Una noche...

ALGUNAS SEMANAS MAS TARDE

Siempre en la misma habitación. Suzanne sentada teje. Llaman a la puerta. Suzanne abre. Es Hélène, que entra como por su casa.

—¿Dónde está Jean? —pregunta—. Quiero ver a Jean.

—¿Alguna vez te he impedido que lo veas? —replica Suzanne—. Está en el cuarto de desahogo trabajando.

Hélène, muy arreglada y muy intranquila, muy provocativa y muy vulgar, se dirige directamente al cuarto donde Jean trabaja. Abre la puerta sin llamar. Jean, que se encuentra sentado ante una mesa rodeado de papeles, se levanta sonriendo. Hélène se llega a él. Suzanne, de pie en el umbral de la puerta, insinúa claramente su decisión de quedarse. Hélène tose para aclarar la voz y después le advierte insolentemente:

—Discúlpame, Suzanne, pero tengo que hablar a solas con Jean.

—¿Debes decirle algo que yo no pueda oír?

—Soy de la Junta, Suzanne.

—¡Qué buena espalda tiene la Junta!

Y Suzanne sale cerrando con fuerza la puerta. Ya en el otro cuarto, se pasea de un lado a otro, haciendo el mayor ruido posible. Después, con suma cautela, se acerca a la puerta cerrada y atisba por el ojo de la cerradura. Luego escucha pegando la oreja a la puerta. Oye decir a Hélène:

—Estás muy comprometido, Jean, No puedes volverte atrás.

—¡Yo he vencido, Hélène! —responde Jean—. He vencido. Ahora debes irte y que no sepa nada Lucien.

Suzanne torna a su sillón y se pone a tejer con aire inocente. La puerta del cuarto de desahogo se abre y aparece Hélène con los ojos enrojecidos por el llanto.

Y sale del departamento de prisa, diciendo al pasar: "Hasta luego, Suzanne".

Suzanne no contesta. Observa a Jean que entra en la habitación con paso lento y le pregunta:

—¿Qué quería?

—Nada.

—Creo que tengo derecho a saber a qué viene esa mujer a las diez de la noche a mi casa y que, des pues de estar encerrada media hora contigo, sale con una cara que da miedo.

—No quería nada —replica Jean.

Y va al ropero, lo abre y busca en un cajón. Suzanne se levanta sumamente inquieta:

—¿Qué estás buscando?

Jean sin contestar guarda algo en su bolsillo. Suzanne, luego de inspeccionar el cajón, indaga:

—¿Por qué has cogido el revólver?

—Eso no te interesa.

Suzanne mira a Jean con ojos enloquecidos por la sospecha:

—¿Es por Lucien?

Jean se sobresalta.

—¿Por Lucien? ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué por Lucien?

Y se dirige a la puerta, pero Suzanne corre y se le pone delante cerrándole el paso.

—No te dejaré salir hasta que me digas para qué llevas el revólver.

—¡Quítate de ahí! —dice Jean apartándola—. Es por Benga.

—¿Por Benga?

—Sí, es un delator. Se lo he probado a la Junta. Suzanne mira a Jean con una especie de asqueado cansancio.

—¡Ah!..., ¡tú lo has probado!... ¿Y qué harás?

—Es necesario que lo pague.

Jean sonríe con una maldad casi sádica y agrega abriendo la puerta:

—Lo agarré, ¿eh?

Y sale. Pero cuando comienza a descender la escalera, Suzanne le inquiera:

—Hélène, ¿qué tiene que hacer en este asunto?

—No te ocupes tanto de Hélène —replica Jean sin volverse.

Suzanne cierra lentamente la puerta.

EL TRIBUNAL

Suzanne, de frente al Jurado, continúa su deposición.

—Esa noche mató a Benga con sus propias manos. Y quince días más tarde todo el mundo supo que Benga era inocente, cuando ya nada se podía remediar. Mató a Benga porque le molestaba. Y después mató a Lucien Drelitsch porque envidiaba su popularidad y deseaba a su mujer.

—¡Mientes! —grita una voz de mujer desde el público.

Suzanne se vuelve y todos los asistentes con ella. Hélène está al fondo del salón, de pie, junto a Darieu. En el momento en que todas las miradas se fijan en ella, Hélène dice con naturalidad:

—Soy Hélène Drelitsch, la viuda de Lucien Drelitsch, muerto en deportación por orden de Jean Aguerra.

Hélène se acerca al estrado del tribunal. Jean se ha levantado y la mira. Ella también lo mira y se detiene alterada. En ese momento todos los asistentes desaparecen. François, Darieu, los jurados, los guardias, el defensor, el público, todos. No quedan en el salón desierto más que ese hombre y esa mujer que se miran. Después Hélène desvía su mirada de la de Jean y reanuda su camino. Entonces, instantáneamente, el salón vuelve a estar repleto de concurrencia y lleno de un rumor de simpatías. Es visible que Hélène tiene parte en la popularidad de Lucien Drelitsch.

François se adelanta hacia Hélène apresuradamente y le toma las manos mientras dice una sola palabra:

—Gracias.

Ella le hace un gesto con la cabeza, pero sus ojos están fijos en Suzanne, a la que dice:

—Mientes, Suzanne. ¡Y sabes bien que mientes! No fue por celos por lo que dejé morir a Lucien.

—Entonces, ¿por qué?

—Ya se lo explicaré al Jurado.

—¿Has venido para defender al asesino de tu marido?

—He venido porque me lo pidieron y a decir toda la verdad —replica Hélène—. Hace un momento escuché lo que decías. Deformabas todo. Un hecho de menor importancia: la noche del asunto de Benga, no fui a tu casa a las diez, sino a las ocho.

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE

(NUEVE AÑOS ANTES)

EL DEPARTAMENTO DE SUZANNE

Hélène frente a la puerta del departamento. No es la misma Hélène que describió Suzanne. Es muy joven, apenas arreglada y muy modestamente vestida. Tiene un aspecto de ansiedad y tristeza, y si se le nota una especie de seguridad, nada hay en ella del desplante insolente que le atribuyó Suzanne. Hasta el tono de su voz es distinto,

Llama a la puerta de Suzanne, a través de la cual viene el rumor de una radio. Mientras Hélène espera que le abran, se oye su voz que dice:

—No tejías, estabas escuchando la radio...

La puerta se abre y Suzanne aparece. Tiene el mismo arreglo de la cara y el mismo vestido provocativo, con que presentó a Hélène en su declaración.

—Suzanne —le dice Héléne—, sucede algo espantoso. Es necesario que hable con Jean.
Suzanne la observa con malevolencia.

—Lo siento, Héléne. Pero está con gente.

La puerta del cuarto de desahogo se abre y aparece Jean.

—¿Por qué le has dicho eso, Suzanne? Sabías que estaba solo.

Los tres quedan en situación violenta. Se oye la voz de Suzanne ante el tribunal:

—¿Y por qué no? Ya estaba cansada de que anduvieses siempre detrás de mi amante...

Al mismo tiempo que se oye la voz de Suzanne, los tres personajes que no se han movido, sufren una metamorfosis. Héléne se transforma en provocativa y Suzanne en modesta. La voz de Suzanne continúan

—Es cierto que te mentí. Es cierto que no quería que vieses a Jean. ¿Por qué no iba a defenderme?

Héléne, siempre con aspecto provocativo, empuja con indiferencia a Suzanne y se acerca a Jean. Los dos se encierran en el cuarto de desahogo. Suzanne se aproxima a la puerta sin ruido. Se oye su voz que dice con rencor:

—¡La Junta tenía una buena espalda! ¿Crees que no sabía lo que pasaba detrás de la puerta?

Suzanne se agacha. Por el ojo de la cerradura ve a Héléne besarse con Jean.

La voz de Héléne dice con tristeza:

—Eres de lo último, Suzanne.

EL TRIBUNAL

Héléne está de pie ante el Jurado y frente a frente con Suzanne, a quien mira más con tristeza que con desprecio. Una tristeza profunda que demacra su semblante. Después se dirige al Jurado:

—Fui para pedirle la dirección de Benga. La Junta le había condenado a muerte y Lucien era el designado para ejecutarlo. A último momento, Lucien me contestó que no mataría a Benga. Yo decidí hacerlo en su lugar y al final fue Jean quien lo hizo.

—¿Por qué se negó Lucien? —inquire François.

—Sería necesario comenzar por el principio.

—Me parece muy bien —aprueba François.

Y volviéndose a Suzanne:

—¿Ya has dicho todo lo que tenías que decir?

—¡Sí, por ahora! —contesta Suzanne.

Y en seguida con un ademán señala a Héléne al Jurado:

—Ésta ha sido su secretaria cuando Aguerra estuvo en el gobierno y me imagino que se acostaban juntos. Por lo tanto debe ser acusada junto con él.

Por primera vez Jean interviene. Desde que vio a Héléne se ha mantenido de pie, sin quitarle los ojos de encima.

—Héléne se apartó de mi lado hace diez años, el mismo día del arresto de Lucien Drelitsch —dice Jean—. Ella fue mi secretaria, no mi amante. Y de ninguna manera es responsable de la política de que se me acusa.

Jean torna a sentarse. Héléne no lo ha mirado mientras habló. François se dirige a la vez a Suzanne y a Jean:

—Eso todos lo sabemos. Héléne Drelitsch está aquí en calidad de testigo y no de acusada.

Después, a Héléne:

—La escuchamos.

Héléne se coloca frente al Jurado y comienza su declaración:

—Todo empezó durante la huelga del petróleo. Yo era la enfermera del dispensario de la fábrica. Muy poco me interesaba la política, pero pertenecía al sindicato. Aún no conocía a Jean, que era uno de los dirigentes, aunque tenía amistad con Lucien Drelitsch, su mejor amigo, casi su hermano.

*DECLARACIÓN DE HÉLÈNE
(DIEZ AÑOS ANTES)*

LA EXPLOTACIÓN PETROLÍFERA

Hay huelga. Nadie trabaja. En las calles de la ciudad obrera, los obreros circulan o se juntan en pequeños grupos.

Se oye la voz de Hélène:

—Schoelcher pagaba sueldos de miseria. La gran huelga comenzó en mayo de 19... y hacía un mes que duraba.

UN CAMINO EN EL CAMPO

Es de noche. Lucien y Hélène caminan uno junto al otro. Un hombre, en una bicicleta sin luces, los pasa.

—¿Queda lejos todavía? —pregunta Hélène.

—Unos cinco minutos más —contesta Lucien.

—Pero, ¿dónde es, al fin?

—En una cantera abandonada.

Hélène se encoge de hombros un poco fastidiada:

—¿Por qué andamos haciendo los conspiradores?

—Pero, Hélène... El sindicato no está reconocido. Sabes muy bien que no podemos hacer una reunión pública en la ciudad.

—Estoy cansada —dice Hélène.

Se detiene un momento.

—Ya falta poco —la anima Lucien—. Después te divertirás cuando lo veas.

—¿A quién?

—A Jean Aguerra.

—No es por tu Jean Aguerra por quien me he molestado. Voy a una reunión del Partido y no a un circo.

—Estás predispuesta contra él. Posiblemente yo tengo la culpa. Pero cambiarás de opinión en cuanto lo conozcas: es tan fuerte, tan inteligente. Es él el que ha organizado el sindicato, el que ha hecho todo.

Hélène tiene una sonrisa nerviosa.

—¿Qué te pasa?

—¡Qué Lucien! Estás a solas con una muchacha en medio de un camino solitario y aprovechas el momento para hablar de Jean Aguerra.

—Pero...

Lucien se detiene y mira a Hélène perplejo. Un carretón tirado por un caballo pasa al lado de ellos. El conductor detiene el vehículo, e, inclinándose, los alumbra con una linterna. Es Jean, que exclama alegremente:

—¡Lucien! Sube.

—¡Jean! —responde Lucien.

Y aproximándose al carretón, explica:

—Estoy acompañado.

—Bueno, suban los dos.

Hélène y Lucien se acomodan en el vehículo. Lucien, que se sienta entre Hélène y Jean, hace las presentaciones;

—Jean Aguerra, Hélène Dargel.

—Buenas noches, señorita.

Hélène contesta con un seco y rápido:

—Buenas noches.

Jean da una amistosa palmada en la espalda de Lucien:

—¿Andas bien, hermanito?

—Sí, bien —contesta Lucien, que, echando una mirada a Héléne, agrega: —Muy bien. ¿Y tú?

—Mal. ¿Sabes para qué es la reunión?

—No.

—Schoelcher ha conseguido autorización para traer cinco mil alemanes el lunes. Son rompehuelgas. Trabajarán en nuestros puestos.

—¡Mi Dios! ¿Y ahora?

—Ése es el problema. Debemos decidir qué hacemos.

Mientras Lucien y Jean hablan, Héléne, fastidiada porque no la tienen en cuenta; simula también ignorarlos y mira en derredor. El carretón llega ante una cantera abandonada donde ya están reunidos algunos centenares de hombres.

EL TRIBUNAL

Héléne habla sin mirar a Jean. Pero él la mira: ha vuelto la silla hacia ella y no le quita los ojos. Héléne siente su mirada. Esto se nota por la manera obstinada en que fija la vista en el Jurado y en la forma un poco aflictiva con que habla.

—Lucien me irritaba —dice ella—. No había para él más que Jean. Y Jean me irritaba también: lo veía muy pagado de sí mismo. Fue entonces cuando cometí un disparate...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (DIEZ AÑOS ANTES)

UNA CANTERA ABANDONADA

Es una especie de gruta inmensa. En las paredes hay puestas linternas. Una silenciosa muchedumbre de obreros se agrupa frente a una plataforma natural, donde están Jean, Benga y cuatro obreros más.

En la primera fila de espectadores se encuentran Héléne y Lucien. Jean habla y Lucien no tiene ojos más que para él, lo que visiblemente irrita a Héléne.

—Cinco mil alemanes —dice Jean— llegarán el lunes y se quedarán hasta que la Compañía los necesite. Entre tanto nosotros podemos reventar. Camaradas, me opuse a la táctica del sabotaje y la huelga. Sostengo que por el momento es una mala táctica, que sólo sirve para hacernos malgastar fuerzas. Pero se siguió la opinión contraria, la de Benga, y se votó la huelga. Ahora se ve el peligro que representa. Pido que se vote la vuelta al trabajo.

Benga, que mira: a Jean furiosamente, toma a su vez la palabra:

—Camaradas, no podemos ceder después de un mes de lucha y de sacrificios. No tenemos que asustarnos por la llegada de esos cinco mil extranjeros...

—Muy bien —grita Jean interrumpiéndole—. Pero, ¿qué haremos? Les repito: una vez que ellos comiencen a trabajar en nuestros puestos no se irán más. ¿Qué plan tienes, Benga?

—Resistir.

—Resistir, ¿y cómo?

Benga no contesta. El auditorio queda silencioso. Lucien se inclina hacia Héléne y le secretea:

—¿No te agrada Jean?

—Nada. Tiene aspecto de hombre inculto y sus proposiciones son las de un cobarde.

Jean se dirige a Benga, y, con el índice tendido, repite:

—Resistir, ¿cómo?

—¡Cobarde! ¡Cobarde! —murmura Héléne entre dientes.

Lucien le reprocha con vehemencia;

—¡Cállate! ¿Estás loca? Es fácil criticar cuando no se tiene ninguna responsabilidad.

Jean, sin quitar los ojos de Benga, pregunta por tercera vez:

—¿Cómo piensas resistir?

—Tenemos dinero suficiente para mantenernos un mes —replica Benga.

—¿Y después? —insiste Jean—, ¿Y cuando pase el mes? Camaradas, aconseja la huelga, pero no explica el medio de sostenerla.

Un silencio. De pronto Héléne propone con voz un poco insegura;

—¿Y por qué no ocupar la fábrica?

Jean se vuelve bruscamente hacia ella;

—¿Qué?

—Pregunto —continúa Héléne con tono más firme—: ¿por qué no ocupamos la fábrica?

Lucien trata de hacerla callar:

—Pero, Héléne..., ¿te has vuelto loca?

Sobre la plataforma, Jean se encoge de hombros:

—Es una proposición que no merece discutirla. Si ocupamos la fábrica se nos acusará de violar el derecho de propiedad. Eso servirá de pretexto para utilizar las tropas.

Héléne, ahora encolerizada, habla con firmeza:

—¡Siempre retroceder, siempre ceder! ¿Entonces no nos queda más que agachar la cabeza?

Héléne, vuelta a la concurrencia, continúa:

—¿Eso quieren, camaradas? ¿Renunciar al primer obstáculo?

Jean, que se ha situado en el borde de la plataforma, se inclina hacia Héléne y dice a sus espaldas:

—¡Vamos, chica, cálese!

Pero Benga, estimulado por la intervención de Héléne, que no ha dejado de producir buena impresión entre los obreros, toma de nuevo la palabra;

—Ella tiene razón, camaradas. Si volvemos a la fábrica derrotados nunca más podremos hacer otra huelga. Ya que se nos impone probar nuestras fuerzas, aceptemos el desafío. No se animarán a echarnos enci ma las trapas. Todo el país está con nosotros y nos apoyará. ¿Vamos a portarnos como niños bien educados? ¿Es necesario que una mujer nos dé el ejemplo? Pido que se vote su proposición. ¿Quiénes están por la ocupación de la fábrica?

—Es una locura y un crimen —dice Jean.

Pero Benga grita:

—¡A votar!

Los obreros vacilan un instante. Pero comienzan a levantarse algunas manos y por último lo hace la mayoría.

—¿Quiénes están en contra? —vuelve a preguntar Benga.

Unas pocas manos se levantan, entre ellas las de Lucien y Jean.

—Se ha decidido —dice Benga—. Mañana estarán todos en sus puestos en la fábrica. La ocupación la organizaremos una vez allí.

Sobre la plataforma Jean hace un gesto desolado. Salta al suelo, en tanto la muchedumbre comienza a dispersarse. Se acerca a Lucien y a Héléne. Ésta le mira con una leve sonrisa de triunfo:

—¿Qué le parece? No está del todo mal para una pobre chica.

—Usted no tiene perdón —dice Jean.

Y después de mirarla con dureza, se mezcla a la multitud. Juntos, Héléne y Lucien siguen con los obreros que se retiran. Ella, aunque satisfecha en su orgullo, se encuentra molesta.

—¡Cómo de costumbre, te pusiste de parte de Aguerra!

Lucien, afligido, le explica con ternura:

—No fue por Aguerra. Ya verás lo que sucede cuando lleguen los alemanes.

—¿Qué sucederá?

—Se empleará la violencia. Y yo nunca estaré con la violencia.

EL TRIBUNAL

Héléne habla con entonación triste y altiva: —Bien saben cómo él mantuvo su palabra. En toda su vida jamás participó en ningún acto de violencia.

—Lo sabemos —afirma François—. Siempre repetía: "Ningún triunfo compensa la pérdida de una sola vida humana".

—Y por eso murió —continúa Héléne—. Murió porque quiso conservar hasta el fin sus

manos limpias. Si tomó parte en la ocupación de la fábrica fue porque no quiso huir del peligro y porque deseaba estar con Jean y conmigo. Tenía pasión por Jean.

Al decir estas últimas palabras, por primera vez Hélène se vuelve hacia Jean. Pronunciadas sin ningún rencor, expresan una ternura incontenible. Jean está profundamente conmovido. Aprieta los dientes y sus ojos se llenan de lágrimas.

Hélène da nuevamente frente al Jurado y prosigue:

—Los dos primeros días todo fue bien. Pero el tercero ...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (DIEZ AÑOS ANTES)

LA EXPLOTACIÓN PETROLERA

La fábrica ha sido ocupada. Sus portones están clausurados. Los huelguistas montan guardia. En un extremo de la fábrica el largo edificio de la enfermería. En la puerta están Lucien y Hélène. Ésta se muestra alegre:

—Es maravilloso, Lucien. ¡Qué disciplina!

—Es Jean el que los ha organizado.

—Por supuesto que tu Jean seguirá furioso conmigo, ¿no?

—Nada me ha dicho.

—¡Ah! —comenta Hélène un poco despechada.

De pronto un grito les hace prestar atención.

—¡Los soldados!

Es un joven obrero de guardia sobre el techo de uno de los edificios, que da la alarma con la mano tendida hacia la entrada de la fábrica:

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Diversos movimientos y rumores. Algunos obreros salen de los edificios. Otros corren en dirección a los portones. Se oyen voces:

—¡Los soldados!

—¡Mandan tas tropas contra nosotros!

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Unos hombres, que suben a los techos, gritan con amplios ademanes:

—¡Los soldados! ¡Vienen por dos lados!

En la agitación se insinúa el pánico. Jean y Benga salen de uno de los edificios y en seguida son rodeados por un grupo de obreros que aumenta de minuto a minuto.

En medio del grupo se escucha la voz de Jean que recomienda:

—¡Vamos por partes! ¡Silencio y calma!

Hélène, que está en el grupo, se cuelga nerviosamente al brazo de Lucien.

—Yo soy... Yo tengo...

—Tranquilízate —le pide Lucien.

Se produce un silencio en el cual se alza la voz de Jean:

—Hemos perdido y no es éste el momento para averiguar de quién es la culpa. Ahora hay que buscar la mejor manera de salir de esto. No se puede pensar en resistir. Estamos desarmados y nos haríamos matar inútilmente. Pero si nos quedamos aquí esperando, iremos todos a parar a la cárcel. ¡A formar filas! ¡Pronto!

Hay un momentáneo titubeo, pero en seguida los huelguistas se alinean en una columna de tres en fondo.

—¡Delante los más viejos! —indica Jean.

Se le obedece. Jean ordena:

—¡Abran los portones!

Varios hombres se dirigen a los portones de; reja y los abren de par en \par.

Entonces Jean se acerca a un viejo de cabellos blancos, que se encuentra a la cabeza de la columna.

—Tú, abuelo, te adelantarás para decirles que saldremos y que si nos dejan pasar sin

molestarnos, mañana volveremos al trabajo. ¡Tres voluntarios para acompañarlo!

Tres obreros salen de la columna. Los cuatro hombres se dirigen hacia los portones. En el gran patio de la fábrica queda el resto de los huelguistas formados en fila.

Jean se aproxima a Lucien y Hélène. Sonríe a Lucien:

—¿Y qué tal? ¿Vamos bien?

—Jean, ¿crees que no les tirarán?

—Hay una probabilidad contra dos —dice Jean, haciendo un gesto de incertidumbre.

Hélène observa a Jean con una especie de rencor. Tiemblan sus labios. Habla con voz estrangulada:

—¡Usted ha ganado!

Jean la mira largamente en silencio.

—No, no he ganado.

Y ambos se miran todavía un instante más, como fascinados. Hélène insinúa un movimiento hacia él, pero se contiene y dando un paso atrás cae sollozando en los brazos de Lucien:

—¡Lo detesto! ¡Quisiera no verlo más!

En ese momento se escucha un gran clamoreo:

—¡Vuelven! ¡Vuelven!

El viejo y los tres hombres que lo escoltan regresan a la fábrica. Jean, Benga, Lucien y Hélène salen a su encuentro.

—Aceptan. Solamente tienen orden de arrestar a Lucien Drelitsch, a Jean Aguerra y a la enfermera. Con esa condición nos dejan salir.

Se levanta un murmullo de amenazadora protesta entre los huelguistas.

—Ellos tendrán orden de arrestarnos, pero nosotros podemos escapar. Pasaremos por las alcantarillas. ¡Los demás, salgan!

La columna se pone en marcha y traspone los portones. Benga se acerca adonde están Jean, Lucien y Hélène. Jean lo mira y le pregunta:

—¿Qué esperas? De ti nada dijeron.

—Yo también me quedo —responde Benga.

—¿Estás loco? Si nos detienen a nosotros, los camaradas te necesitarán.

Cuando ya todos los huelguistas han salido de la fábrica, Jean, Lucien y Hélène se aproximan a los portones y miran la columna marchar hacia las tropas, que cubren los alrededores en actitud pasiva y con las armas en descanso. Lucien pregunta a Jean con expresión inquieta:

—¿No será una trampa?

—No sé. De cualquier manera es lo único que quedaba por hacer.

Los tres siguen en silencio la progresiva marcha de la columna. Jean murmura entre dientes:

—¡Cuánto daría por ser dos minutos más viejo!

La columna de los huelguistas desfila ahora entre los soldados que se han abierto en dos alas. La tropa no tiene ninguna reacción.

Los huelguistas se alejan. Jean, haciendo señas a Lucien, toma a Hélène por el brazo. Su semblante expresa una loca alegría:

—¡Pasaron! ¡Los dejaron pasar!

El rostro de Lucien expresa felicidad. Hélène, aunque todavía nerviosa, íntimamente se encuentra tranquilizada.

—¡Ahora nosotros a las alcantarillas! —dice Jean.

Y corre arrastrando a Hélène. Lucien les sigue.

EL TRIBUNAL

Hélène habla:

—Escapamos por las alcantarillas y los llevé a casa de Suzanne. Allí pasamos la noche y al día siguiente ella nos ocultó en la granja de su tío.

*DECLARACIÓN DE HÉLÈNE
(DIEZ AÑOS ANTES)*

UN CAMINO EN EL CAMPO

Lucien, Hélène y Jean se pasean por el campo. Hélène camina entre los dos hombres dándoles el brazo. Detrás de ellos se divisa la granja del tío de Suzanne. Se oye la voz de Hélène que explica al Jurado:

—Jean y yo nos habíamos reconciliado. Con frecuencia paseábamos los tres juntos. Suzanne prefería quedarse en la granja.

Hélène, Lucien y Jean descienden un camino que corre junto a un torrente y que luego costean siguiendo un sendero. Poco más allá Lucien se detiene.

—Por aquí podemos vadearlo —dice.

—¿No es profundo? —pregunta Hélène.

—Apenas hasta la rodilla —afirma Lucien.

Hélène hace una mueca.

—¿Y eso qué tiene? —dice Jean.

Y sentándose se quita los zapatos y las medias y se enrolla el pantalón hasta más arriba de las rodillas. Lucien hace otro tanto.

—El agua debe estar helada —se resiste Hélène.

—Yo te llevaré —le dice Lucien.

—¿Tú? ¡Pruébalo!

Hélène habla a Lucien con un dejo de tierna ironía, como a un hermano menor. Lucien la toma en sus brazos y la levanta con visible esfuerzo.

—¡Caramba! —exclama volviéndola al suelo.

Hélène ríe;

—Bueno, entonces pasaré yo sola.

Jean, que se ha puesto de pie, la contempla con una expresión casi de dureza.

—Yo la llevaré —decide.

—¿Usted?

Y mira a Jean como desafiándolo. Jean le contesta con un tono bastante incisivo;

—¿Por qué no? ¿Porque no tengo más que un brazo? Es suficiente. Se tomará de mi cuello.

Lucien ha llegado ya al borde del agua. Hélène y Jean se miran. En sus miradas hay un mutuo desafío.

—¿No vienen? —les grita Lucien.

—Sí, ya vamos —responde Hélène.

Después agrega dirigiéndose a Jean:

—¿Qué espera?

Y acercándosele rodea con el brazo su cuello. Jean pasa su brazo izquierdo bajo las rodillas de Hélène y la levanta como una pluma. Entra en el agua. Aprieta más su brazo. Hélène, abandonándose un poco, apoya su cabeza sobre el hombro de Jean. Pero, de pronto, se endereza y lo mira hostil. Se ha sentido molesta en dejarse llevar. La atracción que le produce este hombre duro y fuerte, se muda en repulsión de tú virgen hacia el macho.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

Jean mira con expresión hoscamente irónica:

—¿Qué la deje? El agua me llega más arriba de las rodillas.

Hélène comienza a debatirse. Jean la aprieta contra sí. Ella le golpea con sus puños en el pecho y la espalda.

—¡Déjeme! ¡Le digo que me deje!

Lucien, que ha llegado a la otra orilla, los mira riendo.

—¡No la sueltes! —grita—. ¡No la sueltes! ¡Ya voy yo!

Lucien entra de nuevo en el agua, pero Jean, sin soltar a Hélène, que sigue debatiéndose, apura el paso y gana la orilla. Allí deposita a Hélène en tierra.

Ella se aleja unos pasos y dice secamente:

—Me da horror que me lleven.

Los dos hombres vuelven a calzarse y continúan el paseo con Hélène. Escalan una colina. Llegados a la cumbre, se sientan y contemplan el paisaje. Al fondo, en la lejanía, se divisan las chimeneas humeantes de la ciudad, la fábricas y los pozos de petróleo.

Se oye la voz de Hélène que explica al Jurado:

—Era algo más fuerte que yo. Necesitaba estar desafiándolo siempre.

Hélène, sentada entre Jean y Lucien, observa a Jean con una especie de rencor y dice irónicamente:

—En resumidas cuentas, usted no es sólo un valiente sino también un forzado.

—Es fuerte como un toro —afirma Lucien.

—Un verdadero hombre, ¿no? —agrega Hélène con una risita— Entonces, ¿por qué está por una política de resignación?

Jean la mira con tristeza y responde lentamente, como a disgusto:

—Se equivoca, no estoy por una política de resignación.

—Usted está contra las huelgas.

—Sí, por el momento. Y contra el sabotaje. Ya ha visto el resultado. No es sólo a Schoelcher y a sus esbirros a los que tenemos que afrontar. Detrás de ellos está el gobierno, con su policía y su ejército. En cuanto quieran pueden echarnos de la fábrica y aplastarnos.

—¿Y qué se puede hacer, entonces? —replica Hélène.

Jean no le contesta. Se dirige a Lucien:

—A propósito, Lucien. Quisiera hablar contigo.

—¿Estoy de más? —pregunta Hélène herida.

Jean no parece tener en cuenta su despecho y le responde con indiferencia:

—De ninguna manera, puede quedarse.

Y luego se dirige nuevamente a Lucien:

—Ha llegado el momento de cambiar de política. Los salarios son miserables. Los campesinos se endeudan para subsistir. Las ciudades están mal alimentadas. Nos encontramos en una situación revolucionaria. Dentro de cinco, de diez años, la ocasión se presentará. Pero la lucha ya no será contra Schoelcher sino contra nuestro propio gobierno.

Con una varita golpea sus zapatos. Su rostro adquiere una expresión absorta y preocupada, como si supiese y temiera lo que iba a llegar.

Jean se excita y se anima hablando. Hélène ha dejado sus bravatas y le escucha sin quitarle los ojos de encima.

—Entonces será necesario cambiar de táctica —prosigue Jean—. Ya no habrá huelgas ni disturbios en la fábrica. Una Junta Central organizará el partido revolucionario clandestino con ramificaciones en todas partes. Prepararemos una máquina, ¿comprendes?, una máquina formidable que pueda hacer al mismo tiempo la huelga general y la revolución por las armas. Benga y Torlitz deben venir pasado mañana para hablar sobre eso. Dentro de quince días podré regresar a la ciudad para comenzar el trabajo. ¿Estás de acuerdo?

Lucien continúa golpeándose sus zapatos sin responder. Jean, sorprendido, repite:

—¿Estás de acuerdo?

Lucien sigue silencioso.

—¿Qué te parece mal?

Lucien levanta la cabeza. Su expresión es desolada y habla vacilando;

—Jean, yo... Yo no los acompañaré.

—¿Pero por qué, hermanito?

—¿Sabes las consecuencias de tu plan? Miles de muertos de una y otra parte... Yo... yo no podría soportar la idea de ser responsable de esas muertes. Yo... yo tengo horror a la violencia, Jean.

—Pero tú estabas de acuerdo con las huelgas.

—La huelga representa una resistencia pasiva. Nunca hubo muertos. Y además siempre estuve contra la ocupación de la fábrica.

Jean señala la ciudad y la fábrica que se ven en lontananza.

—Mira, Lucien. Allá hay miles de obreros reducidos a la miseria. ¿No los consideras víctimas de la violencia? Y si tú no luchas contra ella, ¿no serás acaso su cómplice?

—Yo lucho contra la violencia, pero a mi manera. No soy un hombre de acción, yo escribo. La denunciaré con mi pluma.

Jean, fastidiado, tiene una risa sardónica.

—No quieres comprometerte, ¿eh?

Lucien lo mira con tristeza y no contesta. Jean, buscando un apoyo, se dirige a Héléne:

—¡Explíquese usted misma! ¿No le parece que está equivocado?

Héléne los mira y parece querer hablar, pero nada dice. Mira a Jean y luego se vuelve hacia Lucien con aire indeciso. Por último baja la cabeza y murmura para sí misma:

—¡Qué sé yo!

Jean encolerizado se levanta bruscamente:

—¡Son un par de imbéciles!

Y se aleja. Héléne contempla con ternura a Lucien, que habla como si estuviese aún Jean:

—Es cierto. Mi deseo es permanecer limpio. ¿No será posible defenderlos sin ensuciarse? ¿Habrá necesidad de derramar sangre? Yo quiero... quiero hacer lo que sea justo.

—Pero, ¿qué es lo justo? —dice Héléne.

Y con su brazo rodea los hombros de Lucien.

—¡Eres tan frágil!

En ese momento Jean retorna junto a ellos. Ya tranquilo, se siente avergonzado de su ex abrupto. Se sienta en su sitio y sonríe a Lucien, que le devuelve la sonrisa.

—Escúchame. Soy un rezongón, lo confieso. Pero te propongo una cosa. No hay duda, en estos enjuagues fatalmente uno termina por ensuciarse las manos. En eso tienes razón. Sin embargo, para todo hay un límite. Tampoco a mi me gusta la violencia. Si pensara que un día debo mancharme de sangre hasta el codo...

Mira a Lucien con una expresión casi suplicante y prosigue;

—No puedes dejarnos, Lucien. Debes estar con nosotros para que cuando nos veas emplear medios crueles o injustos, nos digas: ¡Basta! Nadie más que tú puede hacer eso, porque eres puro.

Héléne ha recobrado su expresión irónica, pero se siente conmovida.

—Resumiendo —dice ella—, será una especie de conciencia.

—Sí, si así le parece. ¿Aceptas, Lucien?

Lucien mira a Jean con alivio:

—En esa forma, acepto.

Jean tiende su mano abierta a Lucien por encima de las rodillas de Héléne;

—Entonces, ¡venga esa mano!

Lucien estrecha la mano de Jean.

Héléne contempla como fascinada las dos manos que casi se posan sobre sus rodillas. La de Lucien es blanca, delgada, frágil. La de Jean es maciza, nudosa, velluda hasta la muñeca y con fuertes dedos.

—Tu mano también, Héléne —pide Lucien.

Acercando su mano Héléne la posa sobre la de Jean, pero bruscamente la retira y toma la de Lucien y la aprieta.

EL TRIBUNAL

Héléne habla como para sí misma;

-Los quería a los dos, pero Jean me daba miedo. Era muy duro y su presencia me perturbaba. Eso lo sentía él y creía que le era hostil, pero como me amaba, nunca dijo una palabra. Yo quería tiernamente a Lucien y acepté ser su mujer. La noche del casamiento...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (DIEZ AÑOS ANTES)

LA GRANJA DEL TÍO DE SUZANNE

Suzanne, Hélène, Jean y Lucien están sentados junto a la chimenea. Es la escena ya contada por Suzanne, pero ahora vista por Hélène.

Jean tamborilea sobre el brazo de su sillón. Hélène se levanta y lo observa con expresión alterada. Insinúa el ademán de posar la mano en su hombro, pero se contiene y dice casi tímidamente;

—Hasta mañana, Jean...

Jean responde sin levantar la cabeza;

—Hasta mañana.

Lucien se le acerca a su vez y le pone una mano en el hombro:

—Hasta mañana.

Jean levanta la cabeza y le sonríe:

—Hasta mañana, hermanito.

Suzanne observa la escena en tensión, como si estuviese en acecho. Lucien y Hélène comienzan a subir la escalera. En medio del ascenso Hélène se detiene con expresión de sufrimiento.

—¿Qué tienes? —la interroga Lucien.

—Nada. Vamos.

Hélène reanuda su camino. Llegados al pasillo del piso alto, Lucien se pone ante Hélène. Sonríe, pero en el fondo de sus ojos hay una especie de inquietud:

—Hélène, dime en seguida, ¿por qué me amas?

—No aquí, Lucien.

—Dímelo, en seguida.

Hélène, levemente risueña, le toma el mentón y le dice, como si hablase consigo misma:

—Porque eres un ángel.

—Creo que yo nunca podría querer a los ángeles —afirma Lucien.

Los dos entran en el dormitorio.

AL DÍA SIGUIENTE EL DORMITORIO DE HÉLÈNE Y LUCIEN

Hélène abre la puerta para salir. Su aire es alegre y casi combativo. Llama a Lucien:

—¡Vamos!

Lucien la sigue cohibido.

—Me da no sé qué encontrarme con ellos: debemos parecerles dos tontos.

—Es lo propio de todos los recién casados.

Hélène arrastra a Lucien de la mano y desciende la escalera. En la habitación baja, Suzanne y Jean los reciben sonriendo. Hélène, casi desafiante, marcha seguida de Lucien, que tiene una actitud embarazada. Suzanne con expresión triunfante la interroga:

—¿Pasaron bien la noche?

—Nosotros sí, ¿y tú? —replica Hélène.

—Nosotros nos acostamos juntos —dice Jean.

Él también sonríe, pero con sombría mordacidad. Lucien queda encantado con la noticia y se acerca alegremente a Jean:

—¿No es una broma? ¿Ustedes... ustedes también? Entonces ya no nos encontrarán ridículos.

Jean no ha dejado de observar a Hélène:

—Fueron ustedes los que nos dieron la idea.

Hélène ya no sonríe. Contempla a Jean helada de estupor.

EL TRIBUNAL

Hélène mira a Jean con el mismo estupor que en la granja. Jean, con la cabeza baja, observa el suelo entre sus pies. Hélène vuelve sus ojos al Jurado y prosigue:

—Y continuó nuestra vida. Regresamos a la ciudad, donde Jean comenzó a organizar el

movimiento clandestino. Se formó una Junta. Todos ustedes conocieron su existencia, sin saber quiénes eran sus miembros. Esa Junta daba las directivas y fue la que organizó la revolución. Jean y Lucien formaban parte de ella.

También Benga y yo. Y otros tres camaradas que ya han muerto: Barreré, Delpech y Langeais. Las reuniones se efectuaban en casa de Jean y Suzanne. Un día que íbamos a una reunión con Lucien...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (OCHO AÑOS ANTES)

UNA CALLE

Lucien y Hélène caminan tomados del brazo. Lucien dobla hacia una calle transversal. Hélène se sorprende:

—¿Adonde vas?

—Tengo una cita con Carlier. Me entregará el informe de Loubick sobre las secciones en el sur,

—¿Dónde te espera?

—Frente a la zapatería de la calle Ferdinand.

—¡Pero es una estupidez! —exclama Hélène—. Es un sitio muy concurrido.

—Ya lo sé. Pero Benga lo eligió.

Lucien y Hélène continúan caminando. Delante de ellos un joven con una valijita en la mano, simula observar el escaparate de una zapatería. Desde el otro lado de la calle dos hombres lo vigilan discretamente.

Lucien, que los ve, toma del brazo a Hélène y la obliga a detenerse ante el escaparate de una joyería:

—Ahí hay dos de la policía que lo vigilan.

—¿Estás seguro?

—Completamente —dice Lucien—. Habrá que avisarle

Pero en ese momento los policías atraviesan la calle y se aproximan al joven de la valijita. Éste los ve venir por el vidrio del escaparate y echa a correr. Uno de los policías le descerraja un tiro, el joven cae y deja escapar la valijita que se abre y desparrama los papeles que contiene.

Lucien y Hélène, que no se han movido, vuelven la cabeza hacia el hombre caído. Hélène intenta un movimiento hacia él, pero Lucien la contiene:

—No te muevas. Debemos avisar a la Junta en seguida.

EN LA CASA DE JEAN Y SUZANNE

Jean, Barrete, Delpech y Langeais, de pie, hablan entre ellos. En sus duros semblantes hay preocupación. Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—¡Nosotros! —responde la voz de Lucien.

Jean abre la puerta y Hélène y Lucien entran jadeantes y alterados.

—¡Mataron al agente de enlace! —dice Lucien.

—¡Cristo!

—Trató de escapar cuando los vio —explica a su vez Hélène—, pero lo balearon. Justo cuando nosotros llegábamos.

—¿Y ustedes?

—Me di cuenta a tiempo —responde Lucien—. Unos segundos más y nos liquidan a nosotros también.

Delpech se sienta. Su expresión es sombría.

—Son muchas casualidades en dos meses. Aquí hay algo que no está claro.

—¿No fue Benga el que fijó el encuentro? —pregunta Jean.

—Si —contesta Lucien—. Fue él.

Jean tiene un gesto de cólera;

—Esta vez no hay dudas. Hace dos años, al ocupar las tropas la fábrica, no detuvieron a Benga. Cuando nos escondió Suzanne, nadie más que Benga conocía el sitio y quince días más tarde la policía vino a buscarnos. Ahora, en el término de los meses, es el tercer agente de enlace que pescan en encuentros fijados por Benga. Y además hay otra cosa: días pasados Barrère halló sobre la mesa de Benga una nota de un tal Launay, que le agradecía los importantes datos que le había dado. En resumen, ¿es o no un traidor?

Jean interroga a sus compañeros con la mirada. Langeais y Delpech hacen un gesto afirmativo. Y Delpech agrega encendiendo su pipa:

—No me cabe la menor duda que lo es.

Jean se vuelve a Hélène:

—Y tú, ¿qué dices?

—No sé... me parece que sí.

Lucien, que tiene una expresión alterada, estalla:

—¡No se puede hacer semejante cosa!... ¡No se puede juzgar a un hombre que está ausente! Hay que darle oportunidad para que se defienda.

—Eso no es posible —decide Jean—. Si lo interrogamos y resulta culpable, no podremos evitar que nos denuncie, porque sería peligroso matarlo aquí.

—Pero es preferible esperar un poco —propone Lucien casi suplicante—. Podemos obligarlo a desenmascarse, para que no quede ninguna duda.

Jean dice con voz cortante:

—Debemos proceder con mano firme. Está en juego la suerte de la revolución. ¿Quiénes están por la ejecución inmediata?

Langeais, Barrère, Delpech y Jean levantan la mano. Hélène y Lucien no lo hacen.

—Cuatro votos sobre seis.

—¿Y si fuese inocente? —aventura Lucien.

Jean se encoge de hombros. Hay un momento de silencio que Jean interrumpe:

—Ahora es necesario que alguno de nosotros se ocupe de este sucio asunto. ¿Quién? Silencio.

—Tiraremos a la suerte —resuelve Jean—. Menos Hélène, por supuesto. En cuanto a Lucien...

Hélène interviene molesta:

—Él tomará parte como todos. No podríamos continuar donde no se nos demuestre la más absoluta confianza.

—Pero Lucien no está de acuerdo con la ejecución —advierte Jean.

—La Junta ha votado. Y no hay más que aceptar.

—Está bien.

Jean hace cinco pedazos de una hoja de papel. Sobre uno de ellos trata con lápiz una cruz. Luego los dobla y los coloca dentro de una taza.

—Cuatro están en blanco y uno tiene la cruz. Al que le toque debe encargarse de Benga.

Jean coloca la taza sobre la mesa. Delpech saca uno de los papales que desenrolla nerviosamente.

—En blanco —dice poniéndolo abierto sobre la mesa.

Jean y Lucien toman al mismo tiempo sendos trozos de papel. Lucien lo abre antes que Jean y dice con voz opaca:

—No hay necesidad de continuar.

Arroja el papel sobre la mesa. Hélène lo recoge y lo muestra a los otros: tiene la cruz. Las manos de Hélène tiemblan. El rostro de Lucien se ha endurecido.

—Voy a tomar un poco de aire —dice.

Y se dirige hacia la puerta. Jean hace un ademán de estrecharle la mano, que Lucien no ve o finge no ver. Al abrir la puerta para salir, aparece Suzanne del cuarto de desahogo. Jean se vuelve y le dice con naturalidad:

—Estamos sin cerveza.

LA CASA DE HÉLÈNE Y LUCIEN

Un interior modesto, pero más cómodo que el de la casa de Suzanne y Jean. Es de noche. Lucien se encuentra sentado con los codos puestos sobre la mesa y el mentón entre las manos. Su expresión es concentrada. Detrás de él, Hélène, muy pálida, saca de un cajón del escritorio un revólver envuelto en una franela. Y vuelve donde está Lucien, que, mirándola impasible, le dice: ¡

—Es inútil.

Hélène se acerca a él como queriendo comprender.

Lucien repite:

—Es inútil. Yo no haré eso.

Se levanta, quita el revólver a Hélène y lo vuelve al cajón. Luego viene a su encuentro y la toma por los hombros. Su rostro muestra su tortura íntima:

—No soy un cobarde, Hélène. No quiero que me creas cobarde.

—Sé que no lo eres —le dice ella con ternura.

—No te imaginas el valor que necesito... Mañana presentaré mi renuncia.

—¡Pero tú aceptaste, Lucien! —replica Hélène con desconcierto,

—Si, sin reflexionar. No quiero..., no puedo matar a una persona que tal vez es culpable.

—¿Qué prefieres? ¿Que nuestra causa sea traicionada?

Lucien da algunos pasos y se deja caer en un sillón:

—Qué sé yo,.. Pero lo que sí sé es que nunca asesinaría a Benga

Hélène quiere replicar, pero Lucien no la deja:

—¿Qué pensarías de mi mismo si mato a Benga y después resulta inocente?

Hélène lo mira casi con acritud:

—¿Y qué pensarías de ti mismo si mañana arrestan a Jean?

Lucien se levanta y sale sin contestar. Ya sola Hélène, va nuevamente al escritorio y saca el revólver.

EL TRIBUNAL

Hélène ante el Jurado.

—Fue ese día cuando estuve en la casa de Jean. Yo había decidido sustituir a Lucien y ejecutar a Benga, Jean se opuso. Y mató a Benga para librar a Lucien.

Desde su lugar, Suzanne interviene:

—Lo mató para quitarlo de en medio. Y después que si Lucien renunciaba, tú lo hubieses seguido. Y Jean no quería perderte.

Hélène, visiblemente alterada, mira a Suzanne con repulsión. Va a replicarle, pero Jean se le adelanta:

—¡Hélène, no hay para qué contestarle!

Se hace un silencio. Hasta que François hace un signo a Hélène:

—Continúe.

—Al día siguiente encontraron a Benga muerto en un camino del campo. Y quince días más tarde...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (OCHO AÑOS ANTES)

EN CASA DE SUZANNE

La Junta está reunida. Todos escuchan con expresión deprimida a Delpéch, que está finalizando una explicación:

— ...Y ese Launay que le escribió agradeciéndole, es un economista belga. Benga le había enviado unos informes sobre el costo de vida entre los obreros del petróleo.

—¿Era inocente, entonces? —resume Langeais.

Delpech confirma con la cabeza. Todos callan durante un momento. Lucien observa con dolorosa indignación a Jean, que, impasiblemente, lía un cigarrillo con su mano útil.

—Nosotros... —balbucea Lucien—. Nosotros somos...

—Ahora no hay que lamentarse de lo hecho —dice Jean mirándolo cara a cara.

Después se dirige a los otros:

—Teniendo en cuenta lo que conocíamos y el peligro que nos amenazaba, se hizo lo que correspondía y hubiésemos sido culpables si procedemos en otra forma. Por lo tanto, Benga debe considerarse muerto en acción. ¿Todos de acuerdo?

—De acuerdo —asiente Barriere.

—De acuerdo —asiente también Delpech.

Langeais aprueba con un gesto de la cabeza.

Jean pregunta a Hélène:

—¿Y tú?

Ella vacila un rato, clavando los ojos en Jean. Parece que va a decir algo, pero se contiene y asiente:

—De acuerdo.

—Bien —da por terminado el asunto Jean—. Ahora queda otro aspecto de la cuestión: ¿quién delató a nuestros agentes de enlace?

Mientras Jean habla, Lucien, que de pronto parece endurecerse y envejecer, le mira con una mezcla de estupor y desolación, como pensando: "¡A lo que ha llegado!"

EL TRIBUNAL

Hélène prosigue su declaración:

—Desde ese día se produjo cierto distanciamiento entre ellos. Se veían diariamente, pero tuve la impresión que desde entonces hubo una especie de mutuo resentimiento.

A medida que Hélène habla, se escucha fuera un rumor que se acentúa por momentos, hasta cubrir la voz de Hélène. Ya se oye gritar claramente: "¡Muera! ¡Muera!" Toda la sala se vuelve hacia la puerta de entrada, que se abre bruscamente dando paso a un centenar de insurrectos que, con las armas en la mano, intentan dirigirse a Jean, vociferando: "¡Mueran! ¡Mueran!"

François procura salirles al encuentro, pero la muchedumbre no le abre paso. Entonces les grita:

—¿Qué quieren aquí? ¡Retírense!

Un enorme hambroón que lleva en la cabeza un sombrero de mujer con pluma, grita:

—¡Queremos la cabeza del tirano!

—Lo estamos juzgando. Éste es el Tribunal. Les pido que guarden silencio o se retiren.

Y por lo bajo dice a Darieu:

—Trae refuerzos, porque si no esto terminará mal.

Darieu asiente con un movimiento de cabeza y sale en medio del tumulto general.

—¡Nada de juzgarlo! —grita uno de los insurrectos—. No lo merece. ¡Hay que matarlo en seguida!

—Antes de matarlo, tendrán que matarme a mí —grita a su vez François. Les ordena de nuevo que se retiren de allí.

El clamoreo se alza con mayor violencia. El mismo auditorio ha sido ganado por la exaltación de los recién llegados. De todas partes se levantan voces:

—¡Tienen razón!

—¡Hay que hacerlo de una vez!

—¡No queremos proceso!

—¡Basta de charlas!

El insurrecto del sombrero de mujer grita a François:

—¡No tenemos por qué obedecer tus órdenes! ¡Queremos acabar con el tirano!

Y hace un amplio ademán con su fusil:

—¡Paso, camaradas, vamos a sacarlo!

La concurrencia trata de abrir camino a los insurrectos que avanzan con dificultad por el pasillo central. Los Jurados se han puesto de pie. Suzanne observa con una sonrisa de triunfo a

Hélène que parece deprimida. El insurrecto con sombrero de mujer ha conseguido adelantar unos pasos hacia Jean, que aprovechando unos momentos de relativo silencio, se levanta y dice:

—¿Quieren hacer de mí un mártir?

La multitud le grita:

—¡Charlatán! ¡Vendido! ¡Que se calle!

Jean avanza hacia el sitio reservado a los testigos y enfrenta al auditorio y a los insurgentes:

—¿Creen que tengo miedo a la muerte? Pregunten si me he defendido.

—El insurrecto del sombrero de mujer se sitúa a pocos pasos de Jean y le apunta con su fusil.

La multitud se aparta. Jean ni se mueve.

—¡Tira, pues! —le dice—. A los ojos del mundo será un asesinato y moriré tranquilo.

El insurrecto vacila, cosa que François aprovecha para arrancarle el fusil. Luego le dice:

—¿No te das cuenta que tiene razón? Nos harías un gran daño, camarada. No queremos salvarlo, sino juzgarlo como corresponde.

Se produce un movimiento en la masa humana. Han entrado los guardias que conduce Darieu y que se colocan entre Jean y los insurrectos. Éstos comprenden que han perdido la partida y en silencio comienzan a retirarse hacia el fondo del salón. El hombrón del sombrero de mujer, gruñe a François:

—Devuélveme mi fusil.

François se lo entrega. El insurrecto, palmeando su fusil, amenaza:

—No traten de absolverlo. Todavía conservamos nuestras armas.

Y sale del salón seguido por los demás alborotadores. Los guardias traídos por Darieu se alinean a ambos costados del pasillo central. François y Jean se encuentran de pie casi frente a frente.

—Gracias —le dice François.

Después agrega, transcurrido un momento de silencio:

—Creí que querías hacerte asesinar.

—He cambiado de opinión.

Jean vuelve al espacio reservado a los testigos. Se acerca a su defensor, que le mira aterrizado, y dice con tono enérgico:

—Retiren de mi vista a esta basura! Me defenderé yo solo.

François y Darieu cambian una mirada que expresa alivio.

—Está bien —acepta François.

Y luego dice a Hélène:

—"Continúe.

Ella torna a colocarse frente al Jurado. Su aspecto es de emoción y fatiga y habla con voz débil.

—Después se produjo la revolución. Jean me llevó como secretaria y confió a Lucien la dirección del diario *La Lumière*. Al principio fue todo bien, pero al cabo de algunos meses...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE

(SEIS AÑOS ANTES)

EL DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

Al costado del imponente escritorio hay una mesita ocupada por Hélène. Lucien se encuentra de pie ante el escritorio, Jean camina a lo largo y ancho de la habitación con un paquete de diarios en la mano. Y habla con un tono que se esfuerza por ser cordial, pero que evidencia su mal humor.

—Esto no puede seguir, querido. Ya estoy harto. Te he pedido cien veces que no hables más de esas cosas. ¿Por qué escribes estos artículos?

—Porque los considero justos.

—¿Es demasiado pronto! ¿Es demasiado pronto!

—Nunca es demasiado pronto para decir la verdad,

Jean levanta tos hombros con irritación. Lucien continúa:

—He confiado en ti, Jean. Todos han confiado en ti. Pero ahora no te comprendemos. No has nacionalizado la industria del petróleo. No has elegido la Constituyente. La prensa no es libre. ¿Para esto hicimos la revolución?

—Si se elige la Constituyente, la primera ley será la nacionalización del petróleo.

—Es el deseo de todo el país —afirma Lucien—. ¿Por qué no lo haces?

—Nos arriesgamos a una guerra. ¡Es demasiado pronto!

Lucien tiene un gesto de impaciencia:

—¡Demasiado pronto para la Constituyente! ¡Demasiado pronto para resolver la cuestión del petróleo! ¡Demasiado pronto para dar libertad a la prensa! ¿Qué quiere decir eso, Jean? Creo que no pensarás gobernar contra la opinión de todo el país.

—¿Por qué no? —replica Jean agresivamente.

—En esas condiciones no cuentas conmigo para sostenerte.

Lucien sale apresuradamente del despacho. Jean lo mira partir y, alzándose de hombros, se deja caer agobiado sobre un sillón.

—¿Tampoco él me ayudará? ¿Será necesario que todo lo haga yo solo? Hélène, quiero que él les explique...

—¿Qué?

—¡Que es demasiado pronto!

—Sabes muy bien que Lucien no lo hará —contesta Hélène.

—Sí, ya lo sé.. Pero ¡por Cristo! ¡Soy el jefe! ¿Sí o no?

UNA ROTATIVA QUE VOMITA PERIÓDICOS

Grandes títulos:

"LA CUESTIÓN DEL PETRÓLEO"
"PARA CUANDO LAS ELECCIONES"
"TODAVÍA EL PETRÓLEO"
"PETRÓLEO Y DEMOCRACIA"

Mientras los diarios caen, se oye la voz de Hélène que habla al Jurado:

—Lucien no cedió. Jean estaba furioso, pero no se atrevía a tomar medidas contra él. Fue desde ese momento cuando comenzó a beber.

EL DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

Jean, en su despacho lee un ejemplar de La Lumière. Su expresión es irritada y sombría. Hace una seña al ayuda de cámara:

- ¡Whisky!

El ayuda de cámara le sirve y él bebe.

Jean, de pie, vestido de uniforme:

- ¡Whisky!

El ayuda de cámara le sirve y él bebe.

Se ve a Jean en su despacho trajeado en formas distintas y en diferentes oportunidades, que ordena: "¡Whisky! ¡Whisky!", y bebe.

Jean, vestido de gran uniforme, se levanta de su escritorio con un vaso en la mano. Camina derecho, pero se nota que no está en su estado normal. Va hacia Hélène, se detiene ante ella, y pone ruidosamente el vaso sobre su mesa de trabajo. Le clava sus ojos de mirada intensa. Parecería que va a pedirle ayuda, pero nada le dice. Hélène, incómoda, vuelve la cabeza. Jean termina por preguntarle:

—¿Quieres un whisky?

—No

—¿Por qué no bebes?

Hélène le interroga a su vez tristemente, con ternura inquieta:

—Y tú, Jean, ¿por qué bebes?

Jean no responde, contentándose con reír amarga y maliciosamente. De pronto, se pone serio y dice casi con malignidad:

—Si tu marido continúa, lo haré entrar en vereda, ¿entiendes?

EL TRIBUNAL

Hélène habla al Jurado:

—Pero Lucien continuó. Cuando Jean dio los decretos sobre industrialización de la agricultura, Lucien, que regresaba de una gira por el campo para recoger impresiones, se le opuso violentamente...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE (TRES AÑOS ANTES)

EN CASA DE HÉLÈNE Y LUCIEN

Lucien escribe en su mesa de trabajo. Hélène se le acerca y, por encima de su hombro, lee lo que escribe. Tiene un gesto:

—¿Lucien, no puedes decir eso!

—¿Por qué no? Los decretos son injustos y tiránicos y hay que denunciarlos.

—¿Vas a publicar ese artículo?

—Mañana mismo.

—Eso desencadenará una revuelta.

—Depende de Jean —dice Lucien.

Hélène se aparta y se pasea por la habitación de arriba abajo, Lucien la observa un momento con ternura y tristeza y luego reanuda su tarea.

—¿Recuerdas a Benga? —le pregunta Hélène.

—Sí. ¿Por qué?

—Procedimos demasiado pronto. Y era inocente.

—No veo qué relación pueda tener.

—Es que ahora tomas partido demasiado pronto —insiste Hélène—. Jean tiene sus razones, puede ser que tú no las conozcas bien. Permítele que encuentre su oportunidad.

Lucien baja los ojos sobre el papel y luego los fija en Hélène. Por último, encogiéndose de hombros, rasga las cuartillas que tiene ante él:

—Esperaré. Pero si este asunto toma por mal camino...

—Entonces podrás hacer lo que te parezca —conviene Hélène con voz que la laxitud hace indiferente.

UN PUEBLO

Dos casas están en llamas. Se ven soldados que conducen una larga columna de campesinos prisioneros. Al mismo tiempo se oye la voz de Hélène que dice al Jurado:

El asunto tomó por mal camino. Por muy mal camino...

DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

Hélène trabaja en su mesa. Jean en su escritorio. Un ujier introduce a Lucien, al que contempla Hélène con expresión desesperada. Jean ni siquiera levanta la cabeza. Lucien atraviesa la habitación con lentos pasos y viene a plantarse ante Jean, que, por último, consiente en mirarlo:

—¿Sabes por qué te he llamado?

—Sí.

—No escribirás ese artículo —ordena Jean—. Y no criticarás públicamente las medidas disciplinarias que estuve obligado a tomar. Tu diario es el único que no pasa por la censura, lo que es una prueba de la confianza que te dispense. No puede publicarse un artículo así, en el momento más crítico de mi gobierno. No sé todavía si ganaré o perderé esta batalla. Pero si tú, publicas ese artículo, la pierdo.

Lucien nada contesta. Jean le pregunta, conteniéndose:

—¿Ya no eres mi amigo?

—Sigo siendo tu amigo. ¿Recuerdas para qué entré en la Junta? Para detenerte a tiempo cuando estuvieses por las violencias inútiles.

—Si, es verdad. ¡Pero dímelo a mí! Trata de detenerme, ¡pero no escribas!

—¡Oh, Jean! Te lo he dicho. Y no has querido escucharme.

Jean se levanta. Da unos pasos y se detiene ante Hélène:

—¡Hélène!

Hélène se estremece y contrae.

—¡Hélène, díselo! Dile que no destruya nuestra amistad...

Hélène nada responde. Mira a Jean con ternura y cansancio.

—¡Contesta, Hélène!

—Yo nada le diré, Jean. Que haga lo que crea justo.

Se produce un silencio. Lucien, de pie, con la cabeza baja, posa una mano sobre el escritorio de Jean. Éste se le aproxima y apoya también su mano sobre el escritorio, cerca de la de Lucien.

—Está bien —dice Jean—. Puedes regresar a tu casa, Lucien. Tu diario no aparecerá mañana.

—Puedes hacer lo que quieras, pero el artículo aparecerá lo mismo. Sé trabajar clandestinamente.

—Lucien, si haces eso...

—El artículo aparecerá mañana.

Hélène se levanta con un grito:

—¡Lucien! ¡Jean! ¡Esto es una locura!

Y se coloca entre los dos. Al mirar las manos próximas posadas sobre el escritorio, revive, de pronto, la escena de la colina, cuando esas dos manos se estrecharon por encima de sus rodillas al aceptar Lucien formar parte de la Junta. La visión desaparece. De nuevo Hélène ve las dos manos separadas, que se crisan sobre el escritorio. Y dice:

—No es posible... No es posible...

Y tomando las dos manos trata de unir las.

—¿Publicarás ese artículo? —inquire Jean.

Lucien nada dice. Jean retira violentamente su mano.

—Entonces que se atenga a las consecuencias.

Lucien se vuelve sin contestar y sale bruscamente. Hélène hace ademán de seguirlo.

—Tú te quedas —ordena Jean con rudeza—. Todavía eres mi secretaria, ¿no?

Hélène torna a su sitio y se deja caer en el asiento.

Jean vuelve lentamente a su escritorio. Pide: "¡Whisky!" El ayuda de cámara le sirve y él bebe.

UN SÓTANO

Lucien, ayudado por cuatro hombres, imprime, utilizando una prensa de mano, un periódico de formato reducido. Lleva el título La Lumière, y debajo, en titulares, El Tirano. Diez pueblos destruidos.

UNA CALLE FRENTE A LA CASA DE HÉLÈNE

Una decena de ejemplares de La Lumière clandestina están desparramados por el suelo. Dos hombres de la policía hacen marchar a golpes al hombre que los distribuía.

Hélène, al salir de su casa para dirigirse al Palacio de Gobierno, asiste desde lejos a la escena. Prosigue su camino. Más allá, en una esquina ve a otro distribuidor de La Lumière. Dos policías se te acercan y el hombre se pone a salvo corriendo precipitadamente.

LA ANTECÁMARA EN EL PALACIO

Hélène atraviesa con paso rápido la antecámara para entrar en el despacho de Jean. Al verla, los ujieres esconden apresuradamente La Lumière, que están leyendo.

EL DESPACHO DE JEAN

Jean está sentado ante su escritorio. Hélène entra y ocupa su sitio.

—Buenos días, Jean.

—Buenos días, Hélène. Jean escribe con ceño, Hélène revisa sobre su mesa las hojas dactilografiadas. Trata de leer, pero sus ojos se clavan en Jean con una inquietud febril. Jean continúa escribiendo sin levantar la cabeza. Hélène nuevamente trata de leer.

—¡Hélène! —dice de pronto Jean con voz opaca.

Ella levanta la cabeza, pero él está atento a sus papeles. Jean continúa:

—Al mediodía recibiré al presidente de la O. C. R. Necesitaré el informe Heudrique.

Hélène no puede contestar. Únicamente hace un signo con la cabeza. Jean bebe un vaso de whisky, al que coloca sobre el escritorio con ruido. Hélène se sobresalta y se pone de pie bruscamente:

—¡Jean!

Al fin él levanta sus ojos hacia ella. En ese momento, un ujier abre la puerta y anuncia:

Los señores ministros Darieu y Magnan.

Darieu y Magnan entran y toman asiento ante el escritorio de Jean. Hélène se deja caer en su silla con expresión ausente. Su vista está fija en el reloj que marca las diez. De pronto, las agujas desaparecen y una espiral negra que da rápidas vueltas sobre sí misma cubre el cuadrante. Las voces indefinidas de Jean, Darieu y Magnan se mezclan a lejanas resonancias de campanas, que se hacen poco a poco más intensas. Finalmente la espiral estalla con un ruido de explosión y Hélène cae hacia adelante sobre su mesa tomándose la cabeza entre ¡tas manos. Jean se pone de pie con una exclamación:

—¡Hélène!

Y corre a ella, mientras hace señas a Darieu y Magnan de que salgan.

—Vuelvan a las dos.

Jean toma a Hélène por los hombros y la levanta, en tanto que Darieu y Magnan salen. Hélène le mira en los ojos:

—¿Ya lo has leído? —le interroga.

Jean no contesta. Su rostro expresa sufrimiento.

*—¿Qué harás con Lucien? Si lo arrestan no lo veré más. ¡Pero dime algo! —grita Hélène—
· ¿Qué harás? ¡Contéstame! ¡Contéstame!*

Jean, que sigue sin contestar, se muestra deprimido. Súbitamente Hélène comprende y da un alarido:

—¡Tirano! ¡Tirano! ¡Asesino! ¡Te odio! Y se levanta y sale corriendo del despacho.

EL TRIBUNAL

Hélène ha callado. En su rostro se nota la conmoción que le ha producido lo que acaba de relatar. Pasado un momento, reanuda su exposición:

—Pasó un año sin que yo viera a Jean y sin que él tratase de verme. No conseguía saber dónde tenía a Lucien. Revolví cielo y tierra, pero toda información me era negada. Un año de buscar inútilmente. Hasta que una tarde...

DECLARACIÓN DE HÉLÈNE
(DOS AÑOS ANTES)

CASA DE HÉLÈNE

Hélène va a entrar en su casa con aire de cansancio y depresión. Pero frente a la puerta está detenido el largo automóvil blanco de Jean. Hélène lo observa con inquietud y, subiendo rápidamente la escalera, entra en su departamento. Jean, en medio de la habitación, la mira inmóvil y profundamente triste.

—¿Para qué has venido? —inquire Hélène—. Verte, me causa horror.

—Lucien se muere —dice Jean después de un silencio.

Hélène, sin pronunciar una palabra, se apoya pesadamente en el respaldo de un sillón. Jean continúa:

—Mi automóvil está abajo. Tómalo. Es el hospital de Tiarragues.

Y luego de un titubeo, pide tímidamente:

—¿Puedo acompañarte?

—No.

Hélène se endereza y su rostro alterado parece aún más duro. Pasa ante Jean, desciende la escalera y sube al automóvil.

EL HOSPITAL

Una enfermera precede a Hélène por un largo corredor. Héténe le sigue como una sonámbula. La enfermera abre la puerta de un cuarto donde Lucien está solo. Respira con dificultad, y tiene los ojos cerrados. Hélène se aproxima al lecho y toma una mano de Lucien, que abre los ojos y dice, con voz débil:

—¿Eres tú? ¿No vino Jean?

Hélène hace un signo negativo. Lucien vuelve a cerrar los ojos.

EL TRIBUNAL

Hélène habla:

—Murió a las cinco de la mañana.

Luego de un momento de silencio, agrega:

—Es todo lo que tengo que decir.

El público mira a Hélène con simpatía emocionada. Ella, dando la espalda al Jurado, se encamina a la salida. La concurrencia se aparta para dejarle paso. Pero Hélène oye la voz de Jean que la llama:

—¡Hélène!

Y se vuelve.

—¡Quédate! —le pide Jean.

Duda un momento y después torna a su lugar anterior frente al Jurado.

Jean se levanta y dice:

—Voy a...

Pero François lo interrumpe con un ademán. Un insurrecto que acaba de entrar le habla al oído.

—¿Dónde? —inquire François.

—En la Municipalidad —contesta el insurrecto.

—¿Quiénes han sido?

—Los representantes sindicales y las tropas revolucionarias. Una delegación viene hacia aquí y pide que la recibas.

—Está bien —asiente François.

Y volviéndose al público, anuncia:

—Los representantes del pueblo, que son, por el momento, los delegados sindicales y los

insurrectos en armas, acaban de elegirme jefe del gobierno provisional.

Un gran grito de entusiasmo resuena en el salón. Todos están de pie, todos lo aclaman. François levanta el brazo y se hace silencio.

—Este proceso lo llevaré hasta el fin. Como jefe electo del gobierno, soy parte civil en la acusación contra el tirano. Pero ahora debo suspender la sesión. El Jurado volverá a reunirse esta noche a las once.

La concurrencia grita y aplaude de nuevo. Algunos comienzan a salir. François sube al estrado y gana la salida trasera. Unos guardias flanquean a Jean y lo sacan del salón, Al partir Jean mira a Hélène que sale.

EL DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

François entra con paso no muy seguro en el despacho. Y observa en derredor, con ese mismo aire un poco intimidado que tenía Jean al tomar posesión del Palacio.

François se vuelve hacia el escritorio y se dirige a él para sentarse. En ese momento ve al ayuda de cámara que, muy obsequioso le coloca el sillón.

— ¡Estabas aquí! —exclama François casi riendo—. Entonces, introduce a las delegaciones. Pero por turno.

El ayudante de cámara se inclina y va a la puerta tras la cual se oye un gran rumoreo. El ayuda de cámara sale y luego reaparece. Detrás de él, en la antecámara, el rumor ha cesado. Anuncia:

—La delegación de las fundiciones de Clenau.

François se pone de pie. Pálido, se le nota dominado por la emoción. Los delegados entran y se colocan en semicírculo ante el escritorio.

Fuera, bajo las ventanas del Palacio, la muchedumbre ríe, canta y grita.

En el despacho, François, sentado, habla a los delegados:

—Lo repito. La política que seguiré será la que se reclama, la que se impone. Como primera medida haré cesar la represión. Pondré en libertad a los presos políticos, aboliré las medidas arbitrarias en los campos, restableceré la libertad de prensa. Y, lo más pronto posible, convocaré al país para que elija la Constituyente. Comprendo que se espera una declaración sobre mi política respecto al petróleo y a los sectores todavía no socializados de nuestra industria. Sobre todos estos puntos daré hoy a medianoche un comunicado radial. Pero lo que puedo asegurar desde ahora, es que, tanto en este terreno como en los demás, la sangre de los revolucionarios no habrá sido derramada en vano.

Los delegados lo escuchan con signos de aprobación. Mientras habla, el ayuda de cámara se le acerca y le dice algo al oído.

—¡Que espere! —ordena François sorprendido.

El ayuda de cámara agrega todavía unas palabras más. El rostro de François denota una expresión cada vez de mayor asombro y contrariedad. Y levantándose, dice al ayuda de cámara:

—Está bien.

Después a los delegados:

—Hay que reanudar el trabajo cuanto antes, camaradas. Es en beneficio de todos.

Y los saluda con la mano. Los delegados se retiran. Por otra puerta el ayuda de cámara introduce a Schoelcher, a quien acompaña un hombre de unos cincuenta años, seco, de poca talla, muy distinguido y cuya expresión es de cortesía insolente. Schoelcher se inclina ante François.

—Soy Schoelcher, presidente de la Compañía petrolífera.

—Demuestra ser muy valiente saliendo a la calle en estos momentos —le dice François—. Hay muchos que desearían tenerlo en sus manos.

—Me sé defender —replica Schoelcher con una sonrisa.

Y señala a su acompañante:

—El señor Cotte, embajador de nuestro país.

Se cambian fríos saludos. El embajador se adelanta un paso hacia François.

—Hablo con el jefe del nuevo gobierno, ¿no?

—Así es.

—No he querido esperar la notificación oficial para conversar con usted —dice Cotte—. Como nuestro gobierno se muestra deseoso de vivir en buena armonía con el vuestro, mi deseo es transmitirle lo antes posible si es verdad que uno de los principales cargos que se le hacen a Aguerra es el de no haber nacionalizado el petróleo.

—Eso es verdad.

—¿Se puede deducir de esto la futura política que seguirá vuestro gobierno con respecto al petróleo?

François replica irritado:

—El proceso de Aguerra es un asunto estrictamente de orden interno. En cuanto a la política que se seguirá con el petróleo, la conocerá usted lo mismo que mis compatriotas, por la declaración que haré hoy a medianoche.

El embajador se inclina:

—Está muy bien. ¿Cuándo cree usted que las comunicaciones con el exterior serán restablecidas?

—Espero que después de mediodía —contesta François.

—En ese caso, pediré órdenes a mi Gobierno, y es posible que solicite de... Vuestra Excelencia una audiencia *antes* de su alocución.

El embajador subraya con ironía las palabras "Vuestra Excelencia". Al concluir de hablar, se inclina ceremoniosamente ante François. Schoelcher hace otro tanto. François los acompaña hasta la puerta y ordena al guardia que está en la antecámara:

—Tres autos y quince hombres armados para acompañar a Su Excelencia hasta la embajada.

El embajador y Schoelcher agradecen con un gesto que François no tiene en cuenta. Y los mira partir con expresión preocupada que deja traslucir una vaga inquietud.

LAS ADYACENCIAS DEL SALÓN DEL TRIBUNAL

En los corredores y vestíbulos adyacentes al salón del Jurado, el público asistente al proceso espera la reanudación de la audiencia. Muchos duermen sobre el suelo o recostados contra las paredes. Un guardia dormita de pie apoyado en su fusil. De tanto en tanto un cabeceo lo despierta. Se endereza y torna a dormirse. Hay quienes comen un bocado sobre el piso y otros que discuten.

Cuando la puerta del salón se abre de nuevo, la multitud se atropella para ubicarse. Las gentes se despiertan unas a otras, acomodan precipitadamente sus provisiones, y se lanzan hacia el salón saltando por encima de los que aún duermen.

EL TRIBUNAL

Conducen a Jean hasta su lugar, en tanto que el Salón se va llenando de público en medio de un gran tumulto. Los jurados se reintegran a sus puestos, con aire de agotamiento. Tienen las ropas arrugadas, los rostros demacrados, las barbas crecidas.

François ocupa su sitio. Está afeitado y su aspecto es fresco. Hélène se halla sentada en una silla, puesta para ella en medio del pasillo a la altura de la primera fila.

Rápidamente la turba ha llenado el salón, acomodándose en la mejor forma posible. François se dirige al público, que inmediatamente guarda silencio, y anuncia:

—Tiene la palabra la defensa.

Jean se levanta con expresión irónica;

—La defensa soy yo.

Da unos pasos para colocarse en el espacio destinado a los testigos. Es allí donde se mantendrá durante todo el tiempo de su declaración, casi junto a Hélène y François.

Primero se dirige a los Jurados:

—Ustedes han ganado; tanto mejor para ustedes. Pero de nada tengo que darles cuenta y tampoco me arrepiento de nada.

Después se vuelve a Hélène:

—Solamente a ti, Hélène, daré cuenta de mis actos. He querido a Lucien. No te imaginas

todo lo que lo quise.

—Lo querías, pero lo hiciste morir.

—Sí, tengo la culpa de su muerte. Y también la culpa de la muerte de muchos otros. ¿Crees que eso no me tortura?

Y señala al Jurado con un gesto:

—Éstos hicieron su revolución y ahora me van a matar. Y soy feliz. Ya me pesaba demasiado el soportarme. Pero de nada me arrepiento, Hélène, Ni por lo de Benga, ni por lo de Lucien, ni por el incendio de los pueblos. Si tuviese que hacerlo de nuevo, lo haría.

El público, sintiéndose defraudado, comienza a silbar y patear. Jean se yergue y, contemplando al auditorio con dureza, grita:

—¡Todo! ¡Aun lo de Lucien!

La rechifla se hace más intensa, pese a que François pide silencio con el ademán y la voz. Jean continúa hablando y al fin consigue dominar el tumulto, que decrece paulatinamente.

—¡Infelices! ¡Creen hacer un cambio de política y lo único que harán será cambiar un hombre por otro!

Y con el dedo índice señala a François, que se ha sentado.

—Tú continuarás mi política. La continuarás porque no es posible otra. No pienses que quiero justificarla. No, tú mismo serás quien la justifique, dentro de tres meses, dentro de seis meses.

Y de nuevo se dirige a Hélène. El público se va aquietando a medida que Jean habla, hasta quedar en silencio.

—Escucha, Hélène .. Es una historia de violencias. Desde el principio, la violencia reinaba en todo. Dentro de mí y fuera de mí. Mi abuelo era un viejo pirata. Mi padre mató a un hombre con una horquilla. En mi pueblo veía a los campesinos borrachos golpear a sus hijos y a sus mujeres. Yo soy campesino y, como ellos, violento. Pero a los doce años, en una pelea de muchachos, me deshicieron un brazo a patadas y me quedó el horror a la violencia. Apenas pude vine a la ciudad, y aquí de nuevo encontré la violencia.

DECLARACIÓN DE JEAN (TRECE AÑOS ANTES)

UNA CALLE

Una calle sórdida en un barrio pobre. Ante un almacén de comestibles, unas mujeres hacen fila. Rostros de gentes mal nutridas, que tienen odio e impaciencia. Algunos hombres, entre ellos Jean, que viste un traje miserable y un gastado sombrero.

Se oye la voz de Jean, que dice sordamente;

—¡Miseria! ¡Violencia!

Una fina llovizna comienza a caer. Unos paraguas se abren. Jean se levanta el cuello de su chaqueta. Algunas mujeres se cubren la cabeza con sus chales. Detrás de Jean está una mujer con una criatura en brazos. Tratando de protegerla lo mejor posible de la lluvia, la aprieta contra su cuerpo inclinado. Jean toca el hombro de la mujer y le hace un signo para que le pase la criatura. La mujer se la entrega, y Jean, abriéndose la chaqueta, la cubre poniéndosela contra el pecho.

En ese momento aparece el comerciante sobre el umbral de la puerta y cuelga un cartel: "No hay más mercaderías". Las gentes quedan un momento mudas de decepción, pero, en seguida, una mujer se pone a gritar furiosa:

—¡Sinvergüenza! ¡Se ríe de nosotros! ¡Vayan a ver si en el sótano no tiene más mercadería!

Los que hacen fila protestan a gritos: "¡Sinvergüenza! ¡Acaparador!" La fila se deshace y todos se agolpan contra el escaparate del almacén. Gritan y amenazan. Una piedra rompe el vidrio de una puerta, detrás de la cual se ve la cara asustada del comerciante.

Llegan apresuradamente unos policías, dando pitadas y con los bastones en la mano. Tratan de hacer circular a los amotinados. Como algunos se resisten, proceden brutalmente. Se cambian golpes y una mujer es derribada al suelo. Uno de los policías se precipita con el

bastón en alto sobre Jean que escapa. Pero al volver la esquina se para, impedido con la criatura que sostiene con el único brazo válido. Y torna a la calle del almacén. Allí la madre de la criatura se debate gritando entre dos policías, que la conducen sin ningún miramiento. Jean se les acerca, señala al niño, y les explica:

—Es la madre.

Uno de ellos mira con asombro a la criatura y, sin soltar a la mujer que prosigue debatiéndose, le pregunta:

—¿Es tuyo?

—¡Sí, es mío! ¡Es mi hijo!

Entonces el policía toma al niño y se lo pone bajo el brazo, como si fuera un fardo, y, ayudado por su colega, prosiguen arrastrando a la mujer.

Jean contempla la escena desde el medio de la calle. Se oye su voz que dice:

—Violencia. Miseria. Hambre. Miseria en todo. En las calles, frente a los almacenes. Los pobres protestaban. El descontento cundía. Fue entonces cuando los poderosos emplearon sus grandes medios. . .

OTRA CALLE

En una pared hay un cartel con la caricatura de un judío: la nariz ganchuda, las manos como garras. Una leyenda dice: "Los judíos son los culpables de tu miseria".

Se oye la voz de Jean que habla al Jurado:

—¡Yo no podía soportar más! ¡No podía!

Jean camina por una calle miserable. Junto a él pasa un viejo vestido de harapos, que marcha apoyándose en su bastón. Ante un almacén cerrado, una muchacha, que tiene de la mano a una mugrienta criatura, espera. En el extremo de la calle, un chico, sin moverse de su sitio, juega con una pelota: un aparato ortopédico de hierro aprisiona su pierna hasta la rodilla.

La voz de Jean repite:

—¡Violencia! ¡Miseria!

Jean observa al pequeño lisiado y, de pronto, su vista se nubla. Tiene una visión: corre desesperadamente y llega a la calle de un barrio aristocrático. Un magnífico automóvil pasa precedido por motociclistas con cascos. Es el automóvil del Regente. Jean saca un revólver del bolsillo y tira sobre el Regente que cae. Dos guardias se arrojan sobre Jean que lanza una bomba, en tanto que se oye su voz que dice con rabia:

—¡Miseria! ¡Violencia! Contra la violencia no encontraba más que un arma: la violencia.

La visión desaparece. Jean se encuentra todavía en medio de la calle, mirando al chico lisiado que juega con la pelota. Después se pone en marcha y entra en una casa.

Se oye la voz que dice:

—Fue en esa época cuando me afilié a una organización clandestina.

ALGUNOS DÍAS MAS TARDE

En la misma calle, Jean, junto con tres obreros fornidos, contemplan el cartel del judío. Un grito les hace volverse bruscamente: "¡Mueran los judíos!"

A unos metros de ellos hay una droguería: "Elie Cohen". Un grupo de hombres y mujeres protestan y vociferan frente a la droguería:

—¡Acaparador! ¡Judío sinvergüenza! ¡Acaparador!

Entre la multitud se hace evidente la presencia de provocadores. Tres de ellos entran en la droguería y sacan brutalmente a su propietario, un judío, pálido de terror. La turba se dispone a maltratarlo.

Jean y sus tres compañeros se han acercado. De pronto un joven se interpone entre la turba y el judío. Es Lucien. Sus ropas son de mejor calidad que las que llevan los demás actores de la escena. Lucien, con las manos en los bolsillos, grita:

—Nadie tocará a este hombre.

Uno de los provocadores se encara con él riendo burlescamente.

—¿Así que lo vas a impedir?

—Sí, lo impediré —dice firmemente Lucien—. No será por la fuerza, pero me escucharán. No hay que dejarse engañar, camaradas. A este hombre lo explotan lo mismo que a ustedes y es tan miserable como ustedes. Tratan de desviar la cólera del pueblo.

Dos de los provocadores, que tienen en sus manos al judío, lo sueltan y van hacia Lucien.

—¿Has terminado ya? —le dice uno de ellos.

—No, todavía no. Camaradas...

El hombre da a Lucien un puñetazo en el estómago. Lucien no se defiende, y, aunque el efecto del golpe le hace encogerse, en seguida se endereza y prosigue:

—No es cierto, camaradas, que haya judíos y arios. Lo que hay son explotados y explotadores. ..

El hombre le da otro puñetazo, esta vez en la cara,

—¡No me defenderé! —dice Lucien.

Jean y sus tres compañeros se consultan con la mirada y cargan contra los provocadores. En un instante los derriban por tierra. Los que tienen al judío corren en ayuda de los provocadores. Se produce un tumulto que es interrumpido por un tiro. El judío cae. Los contendores se detienen desconcertados y en seguida se dispersan a la carrera. Jean y Lucien se arrodillan junto al judío y lo levantan.

—Para éste ya se acabaron las preocupaciones —dice Jean al comprobar que está muerto.

—Es que ustedes no debieron pegarles —reprocha Lucien.

—Eso sí que está bueno. Si no nos apresuramos me parece que usted lo hubiese pasado bastante mal.

Jean ha hablado un poco secamente. Pero se nota su interés por Lucien.

—Por mi no importaba —replica Lucien—, Como ustedes...

—¿Nosotros, qué?

—Como ustedes les pegaron, ellos hicieron fuego. La violencia siempre trae la violencia.

Jean le mira impasiblemente. Luego le propone:

—Vamos a llevarlo a su casa.

Entre los dos transportan el cadáver hasta la droguería.

Se oye la voz de Jean:

—Desde ese día fuimos amigos.

UN CANAL

Jean y Lucien se pasean por un camino de los malecones. Se oye la voz de Jean:

-Era mi amigo, mi hermano. Pero no era parecido a mí.

Lucien se ha detenido. Prosigue con vehemencia una conversación comenzada mucho antes:

— ...meterles en la cabeza. A todos. La primera condición que un hombre necesita para serlo, es rechazar toda participación directa o indirecta en un acto de violencia.

Jean lo escucha, con una mezcla de admiración amistosa por su pureza y de ironía por su ingenua inexperiencia.

—¿Y qué medios emplearías, entonces? —le pregunta.

—Muchos. ¡Los libros! ¡Los diarios! ¡El teatro!

—Eres constitucionalmente un burgués, Lucien. Tu padre nunca le pegó a tu madre. Nunca lo maltrató la policía; ni lo echaron de una fábrica sin explicación ni preaviso, sólo para reducir el personal. Tú no has sufrido la violencia. Por eso no la puedes sentir como nosotros.

—Si tú has sufrido la violencia —replica Lucien—, razón de más para que la detestes.

—Sí, pero ella está en el fondo de mi ser.

EL TRIBUNAL

Jean habla para Hélène:

—Tú en seguida percibiste mi violencia. Y te causó horror.

Hélène no contesta. Jean insiste:

—Confiesa que te causaba horror.

Hélène vacila un momento y luego dice en voz baja:

—No lo sé.

—Pensé que yo te horrorizaba.

Ambos se miran. Para ellos no existe nadie más. Ni François, ni el Jurado, ni el público, que los escucha en un total silencio.

—No me causabas horror —dice Hélène—. Era mi orgullo. Un orgullo de niña. Admiraba tu fuerza, pero no quería ceder ante ella.

—Y yo te quise desde el primer día que te conocí. Te he querido más que a mí mismo y te entregué a Lucien porque lo quería como a un hermano. No te imaginas lo que pasó dentro de mí el día de tu casamiento.

DECLARACIÓN DE JEAN (DIEZ AÑOS ANTES)

LA GRANJA DEL TÍO DE SUZANNE

Jean y Suzanne, de pie en la habitación principal, están junto a la escalera. Suzanne se inclina sobre la mano ensangrentada de Jean, que acaba de curar. Jean mira la escalera por la cual subieron Hélène y Lucien. Y, de pronto, su vista se nubla. Es una visión: rechaza a Suzanne, toma de sobre la mesa un cuchillo, y, subiendo la escalera, abre la puerta del cuarto de Lucien. Lo ve inclinarse sobre Hélène, que está acostada en la cama, y besarla. Jean levanta su brazo vendado que empuña el cuchillo y lo hunde en el cuerpo de Lucien. Y la visión desaparece. Jean nuevamente se encuentra en la habitación donde estaba. Suzanne acaba de vendarle la mano y lo mira ardientemente. Jean, que ha mantenido la vista obstinadamente fija en la escalera, vuelve sus ojos hacia Suzanne y sólo entonces percibe su presencia.

Se oye la voz de Jean que dice:

—Allí estaba una mujer...

Jean se inclina sobre Suzanne y la besa brutalmente.

EL TRIBUNAL

Jean y Hélène se hallan frente a frente, Hélène baja los ojos y juega con los pliegues de su vestido. Jean se incorpora y se pone a caminar de un lado a otro. No se podría decir para quién habla. ¿Para el Jurado? ¿Para Hélène? ¿Para sí mismo? ¿Para el público? A nadie mira.

—En esa época fue cuando comprendí lo que había que hacer. Los dueños del petróleo eran muy fuertes. Tenían tras ellos a todo un gran país y el nuestro era pequeño. No se podía pensar en atacarlos de frente. Había que esperar. La situación era revolucionaria. Se necesitaba preparar la revolución, hacerla, y en seguida mantenerla hasta el día en que se pudiese arreglar cuentas. Al principio mis manos se conservaron puras. Tan puras como las de Lucien. Yo no era feliz, pero me sentía fuerte y limpio. Hasta el día que llamaste a mi casa...

DECLARACIÓN DE JEAN (OCHO AÑOS ANTES)

CASA DE SUZANNE

Jean trabaja en el cuarto de desahogo. Lllaman a la puerta de la calle. Jean tiende el oído y escucha en la habitación vecina el rumor de una discusión entre Suzanne y otra mujer. Cuando oye a Suzanne decir:

—Te repito que no está solo.

Se levanta y abre la puerta de la pieza de desahogo y se encuentra con Suzanne y Hélène

que se hallan frente a frente. La primera tiene una expresión de odio y la segunda aspecto trastornado.

—¿Qué sucede, Suzanne? —dice Jean con algo de reproche, pero en tono conciliador—. Sabes bien que no había nadie conmigo y que yo siempre estoy para Hélène.

—¡Para Hélène, claro!

Jean tiene un impulso de ira, pero se contiene:

—Para Hélène como para cualquier otro miembro de la Junta —puntualiza con perfecta calma—. Entra, Hélène.

Y abre la puerta de la pieza de desahogo haciendo pasar a Hélène. Suzanne pretende seguirla, pero Jean la detiene y pregunta a Hélène:

—¿Es por algo de la Junta para lo que quieres hablarme?

—Sí.

Jean hace un gesto de excusa a Suzanne:

—Lo siento, Suzanne, es necesario que nos dejemos solos.

Furiosa, Suzanne cierra la puerta bruscamente sin decir una palabra. Jean se acerca a Hélène, que se encuentra en un estado de nerviosidad extrema.

—¿Qué hay?

Ella no responde. Jean la toma por los hombros y la sacude.

—¿Quieres decirme qué sucede?

—¿Dónde está Benga? —pregunta a su vez Hélène.

Jean se sobresalta.

—¿Benga?

—¿Dónde lo puedo encontrar?

Jean la observa un momento con asombro. De pronto se dirige rápidamente a la puerta y la abre. Suzanne está cerca de la puerta y es evidente que escuchaba o espiaba por el ojo de la cerradura. Ella retrocede mirando con rencor a Jean, que después de cerrarle la puerta en la cara, vuelve hacia Hélène.

—¿Preguntas por Benga? ¿Te envía Lucien?

—No.

Jean observa la cartera, que Hélène aprieta nerviosamente. Y dice, como deduciendo:

—No es Lucien...

Luego, súbitamente:

—Dame tu cartera.

—¡No! —grita Hélène.

Jean se apodera de la cartera de Hélène y saca de ella un revólver envuelto en una franela.

—¡Ah! —exclama Jean—. ¿Entonces Lucien no quiere hacerlo?

—Jean, no es por cobardía.

—Ya lo sé —dice Jean con amargura—. No quiere ensuciarse las manos. Pero tú... tú lo harías...

—Sí —afirma Héliéne.

Y bajando la cabeza agrega con voz opaca:

—Los dos somos una sola persona. Lo mismo es él que yo.

La boca de Jean se crispa un poco. Desenvuelve el revólver, lo mira y tiene una risa seca.

—¡Pero esto es un juguete! ¿Qué piensas hacer con él?

—Quiero que me digas dónde está Benga. Es todo lo que te pido.

Jean va hasta la mesa, pone allí el revólver, y luego se vuelve a Héliéne para decirle con una sonrisa amarga:

—¿Piensas que es fácil matar a un hombre?

Héliéne nada contesta.

—¿Y después? —continúa Jean—. ¿Crees que después uno sigue siendo el mismo?

La contempla dolorosamente en silencio, y (sin que se note que hable) se oye su voz que murmura en tono bajo y ronco, con una especie de desesperación:

—¿Por qué yo? Siempre yo. ¿Es que no tengo también derecho a conservar mis manos limpias? No quiero. No quiero matar. Es él el que ha sido designado.

Tiene un estremecimiento, y acercándose a Héliéne le dice dulce, casi tiernamente:

—Éste es un asunto de hombres, Hélène. Y después, si yerras el golpe, sería muy grave.
—No erraré.
—Te pueden traicionar los nervios. No debo dejarte.
Y sonrío tiernamente a Hélène y, otra vez (sin que se note que hable) se oye su voz afiebrada:
—No quiero matar. Odio la violencia. No quiero. ¡No quiero!
Jean pone su mano sobre el hombro de Hélène.
—Ahora, vuelve a tu casa.
—Tú lo...
Jean muestra sus manos con una sonrisa:
—Mis manos ya están sucias. Poco más, poco menos.
—Por mí lo haces, Jean. Por mí.
Y lo mira con apasionada gratitud. Él se acerca a ella. Comprende que van a besarse, pero, con un esfuerzo, Jean se aparta y dice:
—Lo hago por Lucien.

EL TRIBUNAL

Jean está ante Hélène:
—Fue más fácil de lo que pensé. Benga había asistido a una reunión clandestina de los del petróleo.
Tomó al regreso el camino solitario donde yo lo acechaba...

DECLARACIÓN DE JEAN (OCHO AÑOS ANTES)

UN CAMINO EN EL CAMPO

Un camino solitario. Jean se encuentra de pie adosado a un árbol. Se escucha a lo lejos un alegre silbar, que se aproxima. Jean se estremece en acecho de la persona que se acerca. Es Benga.

Se oye la voz de Jean que dice:
—Hubiese sido mejor tirarle cuando pasaba. Pero preferí hablarle antes. No quería matarlo sin hablarle.
Benga avanza sin prisa, silbando. Jean sale de detrás del árbol, Benga se detiene.
—¿Quién está ahí?
Y dirige su linterna sobre Jean.
—¡Ah, Jean! Me asustaste. Creí que era alguno de la policía.
Benga reanuda su marcha y Jean se pone a su lado. —¿Vuelves a la ciudad? —le pregunta Benga.
Y como Jean sigue en silencio, inquiere: —¿Qué tienes?
Jean se decide por hablar:
—Benga, eres un delator. Has denunciado a Carlier.
Benga se detiene de golpe y mira estupefacto a Jean. Jean también se ha detenido. Benga, al ver en la mano de Jean un revólver, cambia su estupor por una especie de alivio, que lo expresa con un "¡Ah!". Jean se asombra.
—¡Esto era! —exclama Benga—. Hace tres meses que siento que me vigilan. Tres meses que me siguen a todas partes. Tres meses que no sé qué pensar. Ahora se aclara todo. No soy un delator, Jean. Te lo juro por mi mujer y mis hijos.
—Pruébalo —le dice Jean.
—¿Cómo quieres que te lo pruebe?
Al mirar a Jean, comprende, de pronto, que lo matará.
—No he vivido más que para la Junta. Ahora me condenan sin escucharme. Está bien. Puedes hacerlo si te parece.

Jean no puede contestar. Su rostro expresa una laxitud empalagosa, próxima al asco.
—¡Ya quedarás contento, miserable! —dice Benga—. No te estorbaré más.
Jean levanta el revólver.
—Todo esto es obra tuya, ¿no? Y para completarla, te has encargado de liquidarme con tus propias manos.
Jean le descerraja dos tiros, Benga se encoge bruscamente, pero no cae. Y alcanza a decirle con una especie de ironía:
—¡Asesino! No quisiera estar en tu pellejo cuando sepas que soy inocente.
Jean tira otra vez y Benga cae.
Jean contempla el cuerpo extendido a sus pies.

EL TRIBUNAL

Jean, que de pie ante Hélène tiene la vista fija en la punta de sus zapatos, dice con voz sorda:
—Un mes después, supimos que Benga era inocente.

DECLARACIÓN DE JEAN (OCHO AÑOS ANTES)

EN CASA DE LUCIEN Y HÉLÈNE

Lucien está sentado en un sillón. Su expresión es concentrada. Jean se mantiene de pie ante él, silencioso y triste. Quiere ponerle una mano sobre el hombro, pero Lucien se esquivo. Entonces con aire de doloroso reproche le dice:
—¡Lucien! ¿Te horrorizo?
—Tus manos tienen sangre.
—Sí —replica Jean—. Tengo sangre en mis manos. Pero evité que se manchasen las tuyas. Yo cargué con todo. ¿Acaso crees que no deseaba yo también conservar las manos puras?
—Yo no te lo pedí.
Jean contempla a Lucien con aire de cansancio y nada contesta,

EL TRIBUNAL

Jean habla a Hélène:
—A partir de ese momento, ya no fui el mismo. Al principio decidí luchar empleando la violencia. Pero no pensé utilizarla más que contra nuestros enemigos. Después comprendí que estaba apresado por un engranaje que tendría algunas veces que sacrificar inocentes para salvar la causa. No había podido ganar tu amor. Perdí la amistad de Lucien. Suzanne ya me tenía odio. Estaba solo y me horrorizaba de mí mismo. Si hubiesen podido ayudarme...
—Yo no lo sabía, Jean. ¡No lo sabía! —exclama Hélène trastornada.
—¿No te dijo Lucien que Suzanne le había escrito?
—¿Suzanne? No.
—Días antes de estallar la revolución encontré un borrador. Nos acusaba de engañarlo. Lucien nunca me habló de esa carta.
—A mí tampoco —afirma Hélène—. Pero Lucien no pudo creerlo nunca. ¡Te podría jurar que él no lo creyó!
—Puede ser —duda Jean tristemente—. Pero él jamás me dijo nada.
Después se vuelve a Suzanne:
—Si deseas saberlo, fue por eso por lo que te dejé y no quise verte más.
Suzanne, pálida, con los labios apretados, trata de decir algo. Pero Jean prosigue sin rencor:
—Tú has estado enamorada de mí. Pero nunca me proporcionaste amistad. Me dabas la comida en la boca, es cierto. Me has cuidado como la mejor enfermera. Pero a tu lado me sentía completamente solo. Ya no te guardo rencor. Porque también tuve mi parte de culpa.
Se calla un momento. Luego se dirige a Hélène nuevamente:

—Después estalló la revolución. Muy pronto. Demasiado pronto. Pero una vez en marcha tenía que ser organizada. Habíamos triunfado y derrocado al Regente.

DECLARACIÓN DE JEAN
(SIETE AÑOS ANTES)

EL DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

Hace apenas unas horas que Jean y sus camaradas han tomado posesión del Palacio. Jean, Magnan, Darieu y François discuten de pie en medio de uno de los salones. Desde un extremo el ayuda de cámara los observa. Bajo las ventanas una multitud entusiasmada lanza vivas: "¡Viva la Revolución! ¡Viva Aguerra! ¡Aguerra! ¡Aguerra!"

Magnan, Darieu y François, muestran una alegre expectación. Jean tiene más bien aire sombrío. Darieu le palmea la espalda y con un movimiento de la cabeza designa la ventana:

—Debes salir —le dice.

—Más tarde —responde Jean.

Darieu, François y Magnan lo miran sorprendidos.

—¿No estás contento, Jean? —le dice Magnan.

Jean mueve la cabeza:

—Es muy pronto. Demasiado pronto. Lo más difícil queda por hacer. Ahora hay que salvar la revolución.

La multitud continúa sus ruidosas manifestaciones.

—Es necesario que les hables —insiste Darieu.

Jean titubea un instante, y, en el preciso momento en que se dirige hacia la ventana, entra un ujier que se le acerca y le habla al oído.

—Ya lo sospechaba. Voy en seguida.

Y sigue al ujier a una pequeña pieza vecina al despacho.

Aquí está Cotte, el embajador. Éste se inclina ante Jean con insolente cortesía:

—¿Es usted el nuevo jefe del Gobierno?

—Sí. Y usted es el embajador de...

—Sí. ¿Puedo sentarme?

—Discúlpeme —dice Jean señalándole una silla.

El embajador se sienta y mira en derredor de sí:

—¿Ese es el departamento privado del Regente?

Jean no domina un gesto de impaciencia:

—¿Qué es lo que desea?

El embajador tose para aclarar la voz.

—El Gobierno de mi país me ha encargado transmitirle que no piensa intervenir en los asuntos internos. Por lo tanto, Excelencia, reconoce su autoridad.

—Perfectamente.

—Pero hay un punto —prosigue el embajador—, en el cual no transigiremos, porque afecta intereses de nuestra competencia: debe quedar convenido que se mantendrá el statu quo en lo que concierne a las concesiones petrolíferas.

—Le haré saber lo que se haya decidido cuando lo considere oportuno.

—Todo atentado a la propiedad privada de nuestros connacionales será considerado por mi Gobierno como un casus belli. Para un apoyo eventual de su demanda, mi Gobierno ha concentrado treinta y cinco divisiones a lo largo de la frontera.

Jean se pone de pie y mira al embajador con aire glacial:

—Mucho me satisface que su Gobierno reconozca el nuevo régimen que nuestro país se ha dado y le pido quiera transmitirle que es nuestro deseo el vivir en perfecta armonía con nuestros vecinos.

Se inclina ante ti embajador, que se ha levantado, y pasa a su despacho. La multitud sigue gritando bajo las ventanas. Darieu se precipita hacia Jean.

—Te lo pido, Jean. ¿Quieres salir al balcón?

Jean atraviesa el despacho y va al balcón. La multitud lo aclama. Jean saluda con la mano y torna a entrar. Su aspecto es de cansancio y desánimo.

Magnan le reprocha:

—Ellos esperaban que les hablastes. ¿Por qué no lo hiciste?

—Nada tengo que decirles.

EL TRIBUNAL

Jean continúa hablando:

—No tenía nada que decirles. Y a ti, François, cuando llegaste a la cabeza de la delegación de los del petróleo, no tenía nada que decirte. El país extranjero no esperaba más que un pretexto para aplastarnos. Era necesario mantenerse. Para salvar la revolución no había que tocar el asunto del petróleo.

François contempla a Jean con un frío interés.

—Mantenerse, ¿por cuánto tiempo? —le interroga— ¿Qué se podía esperar?

—Mantenerse sólo unos años más. Dentro de dos años, de tres años a lo sumo, estallará el conflicto entre las dos grandes potencias que todos sabemos. Es inevitable. Entonces las tropas que amenazan nuestras fronteras serán retiradas y nosotros quedaremos con las manos libres para obrar.

—¿Y si nos invaden desde el principio para asegurarse el petróleo?

—En ese caso no podrán disponer más que de una mínima parte de sus efectivos y estaremos en condiciones de resistir.

—Entre tanto —acusa François—, debías darnos un régimen democrático y no lo hiciste.

Jean se encoge ligeramente de hombros con un gesto de impotencia.

—La primera ley votada por la Constituyente sería la nacionalización del petróleo, es decir, la invasión extranjera, el restablecimiento del Regente por los enemigos y el fin de la revolución.

Se vuelve nuevamente a Hélène y prosigue con voz sorda:

—Comenzaron a odiarme. Todos. Los obreros, los campesinos, los camaradas, hasta Lucien. Era necesario mantenerse, cinco años, seis años. Mantenerse. ¡Y todo ese odio!

Hace un ademán señalando el auditorio.

—¡Todo ese odio! Míralo. Míralo en sus ojos. Hace cinco años que me detestan. Lo sabía. Todo lo eché sobre mí. Era necesario. Era necesario mantenerse. ¡Comencé a beber!

DECLARACIÓN DE JEAN

(TRES AÑOS ANTES)

EL DESPACHO DE JEAN EN EL PALACIO

Jean bebe un vaso de whisky y lo pone sobre la mesa. Delante de él están Lucien y Darieu que regresan de su encuesta entre los campesinos. Hélène se encuentra en su mesa de trabajo.

—Déjame solo —dice Lucien a Darieu—. A mi no me echará como a un sirviente.

Darieu sale. Jean y Lucien quedan frente a frente.

—Escúchame —dice Lucien—. No puedes imponer a nuestros campesinos, de la mañana a la noche, un cambio que les es inconcebible. Serán necesarios años de propaganda, y educación para que lo acepten.. .

—Entonces dentro de seis meses pasarán hambre.

—Expropia las empresas petrolíferas extranjeras y tendrás moneda de cambio para comprar trigo.

—¡Eso no puedo hacerlo!

Jean tiene la vista fija delante de sí. Ve en la imaginación los tanques enemigos rodando por los campos arrasados. La voz de Lucien implora:

—Te lo pido, Jean. Todavía se está a tiempo. No sigas ese camino.

Jean continúa viendo tanques. Y dice con voz fatigada:

—*¡No puedo hacerlo! No puedo. . .*

Los tanques desaparecen y Jean se encuentra con el rostro ardiente de indignación de Lucien.

—*En ese caso —le advierte Lucien— no cuentes conmigo para sostenerte.*

Y sale rápidamente del despacho. Jean golpea sobre el escritorio con su vaso vacío. El ayuda de cámara se lo llena. Jean se levanta, da algunos pasos y se sienta de nuevo ante su escritorio mirando a Hélène como si pidiese ayuda.

Se oye su voz que dice sordamente:

— *¡La violencia! ¡Siempre la violencia! Salvarlos a la fuerza. Industrializar los campos a la fuerza. ¿Qué hice yo, Dios mío, para estar condenado a la violencia? ¿Qué puedo hacer?*

EL TRIBUNAL

Jean, inclinado hacia Hélène, la mira intensamente. ..

—*¿Qué podía hacer? ¡Hélène, si tú me hubieses podido ayudar! ¡Si tú me hubieses querido ayudar! ¿No comprendiste que te pedía socorro? ¿No lo veías en mis ojos?*

—*¿Pero por qué nunca dijiste nada?*

DECLARACIÓN DE JEAN

(TRES AÑOS ANTES)

EL DESPACHO DE JEAN

Jean, sentado ante el escritorio con el vaso en la mano, sigue mirando a Hélène en una especie de espera apasionada. Se oye su voz que dice:

—*También tenía la violencia del deseo. Por eso quería tomarte entre mis brazos y...*

El ayuda de cámara se aproxima a Jean y le habla al oído mostrándole el reloj. La voz de Jean dice:

—*He tenido otras mujeres...*

Jean sigue al ayuda de cámara a una pequeña habitación vecina al despacho, donde espera una linda muchacha de aspecto provocativo.

—*Excelencia —dice ella—, es una felicidad tan grande el poder estar cerca de usted... No me atrevía ni a pensarlo, me parece un sueño...*

Jean la observa con una sonrisa a la vez cínica y dolorosa. Se le aproxima en tanto ella sigue hablando y la hace callar con un beso en la boca. Se oye la voz de Jean que dice:

—*¡Mujeres! ¡Whisky! Y además esa obsesión...*

Los tanques ruedan por los campos arrasados.

EL TRIBUNAL

Jean frente a Hélène:

—*Ya sabes lo que sucedió. Los campesinos destruyeron los tractores y quemaron las cosechas. Sabía que lo iban a hacer. Sabía que sería necesario quemar pueblos y encarcelar a miles para quebrar la revuelta. Era el engranaje. Había que mantenerse seis años. Fue cuando Lucien imprimió su panfleto...*

DECLARACIÓN DE JEAN

(TRES AÑOS ANTES)

EL DESPACHO DE JEAN

Jean se encuentra en su despacho. Ante él está el ministro de Justicia, que, blandiendo un ejemplar de La Lumière clandestina, grita:

—¿Lo ha leído? ¡Hay que prenderlo!

Jean golpea la mesa y fulmina con una mirada al ministro. Éste va a la ventana y hace un signo a Jean para que lo siga. Ambos observan por la ventana. En una esquina un muchacho distribuye el panfleto a los transeúntes.

—Igual cosa sucede en toda la ciudad —argumenta el ministro—. Los obreros del petróleo no esperan más que la señal para levantarse. Es necesario restablecer el orden y atemorizarlos,

Jean sigue en la ventana. Tamborilea en el vidrio. Y por último dice: —Hágalo arrestar. Un gran clamoreo hostil.

EL TRIBUNAL

El auditorio silba y grita. Jean mira a la multitud enfurecido, sin verla. Luego se vuelve a Hélène:

—Durante un año no logré dormir.

Queda inmóvil, puestos sus ojos sobre Hélène. Luego su vista se nubla. Está recordando...

DECLARACIÓN DE JEAN (DOS AÑOS ANTES)

EL DORMITORIO DE JEAN EN EL PALACIO

Jean está acostado con los ojos abiertos y se revuelve de un lado a otro de la cama. Se oye una voz que dice:

—¡La violencia! ¡La violencia!

Jean y Lucien levantando al judío asesinado en la calle.

Benga cayendo en el camino con odio a su matador.

Se oye la voz de Jean que dice:

—¡LA VIOLENCIA!

Un puebla arde. Las ametralladoras tabletean.

Los soldados golpean a los campesinos.

Los tanques avanzan por los campos.

La voz de Jean repite:

—LA VIOLENCIA!

En su lecho, Jean se incorpora bruscamente. Y, agitando la campanilla, llama:

—¡Carlo! ¡Carlo!

El ayuda de cámara aparece.

—¡Whisky! —ordena Jean.

El ayuda de cámara le sirve.

—Que venga DariEU en seguida.

Jean vacía el vaso y se sirve otro.

ALGUNOS INSTANTES MAS TARDÉ

Jean se ha puesto una "robe de chambre" y está sentado en su lecho. DariEU entra conducido por el ayuda de cámara.

—¿Estuviste con Lucien? —le pregunta Jean.

—Si —contesta DariEU—. Hace dos horas que he vuelto.

—¿Por qué no has venido a verme en seguida?

—Pensé que dormirías.

—Nunca duermo. ¿Le hiciste mi proposición?

—Le dije que mañana mismo quedaría en libertad si se mantenía ajeno.

—¿Y qué contestó?

—Que el mismo día de salir en libertad, comenzaría a escribir contra ti.

Jean mira a Darieu inexpresivamente. Pero, de pronto, su rostro se altera con la violencia de su cólera.

—Puedes irte —dice a Darieu.

Pero como éste no se mueve, Jean le grita:

—¡Déjame! ¡Por Cristo, déjame!

Dariou sale lentamente. Jean se sirve un vaso de whisky y lo bebe.

EL TRIBUNAL

Jean ante Hélène:

—Un día me comunicaron que Lucien estaba enfermo. Fui a verlo...

DECLARACIÓN DE JEAN

(DOS AÑOS ANTES)

UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

El automóvil blanco de Jean se detiene en el patio central del campo. Jean desciende y es saludado por uno oficial que lo conduce a la enfermería. Lucien está solo en una cama situada en un extremo, enflaquecido y con ojos afiebrados, Jean volviéndose hacia el oficial le dice:

—Puede retirarse.

El oficial sale. Jean toma una banqueta y se sienta junto a la cabecera del lecho. Lucien le sonríe débilmente.

—Hermanito —dice Jean con una voz estrangulada.

—Ya sabía que ibas a venir.

—¿Te sientes mal?

—No. Pero creo que no llegaré a viejo.

Jean toma entre las suyas la mano de Lucien;

—¿Me odias?

—No, te compadezco. Yo he podido guardar hasta el fin las manos limpias. Y nada tengo que lamentar.

Y retirando su mano de la de Jean, lo mira con severidad;

—Tienes las manos llenas de sangre.

—Ya lo sé —concede Jean—. ¿Y crees que no hubiese querido conservarme también puro? Pero si hubiese hecho como tú, el Regente estaría aún en el poder. La pureza es un lujo. Tú te lo has podido permitir, porque yo estaba cerca de ti y era yo el que me ensuciaba las manos.

La puerta de la enfermería se abre. Jean se sobresalta al ver entrar a dos deportados que traen sus platos llenos. Un guardián, que ha entrado detrás de ellos, les ordena; "¡Fuera!" Los dos deportados salen con aire de animalidad resignada.

—¿Quiénes son?

—Dos compañeros —explica Lucien—. Tendrán que comer fuera por tu visita.

Jean baja la cabeza.

—No es por mí por quien te guardo rencor —dice Lucien—. Es por todos ellos.

Jean levanta la cabeza con una especie de irritación:

—¡Ya te he dicho que no me arrepiento de nada! Era necesario salvar la revolución. Si hubiese nacionalizado el petróleo teníamos la guerra.

—¿Cómo? Eso no me lo dijiste nunca —dice Lucien estupefacto.

—No podía.

—¿Pero fue necesario deportar tanta gente para salvar la revolución?

—Si los extranjeros reponen al Regente, ¿no crees que hubiesen deportado cien veces más? Había que escoger.

Jean se levanta y camina a lo largo del lecho:

—Lucien, tengo a todo el país en contra. Dentro de uno o dos años, me expulsarán y me fusilarán.

—Pero, ¿y entonces?

—Me habré mantenido por lo menos cinco años. Mis sucesores no podrán hacer otra política que la mía. Así se salvará la revolución. Dentro de algunos años más los deportados regresarán, se podrá nacionalizar el petróleo, los hombres serán felices. Gracias a mí. El tirano que seguirán maldiciendo. ¿Y tú? Tú, ¿qué has hecho? ¿De qué vale hablar de justicia si no se trata de imponerla?

Lucien contempla a Jean próximo a la desesperación:

—Jean, ¿por qué me dices estas cosas? ¿Quieres que muera desesperado?

—No. No, Lucien.

Jean vuelve a sentarse en la banqueta cerca de Lucien, tomándose la cabeza entre las manos:

—¿Crees que yo mismo no estoy desesperado? Todo lo he tomado sobre mí. Todas las muertes y hasta tu propia muerte. ¡Me tengo horror!

Lucien levanta su mano y aprieta la de Jean:

—Jean, creo que te comprendo.

E inquiere con cierta inquietud a Jean, que ha erguido la cabeza:

—¿Hice mal en quererme mantener puro?

—Yo... yo no lo creo. Sé que hacen falta hombres como tú y hombres como yo. Hemos hecho cada uno todo lo que pudimos, y hasta el fin fuimos como debíamos ser. Escucha, Lucien. Un día de estos entrarán en el Palacio y me matarán. Lo deseo, casi. Pero hay una sola cosa que me importa. Quiero saber si tú me perdonas.

Lucien aprieta la mano de Jean con fuerza:

—Has hecho lo que has podido.

Jean pasa el brazo en torno a la espalda de Lucien y lo estrecha contra sí:

—¡Hermanito!

EL TRIBUNAL

François se levanta y pregunta a Jean:

—¿Cómo nos pruebas que dices la verdad? ¿Cómo nos pruebas que Lucien te ha perdonado?

—Con nada. Que cada uno piense lo que quiera.

Jean se dirige a Hélène con pasión:

—Pero tú, Hélène, ¿tú me crees? ¿Me crees?

—Sí, yo te creo —afirmó Hélène.

Al terminar su frase, ella y Jean se miran a los ojos, y se repite lo que sucedió cuando Hélène entró por primera vez en el salón del Jurado. Todos los presentes desaparecen. Sólo están Hélène y Jean en el salón. Se oye la voz de François que dice:

—Se levanta la audiencia.

Y reaparece la multitud que se precipita a las salidas. Los Jurados se retiran para deliberar. Algunos del público permanecen en sus sitios. Los guardias y los ujieres circulan por el salón. Jean, de pie, no se ha movido. Hélène se le acerca. Están relativamente aislados en el espacio que dejan el estrado y la primera fila de asientos. La conmoción de Hélène es visible.

—¿Me perdonas? —le pregunta Jean.

—Te creo, Jean. Creo todo lo que has dicho.

—Nada más deseaba antes de morir.

Hélène lo mira con desesperación:

—¿Por qué no hablaste? ¿Por qué no me dijiste que me amabas?

—Creí que te produciría horror. Te quiero tanto, Hélène. Desde el primer día te quise.

Los ojos de Hélène se llenan de lágrimas.

—También yo. Te quise en seguida. Todo fue por mi culpa. Me resistí por orgullo. Te quería, pero me dabas miedo. Te veía tan fuerte y tan duro. Lucien era más parecido a mí y por cobardía me casé con él. Pensé que no necesitabas de nadie y quise desafiarte. ¿Me perdonas tú también?

—¡Hélène!

Va a responderle Jean, pero los Jurados toman a ocupar sus sitios, y de nuevo la

muchedumbre invade bulliciosamente el salón. Jean y Hélène son separados y se sientan cada uno en su lugar sin dejar de mirarse.

El público hace silencio cuando, a una señal de François, el presidente del Jurado se pone de pie y anuncia el veredicto:

—El Jurado declara al acusado culpable de todos los cargos presentados contra él.

El presidente vuelve a sentarse. François dice sencillamente:

—La muerte.

Aislados aplausos entre el auditorio algunos gritos prontamente ahogados. En general el público permanece silencioso. Jean se ha levantado. Dos guardias lo flanquean y lo conducen hacia la salida trasera. Hélène, que también se ha puesto de pie, quiere ir a su encuentro, Pero François la detiene. Cuando Jean pasa cerca de ella, le dirige una sonrisa. Hélène le dice:

—¡Te amo, Jean!

—Gracias —le dice Jean.

Y sale entre los dos guardias.

EL DESPACHO DE JEAN

El embajador está ante François. Habla cortésmente, pero apenas vela la amenaza que contienen sus palabras. François le escucha con aire colérico.

—Mi Gobierno no desea otra cosa que mantener relaciones de amistad con el vuestro —dice el embajador—. Sin embargo estoy encargado de prevenirle, que si se nacionaliza el petróleo y se despoja a nuestros connacionales, esto será considerado como un *casus belli*.

—Su Gobierno no tiene por *qué* mezclarse en nuestros asuntos internos —replica François.

—Como lo parezca, Excelencia. Sólo le debo recordar que su país es pequeño y el nuestro poderoso.

Un silencio. El embajador insiste cortésmente:

—Mi Gobierno espera una respuesta categórica.

—No se tocará el asunto del petróleo —promete François.

El embajador se inclina con una sonrisa irónica:

—No se esperaba otra cosa de vuestro buen criterio, Excelencia.

Y se retira. Desde la puerta el ayuda de cámara dice a François;

—La delegación de los obreros del petróleo espera, Excelencia.

—Un momento —dice François—. Sírveme un vaso de whisky.

El ayuda de cámara se lo sirve en silencio. François lo bebe y deposita el vaso sobre la mesa. Después, haciendo una señal al ayuda de cámara, le dice con aire sombrío:

—Que pasen.

FIN